

1ª, 2ª, 3ª Juan (3ª parte)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

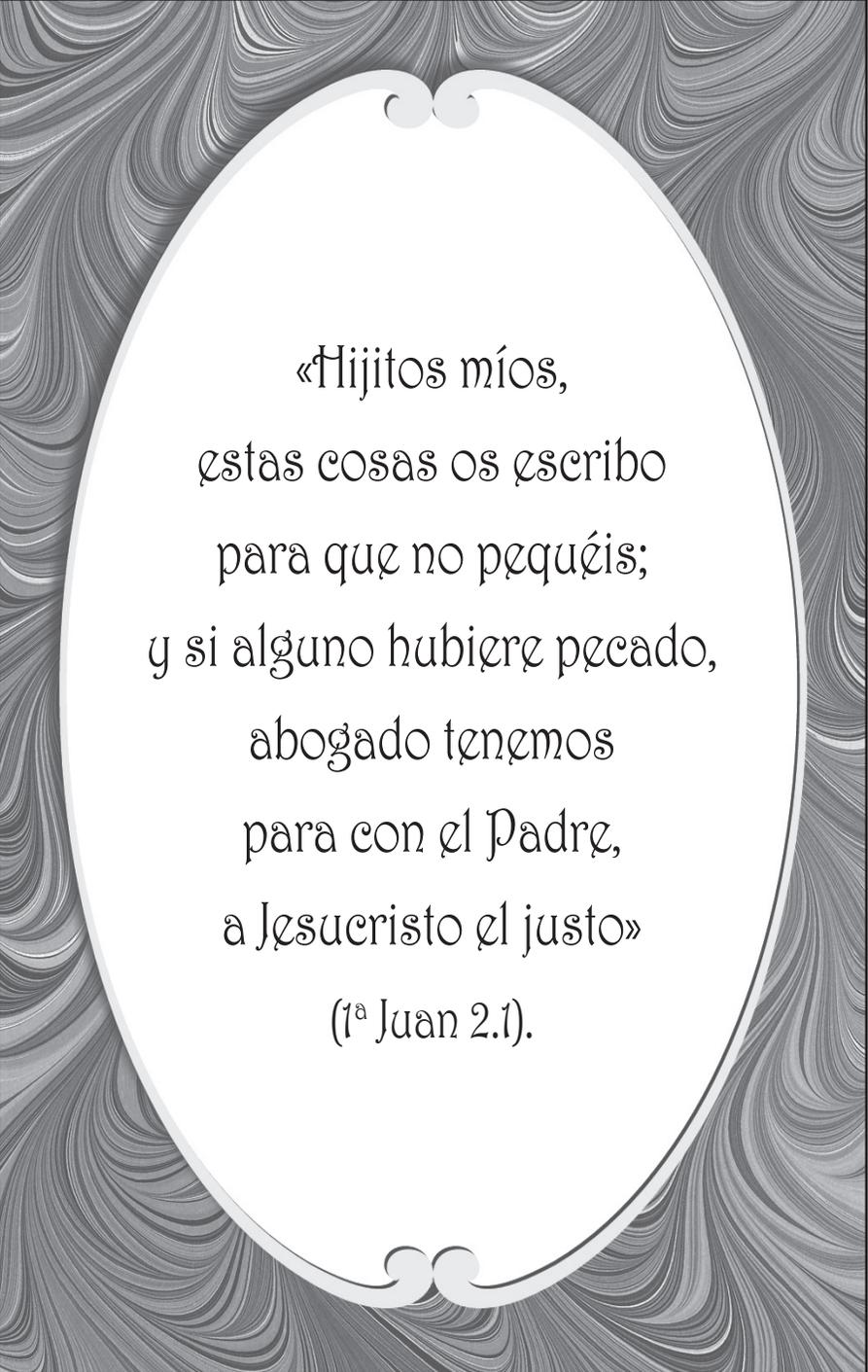
Tomo 26, N.º 5

**1ª, 2ª, 3ª JUAN
(3ª PARTE)**

**Autor:
Duane Warden**

Introducción a 1ª Juan	3
El Verbo de vida (1ª Juan 1)	15
Lecciones para hoy de 1ª Juan 1	23
Cuando permanecemos en amor, 1ª parte (1ª Juan 2)	35

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



«Hijitos míos,
estas cosas os escribo
para que no pequéis;
y si alguno hubiere pecado,
abogado tenemos
para con el Padre,
a Jesucristo el justo»
(1ª Juan 2.1).

El Verbo eterno

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido» (1ª Jn 1.1–4).

Cuando pensamos en el Verbo eterno, ¿en qué pensamos? A menudo, evocamos en nuestras mentes un libro negro y encuadernado en cuero suave. Pensamos solo en las palabras escritas en ese volumen. No pretendo minimizar la importancia del volumen que llamamos Biblia; sin embargo, quiero que sepa que la «Palabra de Dios» o «la Palabra eterna» es mucho más que un volumen de palabras impresas, sin importar cuán fina y costosa esté encuadernada.

Cuando hablamos del Verbo eterno, estamos hablando de Cristo mismo. Juan dijo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios» (Jn 1.1, 2).

Ciertamente, el Verbo eterno es más que palabras escritas en papel; el Verbo eterno es el Hijo de Dios. Esto no minimiza la importancia de la Biblia; sirve para elevarlo y santificarlo. Si la Biblia son las palabras de inspiración reveladas, como creemos que son, entonces se identifica con el Verbo eterno mismo. Esto hace que la Biblia sea aún más preciosa. Jesús ha prometido que está con nosotros y que estará con nosotros para siempre.

Miremos el Verbo eterno desde cuatro puntos de vista diferentes.

EL VERBO ESTABA EN EL PRINCIPIO

Juan abrió esta epístola con las palabras «Lo que era desde el principio...» (1ª Jn 1.1). Miramos atrás al relato de la vida de Cristo contada por Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios» (Jn 1.1, 2). Este concepto nos resulta difícil de entender.

No todo el mundo está de acuerdo con nosotros. Se han utilizado muchas teorías para explicar quién fue Jesús. Algunos sugieren que Jesús fue un niño normal de Galilea, que se convirtió en un hombre normal. Tenía padres trabajadores, respetables, aunque pobres, no muy diferentes de cualquier otro padre en la mayoría de los aspectos. José, el carpintero, y María, su mujer, eran padres campesinos que criaron a Jesús. Muchas de estas mismas personas reconocen que Jesús se convirtió en un adulto inusual y que tenía muchas ideas revolucionarias grandiosas. Sin embargo, era un hombre, dicen, nada más ni nada menos.

Otros dirán que Jesús era un hijo ilegítimo de María y que no sabemos quién era su padre, sin embargo, José, siendo un buen hombre, se casó voluntariamente con María para salvar su reputación. María, de acuerdo con esta teoría, fabricó el relato sobre el ángel que la visitó y le prometió que Dios la estaba haciendo quedar embarazada. La ciencia moderna sabe que algo así simplemente no podría suceder, afirman los críticos. Esta explicación del origen de Jesús no solo lo convierte en un hijo ilegítimo, sino que lo hace ceremonialmente inmundo. Sin embargo, nuevamente, algunos creen que Jesús fue un gran profeta, quizás un hijo de María y José. Quiénes fueron sus padres no importa
(Continúa en la página 51)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2022 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

Introducción a 1ª Juan

Las cartas de Santiago y Judas comienzan identificando a sus autores, sin embargo, en ambas epístolas hay cierta ambigüedad con respecto a la referencia a nombres. Judas dijo que era hermano de Jacobo (Santiago), sin embargo, no dio más identificación de sí mismo. Santiago también se identificó a sí mismo solo con un nombre. Si bien los lectores hoy esperarían más detalles, tienen buenas razones para creer que el autor de Santiago es «el hermano del Señor» (Ga 1.19), y para creer que Judas era el hermano tanto de Santiago como de Jesús (Mt 13.55). Los primeros versículos de Santiago y Judas son útiles pero no definitivos para colocar a los autores de las cartas en el contexto de la vida de Jesús y la iglesia primitiva.

El autor de 2ª y 3ª Juan se identificó en los primeros versículos de ambas cartas como «el anciano», sin embargo, no dio más ayuda para identificarse como Juan el apóstol. No obstante, el parentesco literario con otros escritos atribuidos a Juan (el Evangelio de Juan y Apocalipsis) ha resultado en un consenso entre los eruditos del Nuevo Testamento de que las tres cartas de Juan fueron escritas por la misma persona. Tradicionalmente, el autor ha sido identificado como Juan, el hijo de Zebedeo.

Veinticinco de las cartas del Nuevo Testamento, incluidas Santiago, Judas y 2ª y 3ª de Juan, tienen alguna alusión a la autoría en el versículo inicial, aun cuando algunos eruditos debaten la exactitud de la atribución. Sin embargo, Hebreos y 1ª Juan no lo hacen. Ninguna dice nada sobre su autor.

La identificación de un autor podría no ser el asunto más importante que debe determinar un lector cuando se propone interpretar un documento. Quizás sea suficiente saber que Dios ha considerado conveniente preservar el canon de los documentos del Nuevo Testamento en los que

los cristianos buscan fe y guía. Cuando los lectores han llegado a creer que Dios en Su providencia ha guiado la formación del canon, la identificación de los autores de documentos específicos se vuelve menos crucial.

«Canónico» en sí mismo es un término de conveniencia; no se usa en la Biblia para designar los documentos que pertenecen allí. Cuando se dice que las obras por separado de la Biblia son canónicas, es una afirmación de que están inspiradas por el Espíritu Santo y, por lo tanto, tienen autoridad para guiar la fe y la práctica de la iglesia.

«Canónico» es también un término técnico que afirma que las obras del Nuevo Testamento han sido inspiradas por Dios y que están a la altura de lo que los creyentes esperan que sean los documentos inspirados por el Espíritu Santo.

Es útil para los lectores saber quién es el autor de un libro bíblico, sin embargo, gran parte de la guía que ofrece una carta (u otro tipo de documento) a menudo tiene poco que ver con la identidad del autor. Los creyentes no han requerido el nombre de un autor antes de aceptar un libro de la Biblia como autoritario. Varios libros del Antiguo Testamento no ofrecen ninguna indicación de quién podría ser el autor. Las investigaciones que se remontan a los primeros siglos de la iglesia no han producido consenso sobre quién escribió el documento que llamamos Hebreos. Los estudiantes en la actualidad, como los antiguos, continúan especulando sobre quién fue el autor de Hebreos; sin embargo, las opiniones difieren hoy como hace miles de años. Cualesquiera que sean sus diferencias, los cristianos de hace mucho tiempo y los cristianos en la actualidad en general están de acuerdo en lo siguiente: sin Hebreos y otras obras bíblicas cuya autoría es incierta, el conocimiento sobre la historia del Antiguo Testamento, Cristo y Su

iglesia se reducirían considerablemente y dejarían incompleto el canon de las Escrituras.

TESTIMONIO CRISTIANO TEMPRANO PARA LA AUTORÍA DE 1ª JUAN

A diferencia de Hebreos, existe una tradición clara y persistente en la iglesia primitiva con respecto a la autoría de 1ª Juan. Si bien cualquier cosa parecida a un examen exhaustivo de la evidencia requeriría más espacio del que tenemos, valdrá la pena hacer notar algunos de los primeros testimonios de que 1ª Juan fue escrita por Juan, el hijo de Zebedeo.

Primero, la evidencia más antigua sobre la autoría de 1ª Juan proviene de un importante documento cristiano que ha sobrevivido desde la primera mitad del siglo segundo. El documento fue escrito por un hombre con el extraño nombre de Policarpo. Según todos los informes, Policarpo fue un anciano en la iglesia de Esmirna de principios del siglo segundo en lo que hoy es el oeste de Turquía. Fue amigo de un hombre llamado Juan. Si bien más de un hombre podría haberse llamado Juan en la iglesia primitiva, los creyentes contemporáneos con Policarpo entendieron que había sido un compañero del pescador Juan, el hijo de Zebedeo (Mt 4.21).

Es razonable creer que el «discípulo a quien él [Jesús] amaba» (Jn 19.26 y en otros lugares) era el apóstol Juan, el hermano de Jacobo. Fue el mismo Juan que escribió el libro de Apocalipsis mientras estuvo exiliado en la isla llamada Patmos frente a la costa de Éfeso (Ap 1.9). Es muy posible que Policarpo de joven conociera y aprendiera de Juan. Varias ramas de la tradición e historia de la iglesia primitiva dicen que Juan, el hijo de Zebedeo, pasó los últimos años de su vida en la ciudad de Éfeso y sus alrededores. El Nuevo Testamento nunca explica cómo llegó Juan a Éfeso. Una suposición razonable es que cuando se estaba gestando la guerra entre los judíos y Roma (66–70 d.C.), los cristianos que fueron advertidos por las instrucciones de Jesús huyeron de Judea y Jerusalén. Como los refugiados modernos que escapan de las zonas devastadas por la guerra, buscaron regiones de relativa seguridad. El hecho de que Juan se marchara de Judea hacia Asia Menor occidental podría explicarse por esa guerra inminente.

Los judíos de toda Palestina se rebelaron contra Roma en el año 66 d.C. Unos treinta y cinco años antes, Jesús les había advertido a Sus discípulos de la matanza que Roma traería a Jerusalén (Mt

24.14–28). Juan, el hijo de Zebedeo, estaba entre los discípulos que probablemente hubieran tomado en serio las advertencias de Jesús. Cuando salió de Jerusalén, María, la madre de Jesús, podría haber estado en su compañía. Es especulativo, por supuesto, suponer que Juan se fue de Judea con María; sin embargo, en la cruz, Jesús había encomendado el cuidado de Su madre al «discípulo a quien él amaba» (Jn 19.26). No es descabellado pensar que los dos salieran juntos de Judea.

Cuando Juan vio el estallido de las hostilidades entre judíos y romanos, él y otros discípulos podrían haber escuchado las advertencias de Jesús acerca de la destrucción venidera de Jerusalén (Lc 21.20). Estos cristianos dejaron Jerusalén y la región circundante para ir a otra parte. ¿A dónde se habrían refugiado los cristianos? ¿A dónde habría ido Juan, especialmente si hubiera acompañado a una mujer mayor? ¿Cuáles eran sus opciones?

Hechos, junto con otra evidencia histórica de principios del siglo segundo, indica que Éfeso, en el extremo occidental de la provincia romana de Asia, era uno de los lugares donde la iglesia había crecido en número. Era un puerto marítimo accesible por barco desde Cesarea en Canaán. Viajar de Judea a Éfeso en barco habría requerido un esfuerzo considerable, sin embargo, habría supuesto muchas menos dificultades que los viajes por tierra. Especialmente si María hubiera estado con él, Juan podría haber elegido navegar desde Cesarea a Éfeso para escapar de las plagas de la guerra. Puede que el apóstol haya ido a la ciudad porque sabía que había cristianos entre los cuales, refugiados como él y María, habrían sido bienvenidos (Hch 19.1, 10). Compañeros creyentes habrían ayudado a los dos mientras se establecían lejos de casa.

Además de la razón y la tradición, los lectores de la Biblia tienen evidencia bíblica de que Juan pasó sus últimos años en Éfeso y sus alrededores. Patmos era una isla frente a la costa de la provincia romana de Asia. Juan recibió una visión y escribió Apocalipsis allí (Ap 1.9). La evidencia del Evangelio de Juan y la primera carta de Juan indican que el autor de los documentos abordó enseñanzas y prácticas consistentes con los desarrollos de la iglesia en esa parte del mundo. Por lo tanto, la evidencia acumulada sugiere que Juan pasó los últimos años de su vida en Éfeso y sus alrededores.

Donde la evidencia bíblica se detiene, comienza la tradición de la iglesia a fines del siglo primero y principios del segundo. Los historiadores de la

iglesia han supuesto razonablemente que Juan tomó un papel activo en la guía de la iglesia en Asia occidental durante sus últimos años. Algunos de los razonamientos tienen buen apoyo y otros no, sin embargo, el peso acumulativo de la evidencia apunta a la labor de Juan en esa parte del mundo romano.

Como ya se señaló, entre el testimonio de los líderes de la iglesia primitiva hay una tradición de que Juan se convirtió en el maestro y mentor de un joven piadoso llamado Policarpo cuando llegó al occidente de Asia Menor. El martirio de Policarpo fue una de los relatos inspiradores más conocidos que circularon entre las iglesias durante los primeros siglos. Según todos los informes, Policarpo era un anciano de ochenta y seis años, probablemente en el año 155 d.C., cuando fue quemado en la hoguera en la arena pública para diversión de una audiencia que vitoreaba.

Si bien Policarpo escribió varias cartas, la única que sobrevivió, conservada en parte en griego y en parte en latín, fue dirigida a la iglesia de Filipos. Policarpo no citó a Juan por nombre, sin embargo, no hay duda de que usó las palabras de Juan en su carta a los Filipenses. Policarpo escribió: «Porque todo el que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne es un anticristo».¹ Las palabras se asemejan bastante a 1ª Juan 4.3 y 2ª Juan 7 para ser coincidencia. Si bien 1ª Juan comienza sin ningún reclamo de autoría, es significativo que un hombre a principios del siglo segundo que era discípulo de Juan citara el documento y asumiera que tenía autoridad.

En segundo lugar, las indicaciones de que 1ª Juan fue escrita por Juan, el hijo de Zebedeo, van más allá de la cita de Policarpo. Después de que Constantino emitiera el Edicto de Milán en el 313, el cristianismo se convirtió en la religión del Imperio Romano, aunque no fuera oficial. Con la legalización vino un florecimiento de la vida de la iglesia. En el lado positivo, los predicadores y líderes entre los cristianos se volvieron influyentes en amplias áreas geográficas. Sin embargo, no todos los resultados de la legalización fueron positivos; las controversias dentro de la iglesia salieron a la luz. Cristianos modernos no se sorprenderán de que algunos creyentes del siglo IV de la era cristiana difirieran en lo que calificaba como enseñanza apostólica.

Durante este período, surgió Eusebio, el primer

¹ Policarpo *Filipenses* 7.1.

historiador eclesiástico serio. Escribió sobre las luchas de la iglesia, cuando todavía era una secta proscrita y después de que fuera legalizada. Más importante que las cosas de las que fue testigo ocular, Eusebio tuvo acceso a los escritos de los creyentes que vivieron antes que él. El historiador conservó documentos que de otro modo se habrían perdido por los estragos del tiempo.

Entre los que mencionó Eusebio se encontraba un líder de la iglesia en Hierápolis (la iglesia en Colosenses 4.13) con el nombre de Papías. Hierápolis estaba cerca de Colosas y a unos ciento sesenta kilómetros tierra adentro de Éfeso. Las mejores estimaciones son que Papías nació en los años 70 y vivió hasta alrededor de los 150. Ninguno de sus escritos ha sobrevivido. Todo lo que sabemos de él y lo que escribió lo conserva Eusebio. Eusebio dijo que Papías, un anciano que estuvo activo en Hierápolis unos doscientos años antes de que viviera el historiador, conoció tanto a Policarpo como a Juan, el hijo de Zebedeo. Con respecto a la autoría de 1ª Juan, Eusebio dijo que Papías «usó citas de la primera Epístola de Juan, y también de la de Pedro».² Además, el historiador dijo que Ireneo (vea más abajo) a fines del siglo segundo «también menciona la primera Epístola de Juan, haciendo muchas citas de ella».³ El testimonio del historiador, basado en documentos escritos a su disposición, es significativo.

El Ireneo mencionado por Eusebio proporcionó evidencia adicional de que 1ª Juan fue escrita por el apóstol a quien Jesús llamó de remendar redes con su hermano Jacobo (Mr 1.19). El historiador testificó que Ireneo fue estudiante de Policarpo en su juventud,⁴ aparentemente queriendo decir que Ireneo creció hasta la madurez en Esmirna, la ciudad de Policarpo. Ireneo estudió en Roma y en su vida posterior se convirtió en un anciano de la iglesia en lo que hoy es Lyon, Francia. Ireneo vivió y escribió la mayor parte de sus escritos hacia fines del siglo segundo. Entre sus obras que han sobrevivido se encuentra una llamada *Contra las herejías*. La obra es un extenso tratamiento del gnosticismo, una falsa enseñanza que causó mucha división y confusión en la iglesia del siglo segundo. Dado que, por acuerdo general, Juan escribió su primera carta para confrontar una forma temprana de gnosticismo, no es sorprendente que Ireneo

² Eusebio *Historia eclesiástica* 3.39.17.

³ *Historia eclesiástica* 5.8.7.

⁴ *Historia eclesiástica* 5.5.8.

citara la carta extensamente.

El testimonio que dio Ireneo sobre la autoría de 1ª Juan es temprano e importante. Citó la carta directamente, diciendo:

Por esta razón también, [Juan] nos ha testificado así en su Epístola: «Hijitos, es el último tiempo; y como habéis oído que el Anticristo vendrá, ahora han aparecido muchos anticristos; por lo que sabemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, sin embargo, no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; sin embargo, [salieron] para que se manifestara que no son de nosotros. Por tanto, sabed que toda mentira procede de fuera y no de la verdad. ¿Quién es un mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el Anticristo».⁵

La cita definitivamente es de 1ª Juan 2.18, 19, 22.

Además de estas citas, información adicional de la iglesia primitiva demuestra que un entendimiento claro y persistente vinculaba las cartas de Juan con el Evangelio que lleva su nombre.⁶ Los primeros cristianos entendieron que los documentos eran producto de Juan, el hijo de Zebedeo. Estas pocas citas dadas son algunas de las primeras en citar 1ª Juan. Éstas y otras de un tipo similar son suficientes para mostrar que existieron en la época inmediatamente posterior a los apóstoles, y continuaron haciendo referencia a la autoría de 1ª Juan. Esto entonces sería una clara evidencia de que Juan, el hijo de Zebedeo, escribió el Evangelio que lleva su nombre y la primera carta.

AUTORÍA DEL EVANGELIO DE JUAN Y LAS CARTAS

Además de la evidencia externa de los documentos, las declaraciones de los documentos mismos han hecho que los lectores asocien las tres cartas que llevan el nombre de Juan con el autor del Evangelio de Juan. El estilo de escritura, el vocabulario y el tema de 1ª Juan tienen afinidades tan cercanas con el Evangelio que los creyentes que se remontan a principios del siglo segundo han entendido que son del mismo autor: Juan, el hijo de Zebedeo. Además, en las palabras iniciales de 1ª Juan, el autor se contó a sí mismo entre los que habían oído, visto y palpado a Aquel de quien escribía. La forma más fácil de explicar las similitudes entre el Evangelio y la carta de 1ª Juan

⁵ Ireneo *Contra las herejías* 3.16.5.

⁶ Se reproducen textos relevantes de autores eclesiásticos tempranos en J. W. Roberts, *The Letters of John (Las cartas de Juan)*, *The Living Word Commentary* (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1968), 5–8.

es que ambos documentos fueron escritos por el mismo autor. La tradición y la historia de la iglesia primitiva, que apoyan la autoría del Evangelio de Juan, también dan testimonio de la autoría de 1ª Juan por parte del apóstol.

Entre otras similitudes, los primeros versículos de 1ª Juan se asemejan a los primeros versículos del Evangelio. Es cierto que el autor de 1ª Juan no reprodujo exactamente la relación entre «el Verbo» y la persona de Jesús que se encuentra en el Evangelio, sin embargo, las similitudes son importantes. Por ejemplo, en Juan 1.1, Jesús era «el Verbo» desde el principio. Además, «el Verbo era Dios». Sobre el principio matemático de que cosas iguales a una misma cosa son iguales entre sí, se deduce que Jesús era Dios. Jesús, el Verbo, es decir, Dios, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (1.14). En 1ª Juan 1.1, Jesús fue «el Verbo de vida» que fue proclamado. El diferente matiz dado a «Verbo» en 1ª Juan difícilmente quiere decir que un nuevo autor haya adoptado el pensamiento del Evangelio. Más bien indica que el mismo autor eligió explorar una dimensión relacionada del señorío de Jesús.

La forma general de expresión, el vocabulario y el mundo del pensamiento de Juan y 1ª Juan son los mismos. Incluso un lector casual se encuentra con el mismo pensamiento elevado, los mismos contrastes, el mismo lenguaje sencillo a medida que pasa del Evangelio a las cartas.

¿Cuáles son algunas de las similitudes entre el pensamiento del Evangelio de Juan y las cartas de Juan?⁷ La práctica del pecado nos pone en alianza con los hijos del diablo (3.8), dijo Juan en su primera carta. En contraste, dijo que la práctica de la justicia es fundamental para ser un hijo de Dios. Según Juan, la justicia implica más que tener un sentimiento piadoso por Dios. Dijo que la doctrina y la ética están conectadas. Por ejemplo, la justicia requiere que el creyente ame a su hermano (1ª Jn 3.10). El amor requiere que trate bien a su hermano (3.17). El Evangelio de Juan no solo usa un lenguaje similar, también demuestra que el autor pensaba en los mismos términos. Jesús acusó a los líderes religiosos entre los judíos diciendo: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis hacer los deseos de vuestro padre» (Jn 8.44). Ser del diablo es aceptar la agenda y los deseos del «mundo», que

⁷ La lista se basa en la obra de John R. W. Stott, *The Epistles of John (Las epístolas de Juan)*, *The Tyndale New Testament Commentaries* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 17–19.

está «pasando» (1ª Jn 2.16, 17). Los que aman y siguen a Cristo no son «del mundo» ni del diablo. Jesús ha elegido a Sus seguidores «del mundo» (Jn 15.19). El resultado es que el mundo aborrece tanto a Jesús como a quienes le aman.

Entonces, ¿qué concluiremos? La similitud de pensamiento entre la carta de 1ª Juan y el relato que Juan ofreció de Jesús en su Evangelio es innegable.

Al igual que algunos cristianos de la antigüedad, muchos hoy parecen suponer que la vida en Cristo supone que se han divorciado por completo de las malas acciones y ahora no cometen ningún pecado. En cierto sentido, vivir en Cristo ya es ser redimido, ya es ser considerado justo por Dios (2ª Co 5.17; Ro 8.1, 2). El apóstol pudo escribir: «como él es, así somos nosotros en este mundo» (1ª Jn 4.17). Sin embargo, ser justos ante Dios no implica una vida libre de pecado en la presente era. Algunos cristianos primitivos parecen haber supuesto que el bautismo en Cristo quería decir que habían sido elevados de la vida mundana a la plena santificación del Señor. Himeneo y Fileto creían que la resurrección ya había pasado (2ª Ti 2.17, 18). Aparentemente, creían que ya eran participantes de pleno derecho en la era venidera. El término «escatología sobre-cumplida» se refiere a la creencia de que Cristo no ofrece a Su pueblo nada más de lo que ya les ha dado en esta era. Supusieron que el futuro no ofrecía juicio, cielo ni infierno. Juan se dirigió a los adversarios que llegaron a suponer que no tenían pecado.

Tanto en 1ª Juan como en el Evangelio, los cristianos ya están «en Cristo», sin embargo, hay más por realizarse. Ambos libros insisten en que la salvación ya es un don de Dios para aquellos que creen en Cristo y se vuelven a Él con fe obediente (Jn 15.3). Además, enseñan que la salvación es algo que debe realizarse cuando el Señor regrese al final de la presente era (Jn 5.28, 29). Los cristianos son liberados del pecado por la sangre de Cristo en la era actual, y al mismo tiempo están sujetos a las tentaciones del pecado mientras viven en la carne. Para aquellos que podrían haber supuesto que el pecado no les atraía, Juan escribió: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1ª Jn 1.8). Sin embargo, Juan no animó a sus lectores a abrazar el pecado (3.15). El pensamiento del Evangelio de Juan y el pensamiento de la carta de 1ª Juan son el mismo.

Jesús les dijo a Sus adversarios: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque

decís: Vemos, vuestro pecado permanece» (Jn 9.41). Estaba insinuando que el pecado ha traído esclavitud universal a la familia humana. A judíos creyentes que insistían en que nunca habían sido esclavos de nadie, Jesús dijo: «todo el que hace pecado, esclavo es del pecado» (Jn 8.34). El Señor llamó a los creyentes a confesar el pecado y rehusarse a ceder a él al mismo tiempo. El autor de la primera carta sigue 1.8 con la misma afirmación clara que hizo Jesús en el Evangelio de Juan: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado [...] y no puede pecar, porque es nacido de Dios» (1ª Jn 3.9). Nuevamente, escribió: «Sabemos que todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado» (1ª Jn 5.18). En el Evangelio de Juan y en su primera carta, a los seguidores de Jesús se les exhorta, paradójicamente, a reconocer el poder del pecado y a rechazar su práctica.

No pretendemos asumir que Juan, en el Evangelio que lleva su nombre, puso sus propias palabras en boca de Jesús para promover sus propios puntos de vista. Estamos insinuando que entre la multitud de cosas que dijo Jesús, Juan seleccionó, por inspiración del Espíritu Santo, declaraciones del Señor que enfatizaban las verdades doctrinales propias del Evangelio y las cartas que él escribió (Jn 21.24). En el Evangelio de Juan y las cartas, los que viven en el mundo se enfrentan a un paisaje desgastado. La verdad no se limita a una conciencia subjetiva interna. La verdad que importa es el conocimiento proporcionado por Jesús y convertido en práctica. Es la forma en que elegimos vivir. La verdad no es solo lo que creemos; también es lo que hacemos (1ª Jn 3.18).

Sólo en la práctica de la justicia se levanta el velo de las tinieblas; sólo en la práctica la verdad ofrece luz al creyente. Juan escribió: «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad» (1.6). Añadió: «Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas» (2.11). Enseñanzas que se encuentran en las cartas se concentran en el Evangelio de Juan en la persona de Jesús mismo. Él fue el dador de luz y vida. «Yo soy la luz del mundo», dijo el Señor, «el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8.12). La terminología de las cartas y el Evangelio es la misma.

Como el Evangelio de Juan, las cartas retratan metafóricamente la vida vivida bajo las garras del pecado como tinieblas; y traducen las tinieblas en sus conceptos afines. Andar en tinieblas, por

ejemplo, es estar espiritualmente ciego. El que está en tinieblas «no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos» (1ª Jn 2.11). En el Evangelio de Juan, Jesús citó a Isaías explicando que la ceguera del pecado no solo da como resultado un conflicto miserable y sin sentido con los demás, sino que también significa insensibilidad y ansiedad a lo interno. El corazón se atrofia, se endurece y no responde a Dios ni a la bondad que acompaña a la obediencia a Él. De los que andan en tinieblas, Jesús dijo que Dios «Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, Y se conviertan, y yo los sane» (Jn 12.40). En el Evangelio y las cartas, Juan asoció las tinieblas del pecado con una especie de ceguera que impide que los mundanos busquen y encuentren una mejor forma de vida.

Ser espiritualmente ciego, andar en tinieblas, quiere decir que nos hemos entregado al aborrecimiento. Aborrecer es morir. El aborrecimiento y la muerte son la suerte de quienes eligen el camino de las tinieblas y el pecado. El aislamiento, la soledad y la indiferencia son los precios de los días y noches despreocupados de los perdidos en el pecado. Cristo le enseña a Su pueblo a preocuparse por otros; vivir es preocuparse por otros. Los cristianos «andan en luz» (1ª Jn 1.7) porque se aman unos a otros. Los muertos están sin preocupación. Como Jesús en el Sermón del Monte (Mt 5.22), Juan asoció el aborrecimiento con el homicidio y la muerte. El hijo de Zebedeo escribió: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte» (1ª Jn 3.14). Jesús de Nazaret es Aquel en el Evangelio de Juan que da vida: «Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida» (5.21).

Tanto el Evangelio de Juan como las cartas sostienen que el remedio para el pecado y la promesa de vida fueron introducidos a la familia humana cuando Dios envió a Su Hijo para ser el «Salvador del mundo». Juan recurrió a la primera persona del plural para afirmar: «Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo» (1ª Jn 4.14). Los samaritanos que habían oído hablar de Jesús por medio de la mujer que le había conocido en el pozo de Jacob dijeron: «nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo» (Jn 4.42). Jesús abrió el camino a la vida a los samaritanos como lo hizo con otros que le

respondieron con fe.

La similitud de las palabras que se encuentran en las cartas de Juan y en el Evangelio de Juan da testimonio de que los documentos fueron escritos por la misma persona. La autoría común de los dos documentos se vuelve más clara a medida que se les examina más de cerca. Si bien todos los hombres y mujeres son hijos de Dios (Hch 17.28), Jesús en la carne fue exclusivamente el Hijo de Dios (1ª Jn 4.9; Jn 3.16). Aunque vino como un hombre en la carne, Su ser fue «desde el principio» (1ª Jn 1.1; vea Jn 1.1). Jesús, el Salvador, dio Su vida en la cruz para que las personas fueran salvadas del pecado y anduvieran en luz (Jn 10.14, 15; 1ª Jn 3.16). La forma de expresión y la elección de palabras indican una y otra vez que el Evangelio de Juan y las cartas tienen una perspectiva similar sobre la fe y la vida cristianas.

Juan podría haber aclarado la autoría de las cartas y el Evangelio de Juan simplemente insertando su nombre. Nos queda especular sobre por qué no lo hizo. Quizás el autor deseaba pasar a un segundo plano, o quizás deseaba que el mensaje sobre Jesús se sostuviera por sus propios méritos. El Evangelio de Juan es como los demás en que no se nombra ningún autor. De hecho, ni Juan ni su hermano Jacobo aparecen por nombre en ninguna de las obras del Nuevo Testamento que son atribuidas a Juan excepto en Apocalipsis 1.9. El nombre «Juan» aparece muchas veces en el Evangelio de Juan; sin embargo, sin falta, se refiere a Juan el Bautista. Lo más cerca que llega el Evangelio de Juan de hacer una referencia a Juan y Jacobo, que eran pescadores con Pedro y Andrés, es en Juan 21.2, donde «los hijos de Zebedeo» figuraban entre los que estaban en Galilea cuando el Jesús resucitado se les apareció. Quizás sea más difícil explicar la ausencia de dos discípulos de Jesús tan prominentes en el Evangelio asumiendo que Juan no fue el autor de la obra que explica su ausencia basándose en que Juan es el autor.

¿UNA CARTA O UN TRATADO?

Primera de Juan y Hebreos son las dos cartas o documentos en forma de cartas en el Nuevo Testamento que no dicen nada de autoría en los primeros versículos. Ninguna de los dos se desarrolla de la manera que se esperaría de una carta. Los estudiantes de Hebreos han observado que inicia como un tratado, prosigue como un sermón y concluye como una carta. Si es posible, 1ª Juan se parece menos a lo que se espera de una carta

que Hebreos. Por ejemplo, se espera que una carta sea escrita con una audiencia específica en mente. En el mejor de los casos, la primera epístola de Juan parece ir dirigida a lectores que viven en una región similar. Incluso las referencias específicas, como las alusiones al «anticristo» (2.22; 4.3), son más probablemente aplicables a iglesias en una región geográfica que a lugares específicos donde los anticristos eran peculiares.

En su mayor parte, las preocupaciones de 1ª Juan son las de las iglesias en todas partes. La universalidad del pecado (1.8, 10), por ejemplo, o la realización de obras de caridad (3.17) son preocupaciones que enfrentan las iglesias en todo lugar. Los pronombres en plural como «nosotros» y «vosotros» en 1ª Juan tienen una especie de anonimato. El uso de «nosotros» parece tener más que ver con la identidad que el autor desea establecer entre él y sus lectores que con limitar su discurso a un grupo selecto de cristianos.

Juan solía usar «nosotros» cuando podría haber dicho «yo» o «vosotros». Términos como «amados» e «hijitos» expresan cariño, sin embargo, no del tipo que implicaría que los primeros lectores de la carta pertenecían a una determinada iglesia o ciudad. Son términos generales que Juan usó para la comunión con otros cristianos. Incluso advertencias como «probad los espíritus» (4.1) no sugieren que 1ª Juan fue dirigida a una audiencia específica de la iglesia.

Al final, 1ª Juan le parece al lector más un tratado, o quizás un sermón o un ensayo, que una carta personal como 1ª Corintios o Filipenses. El autor comenzó sin saludos, sin descripción de experiencias compartidas, sin nombres personales. Caín es el único individuo cuyo nombre aparece (3.12) en 1ª Juan. Coincidimos con la valoración de Donald Guthrie:

Se parece más a una homilía que a una epístola. No es difícil imaginar una congregación cristiana [cualquier congregación, agregaríamos] escuchando su mensaje con sus frecuentes exhortaciones personales.⁸

LA INVERSIÓN CRISTIANA EN LA HISTORIA

Sea considerado en sus partes o en su totalidad, el relato bíblico constituye un registro de eventos reales que tuvieron lugar en el tiempo.

⁸ Donald Guthrie, *New Testament Introduction (Introducción al Nuevo Testamento)*, rev. ed. (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1990), 868.

Los cristianos tienen un gran interés en la historia. Cuando Dios se le apareció a Moisés en la zarza ardiente, le dijo: «Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob» (Ex 3.6). Jesús citó el pasaje como evidencia de que los patriarcas aún vivían mientras Dios le hablaba a Moisés desde la zarza (Mt 22.32), sin embargo, el pasaje enseña sobre asuntos que conciernen la vida en el mundo venidero. Abraham, Isaac y Jacob vivieron en una época anterior a la de Moisés. Si bien es posible que Moisés no supiera exactamente cuándo vivieron, no tuvo ninguna duda de que alguna vez anduvieron en la carne como lo hizo él. Eran figuras históricas, no fulanos míticos. La distinción es importante; es mucho más que una mera observación pasajera.

Los antiguos solían usar el mito para identificar y describir a sus dioses. En los mitos, los antiguos encontraban paradigmas y metáforas que daban cuenta de sus propias experiencias en el mundo. Por interesantes que sean los mitos, tenían un tipo de pensamiento diferente a la historia. Si una persona le preguntara a uno de los contemporáneos griegos de Pablo en la antigua Corinto o Éfeso cuándo vivió Hércules y mató al león de Nemea, por ejemplo, probablemente le dirían algo como «Fue hace mucho tiempo, allá en algún momento u otro...». Si alguien le preguntara a un efesio cuándo Leto, el amante de Zeus, dio a luz a sus gemelos divinos Apolo y Artemisa en la pequeña isla de Delos, probablemente recibiría la misma respuesta.

Si el interrogador presionase, si preguntara quién estuvo presente en el evento, quién podría dar testimonio de que realmente sucedió, el griego antiguo pensaría que es una pregunta extraña. No lo habría pensado. Probablemente se encogería de hombros y se alejaría. Las preguntas de cuándo ocurrieron los eventos mitológicos y quiénes los presenciaron no habrían sido de interés para una persona antigua. En contraste, importa quién era Juan, el hijo de Zebedeo. Importa cuándo vivió, quién lo conoció, dónde vivió y qué hizo. Juan, como Abraham, Moisés, David e incluso el mismo Jesús, vivió en el tiempo. Él y otros personajes bíblicos tuvieron contemporáneos que dieron testimonio de ellos y de las cosas que hicieron y dijeron. El gran historiador Herodoto introdujo, o al menos promovió, el pensamiento histórico en el mundo occidental, sin embargo, los autores de la Biblia habían estado pensando históricamente durante generaciones antes de que el historiador

de Halicarnaso se aventurara en el mundo del siglo quinto antes de Cristo.

La conexión entre figuras mitológicas y eventos reales que ocurrieron en el tiempo fue, en el mejor de los casos, tenue. La conexión entre la mitología griega, babilónica o egipcia y la historia se encuentra en algún lugar entre diminuta e inexistente. Mateo, Marcos, Lucas y Juan escribieron sobre la historia. No tuvieron ningún interés en preservar mitos. Jesús tocó a un leproso y lo sanó. Habló, y una fuerte tormenta en el mar de Galilea detuvo su rugido. El sepulcro donde lo pusieron quedó vacío al tercer día. Importa cuándo vivió, quiénes fueron Sus discípulos y cómo surgió la Biblia. Los eventos bíblicos ocurren en el tiempo. Son verificables. El testimonio de los contemporáneos de los hechos es importante.

Con el corazón y el interés de historiadores, los cristianos dirigen su atención a Juan, el hijo de Zebedeo. Cuando Jesús, Sus primeros discípulos y la puesta por escrito de las Escrituras son el tema de interés, tiene que incluirse mucho más que la recitación de eventos, fechas y lugares. Esos son solo los puntos de inicio. Los antiguos de todo tipo querían aprender mensajes vivificantes de sus mitos, sin embargo, los lectores de la Biblia quieren pasar de la historia a la aplicación. Antes de que la aplicación de la historia tenga relevancia, se le tiene que asegurar en el tiempo. El conocido general de la Guerra entre los Estados, Robert E. Lee, tuvo razón cuando asoció la historia con la esperanza. En las cartas de Lee, Douglas Freeman encontró la siguiente observación:

La marcha de la Providencia es tan lenta y nuestros deseos tan impacientes; la labor del progreso es tan inmenso y nuestros medios para ayudarlo tan débiles; la vida de la humanidad es tan larga, la del individuo tan breve, que a menudo solo vemos el reflujo de la ola que avanza y, por lo tanto, nos desanimamos. Es la historia la que nos enseña a tener esperanza.⁹

Con estos preliminares fuera del camino, ¿qué podemos decir de Juan, su relación con Jesús y su autoría de las tres cartas que llevan su nombre?

LA PERSONA DE JUAN

La primera mención que la Biblia hace de Juan, el hijo de Zebedeo, y de su hermano Jacobo, es

⁹ Robert E. Lee, según lo citó Douglas Southhall Freeman, *R. E. Lee: A Biography* (*R. E. Lee: Una Biografía*) (New York: Charles Scribner's Sons, 1935), 4:484.

cuando los dos fueron llamados por Jesús para seguirle. Después de que Juan el Bautista bautizó a Jesús en el río Jordán, después de que el Espíritu Santo dio testimonio de que era el Hijo de Dios, el Señor permaneció por un período indefinido en el desierto del valle inferior del Jordán. Con el tiempo, algunos de los discípulos de Juan se preocuparon porque Jesús atraía a multitudes más grandes de las que venían a escuchar a Juan el Bautista (Jn 3.26). Eso continuó hasta que Juan entró en conflicto con Herodes Antipas (Mr 6.17). Antipas, llamado Herodes el tetrarca en la Biblia, lo arrestó y lo encarceló. Después del arresto de Juan, puede que haya sido por temor a su propia seguridad que Jesús dejó la región del bajo Jordán y regresó a Galilea (Mr 1.14).

Algunos de los discípulos que comenzaron a seguir a Jesús en la región del Jordán más adelante serían nombrados apóstoles. Entre ellos estaban Andrés y Simón Pedro, su hermano más ilustre (Jn 1.40–42). Felipe y Natanael también aparecieron por primera vez (1.44, 45) en compañía de Juan el Bautista. Además, un misterioso discípulo sin nombre se mantuvo en el trasfondo (1.35–40). Fue seguidor de Juan y compañero de Andrés antes de comenzar a seguir a Jesús. Es difícil explicar su anonimato en el Evangelio de Juan; sin embargo, si el discípulo misterioso fuera Juan, el autor del Evangelio, tal vez hubiera optado por permanecer en el anonimato para que toda la atención se centrara en Jesús. Más adelante en el mismo Evangelio, probablemente mantuvo su nombre fuera del registro hablando de sí mismo como «aquel discípulo a quien Jesús amaba» (Jn 21.7a). Lo que observamos como un hecho es que Juan, el hijo de Zebedeo, uno de los apóstoles más prominentes de Jesús, no es mencionado en el libro que lleva el nombre de Juan. Juan y, probablemente, su hermano Jacobo parecen haber estado entre los seguidores de Juan el Bautista en la parte baja del valle del Jordán antes de convertirse en seguidores de Jesús. Después del arresto de Juan, permanecieron cerca de Jesús cuando viajó hacia el norte de regreso a Galilea desde el Jordán.

Si se leyera solo Mateo y Marcos, se tendría la impresión de que la primera vez que Jesús conoció a Pedro y Andrés y a sus compañeros de pesca Jacobo y Juan fue cuando los llamó a dejar todo y seguirle (Mr 1.16–20). Basado en los eventos registrados por Juan, el hijo de Zebedeo, acerca de la obra de Juan el Bautista, Jesús claramente los había conocido antes de llamarlos de su oficio como pescadores.

Sin embargo, el llamado de los cuatro marcó un desarrollo importante para el ministerio de Jesús. Su obra había de llevarse a cabo en compañía de un pequeño grupo de discípulos.

Juan y Jacobo estuvieron entre los discípulos más cercanos a Jesús. Puede que hayan estado relacionados con Él, y en realidad, a Juan el Bautista.¹⁰ Cuando el Señor escogió a doce que habían de ser apóstoles, Sus emisarios especiales, Jacobo y Juan, están siempre en el primer grupo de cuatro (Mt 10.2; Mr 3.16, 17; Lc 6.14; Hch 1.13). Los hermanos estuvieron en compañía de Jesús en momentos cruciales. Junto con Pedro, estuvieron presentes cuando Jesús resucitó a la hija de Jairo de entre los muertos (Mr 5.37), cuando Dios transfiguró al Señor en el monte (Mr 9.2), cuando Jesús les habló acerca de la destrucción venidera de Jerusalén (Mr 13.3) y cuando el Señor entró en el huerto de Getsemaní a orar (Mr 14.33).

En la gran mayoría de los casos, cuando el nombre «Juan» aparece en cualquiera de los Evangelios, es para designar a Juan el Bautista. «Jacobo» y «Juan», los hijos de Zebedeo, aparecen juntos con mayor frecuencia en los tres primeros Evangelios. Dado que «Jacobo» ocupa el primer lugar en la lista, es justo suponer que era el mayor de los dos. En algunos casos, Juan parece estar ausente de su hermano (Mr 9.38; Lc 9.49; 22.8). El temprano martirio de Jacobo de mano de Herodes Agripa I (Hch 12.1, 2) podría explicar las referencias poco frecuentes a él en el Nuevo Testamento. En Hechos, Juan aparece como compañero de Pedro (3.1; 8.14). Pablo lo incluyó entre aquellos a quienes llamó «columnas» en la iglesia (Ga 2.9). De estas alusiones pasajeras surgen algunas cualidades personales del apóstol.

Cuando Marcos mencionó a los apóstoles, siguió los nombres de Jacobo y Juan diciendo que Jesús los llamó «Boanerges». El autor agregó que el nombre quiere decir «Hijos del trueno» (Mr 3.17). Aunque Mateo y Lucas no mencionan la designación, las palabras en Marcos sugieren que los dos hermanos eran de mal genio, rápidos para llegar a una conclusión y rápidos para llamar a la acción. Su pedido a Jesús de que tuvieran lugares a Su derecha e izquierda en Su gloria (Mr 10.37) podría haber sido una indicación de su fuego y celo

por el señorío que había de ser Suyo. Sin embargo, la designación «Hijos del trueno» quedó mejor ilustrada cuando cierta aldea samaritana se negó a ofrecer hospitalidad a Jesús y Sus discípulos. Cuando Jacobo y Juan se enteraron, preguntaron: «Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo [...] y los consuma?» (Lc 9.54). Su petición era que Jesús les concediera la autoridad personal, no que Él mismo hiciera bajar el fuego.

Según lo que se dice de Juan, quizás el hijo menor de Zebedeo, cuando se le menciona solo en los tres primeros relatos de los Evangelios, pocas cosas pueden decirse definitivamente de él. En la mayoría de los casos en los que aparece su nombre, simplemente estaba presente. Nada significativo, por ejemplo, se puede inferir de que fue enviado con Pedro para preparar el lugar donde la compañía de Jesús había de observar la pascua (Lc 22.8). Sin embargo, los lectores podría obtener una idea del carácter de Juan cuando él y algunos de los otros discípulos vieron a un hombre que echaba fuera demonios. El hombre no era del círculo de seguidores que rodeaba a Jesús la mayor parte del tiempo. Juan no hizo ninguna petición al Señor; no presentó ninguna duda sobre lo que él y sus compañeros debían hacer con el hombre que vieron. Más bien, Juan se encargó de informarle al Señor: «Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía» (Mr 9.38).

Esta declaración de Juan era totalmente consistente con un hombre que deseaba un lugar de prominencia en un reino que señoreara el mundo. Al parecer, Juan esperaba un reino de Dios inspirado en el gobierno de Roma. Creía que Jesús iba a establecer tal reino y quería marcar su lugar en él con anticipación. Juan era un partidista. En su mente, solo aquellos que estaban en su círculo deberían haber podido hacer o decir algo en el nombre de Jesús. Sin embargo, Jesús mantuvo a Juan bajo control. El Señor estaba feliz de acoger a aliados, estuvieran o no en Su círculo inmediato.

Aunque Juan no aparece por su nombre en el cuarto Evangelio, es allí donde aprendemos la mayor parte de lo que sabemos de él. En el Evangelio de Juan, el ministerio de Jesús en Jerusalén y Judea es más prominente que en los primeros tres Evangelios. Cuando uno se limita a leer Mateo y Marcos, parece que Jesús tuvo un ministerio de algún tiempo indefinido en Galilea y sus alrededores, y viajó al final de Su vida a Jerusalén, donde fue crucificado. El relato del Evangelio

¹⁰ Para un análisis de la evidencia bíblica, vea James Iverach, «John, the Apostle» («Juan el apóstol»), en *The International Standard Bible Encyclopaedia (Enciclopedia de la Biblia de estándar internacional)*, ed. James Orr (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1947), 3.1707.

de Lucas es muy parecido, sin embargo, incluye los momentos en que los padres de Jesús lo dedicaron en el templo (Lc 2.21–38). Además, Lucas describió Su presentación en Jerusalén a los doce años (Lc 2.41–50). La predicación de Jesús «en las sinagogas de Judea» (Lc 4.44) podría querer decir solo que Él predicó donde estaba el pueblo judío. El ministerio de Jesús en Lucas, como sucede en Mateo y Marcos, está restringido a Galilea y las regiones que la rodean.

El Evangelio de Juan es notable cuando se le compara con los tres primeros porque se dice más sobre el ministerio del Señor en Judea que en Galilea. No hay contradicción entre Juan y los demás Evangelios. Juan decidió registrar más sobre la obra de Jesús en Jerusalén y sus alrededores que en Galilea. No está claro por qué Juan sabía más sobre la obra de Jesús en Judea.

Puede que Juan haya tenido buenas razones para estar más interesado en Jerusalén y Judea que los demás. Si Jacobo y Juan estaban relacionados con Jesús, también estaban relacionados con Juan el Bautista (Lc 1.36), cuyos padres vivían en la región montañosa de Judea (Lc 1.39). Es posible que los hermanos hayan viajado a Judea con frecuencia. Es posible que hayan comercializado algunas de sus capturas de pesca en Jerusalén. No es difícil imaginar circunstancias que expliquen el conocimiento que tenía Juan de Jerusalén, incluso el hecho de que conociera a personas importantes de la ciudad. Si tuviera una casa en la ciudad, eso explicaría que Jesús encomendara a María a su cuidado desde la cruz, y no a uno de los otros hijos de María (Jn 19.26, 27). Cualquiera otra cosa que podamos decir sobre Juan, el hijo de Zebedeo, es seguro decir que Jesús le tenía un afecto especial. Varias veces en la última parte de su Evangelio, Juan se llamó a sí mismo el «discípulo a quien Jesús amaba» (13.23; 19.26; 20.2; 21.7, 20).

Es imposible determinar exactamente cuándo escribió Juan su Evangelio, o dónde vivía cuando lo escribió. Tradicionalmente, los intérpretes han supuesto que Juan escribió su Evangelio en algún momento después de que se completaron los tres primeros. En vista de que podemos ubicar Apocalipsis en los alrededores de Éfeso (Ap 1.9), y dado que Jerusalén y Judea se vieron envueltas en una agitación que condujo a la revuelta del 66–70 d.C., la mejor suposición es que él escribió todas las obras bíblicas que provienen de su pluma en el occidente de Asia Menor. Probablemente Juan escribió primero el Evangelio de Juan. Puede que

lo haya acabado en el 77 o 78 d.C. Después de eso, los problemas en las iglesias relacionados con la introducción de ideas gnósticas requirieron que él escribiera las cartas. Probablemente vinieron de la última parte de los 70 o principios de los 80. Aunque hay buenas razones para darle al Apocalipsis una fecha durante los años 90 del siglo primero, es mi opinión que su fecha encaja mejor en la década de los 80.¹¹

POR QUÉ JUAN ESCRIBIÓ LAS CARTAS

Primera de Juan, en su mayor parte, se lee más como un tratado que como una carta. No obstante, por conveniencia, a veces lo llamaremos una carta y otras veces un tratado. El documento contiene elementos de ambos. El intérprete de 1ª Juan hace bien en comenzar su estudio con una serie de preguntas: ¿Qué condiciones prevalecían entre las iglesias cuando el autor escribió la carta? ¿Quiénes esperaba el autor que fueran los primeros lectores del tratado? ¿Por qué el autor se sentó y escribió en ese momento? ¿Qué esperaba Juan que lograra su carta? La única perspectiva que se tiene para responder a las preguntas proviene de una lectura atenta de la carta en sí. Por necesidad, hay un elemento de juicio subjetivo en la búsqueda de respuestas, sin embargo, la carta ofrece pistas importantes. Ningún libro bíblico constituye una serie miscelánea de versículos inconexos. La comprensión de las partes surge de las preguntas que se hacen sobre el todo.

La primera carta de Juan tiene algunos de los pensamientos más sublimes sobre la naturaleza de Cristo y Su obra que se encuentran en cualquier parte del Nuevo Testamento, sin embargo, el autor presenta a Cristo y la vida cristiana en un contexto desafiante. Está bastante claro que las iglesias que Juan esperaba que leyeran su carta habían estado luchando durante algún tiempo con los falsos maestros y las falsas enseñanzas. Algunos de los que estaban influyendo en los cristianos y las iglesias andaban «en tinieblas» (1.6; 2.8–11). «Salieron de nosotros», escribió Juan, «pero no eran de nosotros» (2.19). Juan llamó a estos falsos maestros «anticristos» y dijo que sabemos que es la última hora porque «incluso ahora han surgido muchos anticristos» (2.18; 4.3; 2 Jn 7). Aún escribiendo sobre estos anticristos, Juan instó a sus lectores:

¹¹ Duane Warden, «Imperial Persecution and the Dating of 1 Peter and Revelation» («La persecución imperial y la fecha de 1ª Pedro y el Apocalipsis»), *Journal of the Evangelical Theological Society* 34 (June 1991): 203–212.

«Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios» (1ª Jn 4.1). La presencia de estos maestros y esta enseñanza constituyó una razón importante para la escritura de Juan. Juan fue explícito: «Os he escrito esto sobre los que os engañan» (2.26).

Los maestros que Juan enfrentó no parecen ser del tipo que conoció Pablo, al menos no en sus cartas anteriores. A menudo, Pablo se enfrentó a cristianos judíos que deseaban que los gentiles conversos abrazaran elementos de la ley de Moisés que habían salido de su visión del judaísmo. Insistían en que los gentiles se hicieran judíos en camino a hacerse cristianos (2ª Co 11.13, 22; Ga 5.2-4; Fil 3.2, 3). Los maestros judaizantes que Pablo encontró tenían problemas para aceptar la deidad de Jesús. No entendían que Dios había hecho algo absolutamente nuevo con la venida de Jesucristo. Jesús habló con una autoridad inherente a quién era. Él reveló a Dios a la humanidad de una manera que las personas nunca antes habían experimentado. La cruz manifestó Su gracia como nunca la había conocido el judaísmo.

Los anticristos en 1ª Juan desafiaban la doctrina cristiana sobre la persona de Cristo en formas que iban más allá de las enseñanzas de los cristianos judaizantes con base en Judea y Jerusalén. Cuestionaban si Jesús de Nazaret fue una persona real de carne y hueso. Lo que decían sobre la persona de Jesús de Nazaret no armonizaba con la realidad conocida por Juan. El autor insistía en que Jesús era un hombre de carne y hueso que, al mismo tiempo, era Dios. Los anticristos con los que se encontraba Juan aparentemente querían rechazar la noción de que Jesús era completamente humano.

En lugar de extender un saludo, Juan comenzó su tratado escribiendo: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos» (1ª Jn 1.1). Por difícil que sea de entender, el Nuevo Testamento afirma que Jesús de Nazaret fue completamente un ser humano y al mismo tiempo completamente Dios. A los maestros judaizantes se les dificultaba aceptar que Él era Dios; los anticristos tenían problemas para aceptar que era humano. Los anticristos creían que Jesús apareció, interactuó con Sus discípulos y enseñó; sin embargo, sostenían que Él no estuvo en la carne. Aquellos que confiesan «que Jesucristo ha venido en carne», escribió Juan, son «de Dios» (4.2, 3). «Han surgido muchos anticristos», dijo (2.18). El autor fue más explícito en la segunda

carta: El que niega a Jesucristo «en carne», dijo, «es el engañador y el anticristo» (2ª Jn 7).

Los únicos lugares en el Nuevo Testamento donde aparece la palabra «anticristo» son las dos primeras cartas de Juan. Contrario a la opinión popular, la palabra no se encuentra en Apocalipsis. Tampoco se encuentra en 2ª Tesalonicenses 2, Mateo 24 ni Marcos 13. La noción fabricada de que el «anticristo» es una encarnación de Satanás que aparecerá poco antes de la venida de Cristo falla por completo cuando el «anticristo» es definida por sus usos bíblicos. Que algún ser demoníaco aparecerá en la tierra al final de los tiempos para luchar con las fuerzas del bien no es la forma en que se lee en el Nuevo Testamento. Cuando Juan escribió, ya habían aparecido muchos anticristos.

Los «falsos profetas» (4.1) en 1ª Juan, los mismos llamados «anticristos» (2.18), se basaban más en las ideas filosóficas corrientes entre los paganos de habla griega que los cristianos judíos que querían desacreditar a Pablo. El pensamiento platónico estaba arraigado en el mundo griego. El sistema, bien articulado por el filósofo Platón, establecía una rígida distinción entre lo espiritual y lo material. Lo espiritual, es decir, las cosas intangibles eran buenas; las cosas materiales eran malas. Las almas de hombres y mujeres eran puramente espíritus atrapados en cuerpos materiales malignos. Los anticristos aparentemente se basaban en esta forma de pensar y concluyeron que Jesús no pudo haber sido divino y humano al mismo tiempo. La carne era material y, por tanto, maligna.

Puede que esta forma de pensar haya tenido su origen en el judaísmo helenístico antes de que aparecieran los cristianos en escena. Los estudiosos debaten sobre su forma precisa de desarrollo, sin embargo, su popularidad en Asia Menor a lo largo del siglo segundo es innegable. El sistema de pensamiento pasó a llamarse gnosticismo. Las primeras señales de su amplia influencia aparecieron en los anticristos de 1ª Juan.

El gnosticismo con todas sus variantes es sumamente complejo. Ya hemos tocado uno de sus principios fundamentales: el espíritu es bueno y las cosas materiales son malas. Los gnósticos no podían creer que un ser espiritual puro como Jesús pudiera haber habitado un cuerpo material y maligno. Afirmaban que Jesús de Nazaret solo aparentó estar en la carne. Una doctrina fundamental de los gnósticos era el docetismo, de la palabra griega *δοκέω* (*dokeō*), que quiere decir «parecer». Jesús, dijeron, solo parecía estar en la carne. Juan, por

supuesto, nunca usó términos como gnosticismo o docetismo; sin embargo, parece haber estado confrontando doctrinas que luego fueron etiquetadas con estas palabras. El apóstol de Jesús se negó a aceptar la idea de que Jesús solo parecía ser material. En 1.1, Juan dijo, en esencia, «Le vimos, le oímos, y nuestras manos lo palpamos».

Como la mayoría de las falsas doctrinas, el gnosticismo tenía implicaciones que se extienden a otras áreas de la vida cristiana. Si el cuerpo material no tenía importancia, si el espíritu era todo lo que importaba, los gnósticos sostenían que lo que una persona hacía en el cuerpo tenía poca importancia. El espíritu podía ser aceptable para Dios, sostenían, mientras que una persona se entregaba a los deseos carnales. Creían que ayudar a un hermano necesitado tenía lugar en el ámbito material, pero que ellos eran espirituales. Vivían en algún plano elevado donde el pecado nunca les tocaba. Juan se opuso a cada uno de estos puntos de vista. Dijo que negarse que se era pecador era engañarse a sí mismo (1.8). Lo que una persona hacía en el cuerpo material tenía mucho que ver con su posición ante Dios. Juan dijo que ignorar las necesidades de los hermanos y hermanas era vivir en tinieblas. «Hijitos míos», escribió, «no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (3.18).

Juan confrontó a los falsos maestros en su carta, sin embargo, no dedicó más tiempo del necesario a las doctrinas de los maestros que negaban que Jesús estuvo en la carne. En su mayor parte, se dedicó a las grandes verdades de la fe cristiana. Juan parecía operar sobre la teoría de que la mejor refutación del error doctrinal era una presentación clara de la verdad. Siendo tanto humano como divino, Jesús vivió según la ley de Dios como Dios lo pretendió. Ofreció Su vida sin pecado en la cruz como propiación por los pecados del mundo (2.2; 4.10). El amor de Dios se perfeccionaba cuando se guardaba la Palabra de Dios, no cuando se daba a conocer lo espiritual que se era (2.5; 3.4). Dios escuchaba las oraciones de aquellos que guardaban Sus mandamientos y concedía a los peticionarios lo que pedían (3.22; 5.14). Nacer de Dios era pertenecer a Él (2.29; 3.9; 4.7). En algún momento en el futuro, en la aparición del Señor, vendría un día de juicio. Después de eso, Su pueblo sería como Él (2.28; 3.2; 4.17).

Las cartas de Juan son principalmente documentos de amor. El verbo ἀγαπάω (*agapaō*, «amar») y el sustantivo ἀγάπη (*agapē*, «amor») aparecen varias docenas de veces en los 133 versículos de las tres cartas. El apóstol se negó a definir el «amor» en términos de algún sentimiento misterioso que invadía el corazón. El amor para él se manifestaba en la forma en que los cristianos trataban a las personas que los rodeaban. En resumen, el objetivo de Juan era doble. Primero, deseaba advertirles a sus lectores sobre los falsos maestros y las enseñanzas que estaban invadiendo las iglesias. En segundo lugar, deseaba reforzar en los cristianos las doctrinas y los objetivos de la fe cristiana.

EL BOSQUEJO

- I. EL VERBO DE VIDA (CAP. 1)
 - A. «Lo que hemos visto y contemplado» (1.1–4)
 - B. Cristo limpia del pecado (1.5–10)
- II. PERMANECER EN AMOR (CAP. 2)
 - A. Perfección de la Palabra de Dios (2.1–6)
 - B. Un mandamiento antiguo y nuevo (2.7–11)
 - C. Garantía para los fieles (2.12–14)
 - D. «El mundo pasa» (2.15–17)
 - E. «Han surgido muchos anticristos» (2.18–24)
 - F. «Su unción les enseña acerca de todas las cosas» (2.25–29)
- III. HIJOS DE DIOS (CAP. 3)
 - A. Ustedes son hijos de Dios (3.1–3)
 - B. La práctica de la justicia (3.4–10)
 - C. Amor de hecho y en verdad (3.11–18)
 - D. Tener confianza ante Dios (3.19–24)
- IV. DIOS ES AMOR (CAP. 4)
 - A. Advertencia: Pongan a prueba los espíritus, porque han venido muchos profetas falsos (4.1–3)
 - B. Contraste: Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo (4.4–6)
 - C. Mandamiento: Amaos los unos a los otros (4.7–14)
 - D. Confianza: El amor perfeccionado echa fuera el temor (4.15–21)
- V. VENCER AL MUNDO (CAP. 5)
 - A. La fe es la victoria (5.1–4)
 - B. Los tres que testifican (5.5–12)
 - C. El pecado que lleva a la muerte (5.13–17)
 - D. Sabemos que somos de Dios (5.18–21)

El Verbo de vida

«LO QUE HEMOS VISTO Y OÍDO» (1.1-4)

Como hemos visto, el autor de 1ª Juan en ninguna parte se identificó en este documento. Sin embargo, se incluyó a sí mismo entre los que fueron testigos oculares de Jesús. Los antiguos manuscritos del tratado afirman que el testigo ocular que escribió 1ª Juan era el apóstol de Cristo. Las copias manuscritas de 1ª Juan que han sobrevivido desde los primeros siglos tienen el nombre de Juan en sus títulos. Además, las traducciones antiguas de los documentos griegos a otros idiomas tienen el nombre de Juan en sus títulos. Está claro, entonces, que desde los tiempos más remotos, los cristianos creían que este documento fue escrito por Juan, el hijo de Zebedeo.

Un pronombre relativo en griego o en nuestro idioma («quien», «a quien», «que») introduce una cláusula adjetival. En la oración, «El hombre que lleva una placa es un policía», «que» es un pronombre relativo y «que lleva una placa» es una cláusula adjetival. Le dice al lector de qué tipo de hombre se está hablando. En lugar de «el buen hombre», por ejemplo, esencialmente estamos diciendo, el hombre «que lleva una placa». Juan abrió su tratado con una serie de cláusulas adjetivales. No suministró el verbo principal, «anunciamos», hasta el 1.3. Aquel que había descrito de todas estas formas, dijo Juan, era Aquel que les fue anunciado. Este había sido percibido por los sentidos humanos. Jesús no fue un fantasma efímero. Fue una persona de carne y hueso.

Juan les aseguró a sus lectores que el testimonio que habían recibido acerca de Jesucristo provenía de testigos presenciales. El autor se incluyó a sí mismo entre los que habían estado presentes para ver, oír y palpar a Jesús. La razón por la que Juan enfatizó este punto fue que habían surgido voces

entre los cristianos que suponían que la persona de Jesús fue algo diferente a lo que los testigos habían anunciado. El mensaje del evangelio, insinuó Juan, sería mediocre e impotente si su tema principal, Jesucristo, hubiera sido un fantasma inmaterial. Estaba escribiendo para que sus lectores creyentes pudieran estar seguros de la presencia carnal de Jesús. El gozo inherente al anuncio cristiano dependía de que Él fuera humano. Cuando estuvieran convencidos de Su humanidad, su gozo sería completo.

¹Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida ²(porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); ³lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. ⁴Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido.

Versículo 1. Es sorprendente que Juan usara un pronombre neutro con referencia a Jesús. En lugar del neutro ὃ (*ho*, «lo que»), esperamos el masculino ὃς (*hos*, «el que»). El pronombre neutro en **Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos** sería comprensible si estuviera haciendo referencia al mensaje anunciado por Juan y sus compañeros testigos. Sin embargo, Juan dijo que estaba escribiendo sobre lo que había visto, contemplado y manipulado. El pronombre neutro solo puede referirse **al Verbo de vida**; solo puede referirse a

Jesús. Si Juan pretendía algún significado para el neutro, probablemente fue porque deseaba colocar a Jesús en un plano más elevado que el humano.

Si bien Jesús fue deidad, Juan afirmó que había aparecido en la carne. El uso del neutro podría insinuar la deidad de Jesús, sin embargo, lo que deseaba hacer Juan era más que insinuar que Jesús era Dios manifestado. Puede que los lectores hoy encuentren curioso que Juan usara pronombres neutros cuando Jesús era el sujeto, sin embargo, tienen que tener cuidado al extraer conclusiones exegéticas basadas en ese hecho. Un examen más detenido demuestra que su uso del neutro no es exclusivo de la primera carta de Juan. En pasajes como Juan 6.37, 39, se usan pronombres neutros cuando la referencia es claramente a personas. En Colosenses 3.14, el pronombre relativo neutro tiene el femenino *ἀγαπῆ* («amor») como antecedente. En 1ª Corintios 3.5, Pablo usó un pronombre neutro para referirse a sí mismo y a Apolos. Tal flexibilidad quiere decir que las conclusiones exegéticas basadas en el uso de pronombres relativos neutros en 1ª Juan 1.1 son inciertas en el mejor de los casos.

Juan enfrentó una situación en la que los falsos maestros que no aceptaban la humanidad completa de Jesús habían encontrado una audiencia en las iglesias. Otros maestros estaban en el extranjero y habían compensado en exceso al insistir en que Él fue completamente humano. Juan afirmó que Jesús fue completamente humano y completamente deidad. Escribió con la autoridad de un testigo ocular. La palabra «testigo» es importante a lo largo de la carta. Juan fue testigo tanto de Jesús, un hombre a quien vio y oyó, como de Dios manifestado. Con respecto al Jesús humano, el apóstol usó el verbo *ψηλαφᾶω* (*psēlaphaō*, «palpar»). Era una palabra que se refiere al tacto que aparece solo otras tres veces en el Nuevo Testamento (Lc 24.39; Hch 17.27; He 12.18). Juan y sus compañeros no solo habían visto y oído a Jesús, lo habían palpado. Sus manos lo habían tocado.

Los primeros cuatro versículos de 1ª Juan son una maraña de gramática y sintaxis. Los verbos elegidos por el autor afirmaban la humanidad de Jesús, sin embargo, la frase inicial «Lo que era desde el principio» habla de Su eternidad. La REB consigna 1.1, «Estaba allí desde el principio; lo hemos escuchado; lo hemos visto con nuestros propios ojos; lo miramos y lo sentimos con nuestras manos: nuestro tema es la Palabra que da vida». Las palabras iniciales de Juan hacen una declaración general sobre Jesús, sin embargo, el apóstol

podría haber tenido más en mente. La predicación apostólica no solo afirmaba que Jesús fue Dios en la carne, sino que también afirmaba además que el Jesús carnal había resucitado de entre los muertos. El verbo «palpar» es el mismo que Jesús usó en Lucas cuando invitó a sus discípulos a tocarle después de Su resurrección de entre los muertos (Lc 24.39). Detrás de las afirmaciones de Juan están las negaciones de los anticristos.

La frase ó *λόγος τῆς ζωῆς* (*ho logos tēs zōēs*, «el Verbo de vida») está conectada de la manera más cercana a lo que Juan había visto y palpado. «El Verbo» en 1ª Juan 1.1 nos recuerda a Jesús tal como fue presentado en Juan 1.1. La persona de Jesús y el Verbo («la Palabra»; NASB) resultante proclamado sobre Él son inseparables. La responsabilidad de Juan era demostrarles a sus lectores cristianos que el mensaje que habían escuchado de apóstoles como él había sido el mensaje completo de Dios. El mensaje que habían escuchado desde el principio les había hecho renacer. Esa verdad que afirmaba que ellos eran cristianos era la verdad que habían recibido de los apóstoles. En contraste, los falsos maestros que los habían influenciado recientemente estaban enseñando y viviendo mentiras.

Versículo 2. Juan había incluido a otros con él que daban testimonio de Jesús. Haciendo un aparte, el autor se centró en el anuncio de lo que él y otros habían presenciado. La **vida eterna** fue la bendición que los lectores de Juan habían obtenido porque **la vida fue manifestada**. Juan dijo además: **la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos**. El eterno, la vida que es el Creador de todas las cosas, había tomado forma humana para que Dios pudiera manifestarse en Él. Juan y sus compañeros testigos no solo habían visto y oído al que era desde el principio, sino que también habían hablado de Él; habían testificado de «la vida eterna». Jesús de Nazaret fue «la vida eterna». Él era quien había estado **con el Padre** desde el principio. Menos de cien años antes de que Juan escribiera su primera carta, Jesucristo se había revelado a testigos. Había resucitado de entre los muertos y los testigos habían anunciado que era el Hijo de Dios. John R. W. Stott parafraseó el pasaje en parte:

En nuestro anuncio sobre el mensaje de la vida en Cristo, nos concentramos en la manifestación histórica del Eterno. Hacemos esto en parte porque estamos especialmente calificados para ser testigos de la encarnación. Nuestros propios

ojos lo han visto y nuestras propias manos lo han tocado. Lo hemos escuchado y visto por nosotros mismos.¹

¿A quién incluyó Juan consigo cuando usó el pronombre «nosotros»? Sin duda incluyó a los apóstoles,² pero parece que Juan también incluyó a otros. Los apóstoles eran testigos con él, sin embargo, probablemente Juan incluía a todos los maestros fieles que habían proclamado a Cristo a las iglesias a las que se dirigía. El «nosotros» no era tanto los apóstoles mismos, de quienes habían oído los primeros lectores del tratado de Juan, como sí el mensaje apostólico que se había proclamado. El mensaje que anunciaron los apóstoles certificaba que Jesús fue tanto deidad así como fue manifestado en carne. La elevada cristología encontrada previamente en el Evangelio de Juan es evidente en la carta. Viniendo de la presencia del Padre, la vida vino a manifestarse entre nosotros.

Versículo 3. Después de la frase «tocante al Verbo de vida» al final de 1.1, Juan se hizo a un lado para explicar lo que quiso decir con «el Verbo de vida». La explicación era de gran importancia a la luz del mensaje anticristiano que había hecho que algunos le dieran la espalda a la comunión con la iglesia (2.19). Los acontecimientos históricos fueron el punto de partida. Al principio, el Verbo se había manifestado en la persona de Jesús de Nazaret. El Verbo en la persona de Jesús y la Palabra predicada se habían fundido en el testimonio que Juan y otros habían anunciado. El Verbo era «la vida eterna» que había estado con el Padre, sin embargo, ahora se había dado a conocer a los cristianos que leerían la carta de Juan.

Juan y sus colegas maestros habían proclamado la plenitud del mensaje que Dios les había revelado. No habían retenido nada; a los lectores de Juan no les había faltado nada. **Lo que hemos visto y oído**, escribió Juan, **eso os anunciamos** (vea Jn 20.30, 31). Por medio del mensaje proclamado, maestros como Juan compartían una **comunión**

con aquellos que habían creído. La comunión entre los que creían, a su vez, se basaba en la comunión que todos compartían con Dios.

La palabra griega que se traduce como «comunión» (κοινωνία, *koinōnia*) aparece cuatro veces en el primer capítulo de 1ª Juan (1.3 [dos veces], 6, 7), pero no en ninguna otra parte de los escritos de Juan. La palabra sugiere una «asociación, comunión, compañerismo, relación cercana».³ Autores contemporáneos de Juan la usaron especialmente para esposos y esposas. Se entendía que el matrimonio era la más íntima de todas las relaciones humanas.⁴ En el Nuevo Testamento, la palabra a veces se refiere a la redención, la esperanza, la fe y el amor comunes que los creyentes comparten entre sí (1ª Co 1.9; 10.16; 2ª Co 13.14). En otras ocasiones, la palabra vuelve a su preocupación principal por compartir las posesiones o la responsabilidad. Pablo usó *koinōnia* para la recolección de dinero que reunió para los pobres en Jerusalén (2ª Co 8.4; 9.13).

Juan usó el concepto de *koinōnia* para explicar que el compartir humano es significativo solo en la medida en que las personas se relacionan entre sí por una fe común en Dios. Él expandió la «vida eterna» de un pequeño círculo de testigos a una compañía de creyentes más grande, similar a una comunidad. Juan había anunciado a «vosotros» (ὁμοῖς, *humeis*) su experiencia del Jesús histórico. En consecuencia, los cristianos de Éfeso y sus alrededores habían sido atraídos a la «comunión». Con un enfático «vosotros» (*humeis*), Juan dijo de sus lectores que se habían convertido en parte de una comunidad donde la **comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo**. La progresión era importante: del testimonio al anuncio, a la comunión y al gozo. Antes de que el autor abordara el mensaje de los anticristos y aquellos que habían salido de la iglesia para seguir a los anticristos, deseaba establecer que su propia comunión con ellos se basaba en la comunión común que tenían con Dios.

Versículo 4. Juan ahora expuso a sus lectores su propósito por escrito. Fue **para que vuestro gozo sea cumplido**. En lugar de «vuestro gozo», tanto la NASB y otras consignan «nuestro gozo». Sea como

¹ John R. W. Stott, *The Epistles of John (Las epístolas of Juan)*, Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 69.

² La palabra ἀπόστολος (*apostolos*, «apóstol») se encuentra en el Evangelio de Juan y las cartas solo en Juan 13.16 donde se refiere genéricamente a uno que es enviado. Sin embargo, «los doce», aparentemente refiriéndose a las mismas personas llamadas apóstoles en los primeros tres Evangelios, aparece tres veces en Juan 6 (6.67, 70, 71) y una vez en Juan 20.24. «Los doce» también aparece en Hechos 6.2 y 1ª Corintios 15.5. Juan se refirió a los «apóstoles» en Apocalipsis 2.2; 18.20; 21.14. En ésta última instancia, se les llama «los doce apóstoles del Cordero».

³ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 4ª ed. rev. y amp. por William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich (Chicago: University of Chicago Press, 1957), 439.

⁴ *Ibíd.*

sea, muchos manuscritos griegos más recientes de 1ª Juan y algunas de las traducciones más antiguas a varios idiomas tienen «vuestro gozo». Los manuscritos más antiguos, los que son altamente estimados por su precisión, tienen «nuestro gozo». ¿Cómo deciden los eruditos textuales qué lectura es más probablemente la original, «vuestro gozo» o «nuestro gozo»? El pasaje tiene un matiz diferente según el pronombre que se utilice.

La elección entre «vuestro gozo» y «nuestro gozo» ilustra un importante principio textual. Normalmente, se considera que la lectura era original si explica cómo surgió la otra. El razonamiento es que un copista antiguo hubiera anticipado más probablemente que Juan escribiría «vuestro gozo» a que hubiera anticipado «nuestro gozo». «Nuestro gozo» es más difícil. Un copista probablemente no hubiera aceptado una lectura más fácil, en este caso, «vuestro gozo», y la hubiera cambiado por algo más difícil, «nuestro gozo». Por lo tanto, la lectura más difícil, a primera vista, es más probable que sea la original. Cuando se agrega a eso el hecho de que la mayoría de las copias más antiguas de 1ª Juan tienen «nuestro gozo», la evidencia es fuerte de que Juan escribió «nuestro gozo».

La diferencia entre «vuestro gozo» y «nuestro gozo» no es de importancia trascendental, sin embargo, la diferencia entre ellos tampoco es trivial. Al escribir «nuestro gozo», Juan demostró que no tenía temor de confesar que su propio bienestar espiritual dependía de alguna manera del bienestar de sus lectores. Su gozo en Cristo se completaba cuando sus lectores se dieran cuenta de que Jesús de Nazaret había sido tan real como ellos. Participó de carne y sangre humana. Juan deseaba que sus lectores supieran que el gozo cristiano es una cualidad que nace de una confesión y un apoyo mutuos. Cuando los lectores de 1ª Juan escuchaban a los anticristos, cuando negaban a Jesús en la carne, privaban a Juan de su gozo. La afirmación doctrinal de sus lectores contribuía al gozo cristiano o la falta de gozo que experimentaba Juan.

CRISTO LIMPIA DEL PECADO (1.5–10)

Habiendo expuesto la razón por la que escribió (1.4), Juan profundizó en lo que había sido y seguía siendo su mensaje a los cristianos. Extrayendo de la luz y las tinieblas como categorías globales para el bien y lo justo en oposición al mal y la muerte, Juan identificó a Dios con la luz, e instó a sus lectores cristianos a vivir dentro de la esfera de la luz de Dios.

A medida que avanza la carta, el autor identificó aún más lo que quiere decir vivir en la luz de Dios. «Andar en luz» es guardar los mandamientos de Dios (2.4). Es amar al prójimo. Amar al prójimo es alimentarlo cuando tiene hambre. El amor es más que una gran abstracción o sentimientos fugaces. Incluso aquellos que andan en luz pecan. Cuando confiesan sus pecados (1.9) y se niegan a atrincherarse en la práctica continua del pecado (3.9), serán perdonados por un Dios fiel y justo (1.7).

La fidelidad a Dios y la comunión unos con otros en la comunidad cristiana son inseparables. Estar en Cristo es ser parte de Su pueblo. La palabra «iglesia» sólo aparece tres veces en los libros del Nuevo Testamento que escribió Juan (3ª Jn 6, 9, 10), sin embargo, «comunión» aparece cuatro veces en los primeros versículos de 1ª Juan (1.3, 6, 7); así, Juan ha demostrado que el concepto de vida comunitaria cristiana es constante (2.10, 19; 3.1, 11, 15). Cualquiera que afirme vivir en algún plano espiritual que lo transporta por encima del pecado está mintiendo o es ignorante. El creyente vive entre la tensión de aborrecer el pecado y su susceptibilidad al llamado del mismo.

⁵Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. ⁶Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; ⁷pero, si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. ⁸Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. ⁹Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. ¹⁰Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

Versículo 5. ¿Qué estaba diciendo Juan acerca del Padre de Jesucristo cuando afirmó que **Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él?** La respuesta a la pregunta no es tan simple como podría suponer un lector casual. Iluminar es dar entendimiento. Por definición, la luz es reveladora para quienes tienen la visión para ver. El salmista escribió:

Lámpara es a mis pies tu palabra,
Y lumbrera a mi camino (Sal 119.105).

Cuando Juan escribió «Dios es luz», tal vez

estaba afirmando que la revelación de Sí mismo es esencial para el ser de Dios, como el resplandor es esencial para la esencia de la luz. Dicho en negativo, Dios no ha creado a la humanidad y se ha retirado a algún rincón del universo para ver qué pasará. Participa activamente en los asuntos de los hombres y las mujeres. Dios desea que las personas le conozcan. A lo largo de la Biblia, Él habla; sin embargo, en Jesús de Nazaret, Dios ha hablado definitivamente de Sí mismo. Era este **el mensaje**, dijo Juan, **que hemos oído de él, y os anunciamos**.

La revelación de la luz no se limita a la luz misma. La luz literal les permite a las personas percibir el mundo de formas que de otro modo no podrían. Un ciego anda a tientas, tropezando con lo que no puede ver. La luz es un agente para evitar el peligro, para encontrar lo que es beneficioso. Cuando Juan escribió «Dios es luz», tal vez estaba diciendo que Dios revela que el pecado es destructivo y que Él revela que la sabiduría y la justicia dan vida. La luz de Dios no revela tanto a Dios mismo como sí el valor de una vida buena y provechosa. No hay adulteración de la luz que Dios da; no la mezcla con engaño. Quizás Juan estaba afirmando la pureza de Dios. Dios guía a Su pueblo por caminos que sin duda conducirán a una buena vida en este mundo y a una vida eterna en la era venidera.

Los pueblos antiguos y las personas hoy asocian la luz con la pureza moral, la introspección, la inteligencia y la verdad. Los hombres y mujeres cuyo comportamiento es autocondenado y censurado por las buenas personas que les rodean quieren ocultar lo que hacen. Las tinieblas están asociadas con acciones vergonzosas y ocultas. Jesús les advirtió a Sus discípulos: «Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse» (Lc 12.1, 2). Nada sobre Dios, o sobre los caminos de Dios, requería que uno se avergonzara. No era necesario ocultar nada. Dios mismo y los caminos de Dios están abiertos para que el mundo los vea. Sus caminos nunca son engañosos ni están motivados por la astucia. Quizás Juan estaba afirmando todas estas cosas acerca de Dios cuando enfatizó que no había tinieblas en Él. Subrayó lo que escribió con un doble negativo para enfatizar, «no hay ningunas tinieblas en él» (*σκοτία ἐν αὐτῷ οὐκ ἔστιν οὐδεμία*, *skotia en autōi ouk estin oudemia*).

Versículo 6. Juan marcó la pauta con la supo-

sición de que ser cristiano era abrazar la luz de Dios. Estar en la luz de Dios era ser partícipes de Sus promesas, sin embargo, era importante que los lectores de Juan entendieran que estar en Su luz no se limitaba a un estado mental. Si **andamos en tinieblas**, dijo Juan, y afirmamos **que tenemos comunión con él**, entonces **mentimos, y no practicamos la verdad**. Andar en la luz de Dios no era solo confesar a Jesús como el Cristo; también era vivir en un plano moral elevado.

Aquí y en los versículos siguientes, tres veces Juan comenzó una oración con **Si decimos** (vea 1.8, 10). Los anticristos podrían haber enfatizado que tenían comunión con Dios, sin embargo, Juan dijo que la forma en que vivían falsificaba tal afirmación. Para tener comunión con Dios, hay que «andar en luz». Los anticristos querían aferrarse a sus bienes terrenales incluso cuando veían a un hermano necesitado (3.17). Desconectaban la comunión con Dios por la forma en que trataban al prójimo. Juan afirmó que estaban equivocados. Estar en luz quería decir andar en luz y hacer la voluntad de Dios. La comunión con Dios quería decir actuar en la verdad. Además de que la verdad es una promesa para creer, la verdad es algo sobre lo que se debe actuar. «La verdad» y la «luz» han de ser vividas. Juan estaba poniendo su revelación en conflicto directo con los maestros del anticristo que estaban perturbando a las iglesias.

El andar, el estilo de vida de los falsos profetas (4.1) indicaba que estaban en tinieblas. El «si» gobierna tanto el dicho, «si decimos», como el andar, «si andamos». Sin embargo, el tiempo griego cambia. «Si decimos» es un subjuntivo aoristo. El tiempo aoristo griego es la forma más sencilla de afirmar una acción sin implicar que la acción sea repetida o continua. «Si andamos», por otro lado, es un presente de subjuntivo. El tiempo presente sugiere una acción continua o repetida. La falta de compromiso continuo con la honestidad, la bondad y la compasión por parte de los anticristos demostraba que no sabían nada de la luz. No tenían comunión con Dios. La relación de una persona con Dios no se basaba en lo que se sabía, ni siquiera únicamente en lo que se creía (Stg 2.19). El comportamiento constituía la máxima demostración de conocimiento y fe. Juan no tendría nada que ver con una especie de cristianismo «espiritual» cuyo fundamento consistía únicamente en experiencias internas. Cuando se está en Cristo, el comportamiento concreto reflejará la luz de Dios.

Pocas personas en el mundo moderno son lo suficientemente audaces como para afirmar que tienen una comunión con Dios basándose únicamente en el conocimiento y no en una fe obediente. Sin embargo, muchos afirman que saben que son partícipes de las promesas de Dios debido a un sentimiento que tienen dentro de ellos. El punto inicial de la idolatría en la Biblia fue cuando alguien estaba insatisfecho con lo que Dios había revelado de Sí mismo y se decidía a convertir a Dios en lo que él deseaba que fuera. El amor de Dios por la humanidad no es solo un sentimiento cálido. Es un Dios de gracia porque ha actuado enviando a Su Hijo para ser el Salvador del mundo. Ni el amor de Dios ni Su gracia pueden divorciarse de lo que ha hecho. Ninguna persona puede afirmar ser como Él o tener comunión con Él a menos que esté dispuesta 1) a aprender lo que Él ha revelado de Sí mismo, 2) abrazarlo y adorarlo tal como es, y 3) incorporar el hacer del amor y la fe en su vida. Conocer a Dios, tener fe en Él, compartir comunión con Él, requiere que el creyente ande y siga andando en luz.

Versículo 7. Juan comenzó a usar los pronombres «nosotros» y «vosotros» aquí de manera diferente a como lo había hecho en los primeros versículos del capítulo. Sus primeras palabras habían contrastado deliberadamente «nosotros» y «vosotros». «Nosotros» se refería a Juan y sus compañeros testigos presenciales. Ellos eran los que habían visto, oído y palpado a Jesús, no solo durante Su vida, sino después de que resucitó de entre los muertos. Certificaron que Él estaba en la carne tanto antes como después de la cruz. «Nosotros», es decir, él mismo y sus compañeros de Judea, les habíamos proclamado la Palabra a «vosotros», es decir, a los cristianos de Éfeso y sus alrededores. Juan esencialmente dijo: «Por medio de lo que “nosotros” proclamamos, “vosotros”, mis primeros lectores, tuvieron comunión con “nosotros”».

Los primeros versículos de la carta trazaron un contraste deliberado entre Juan y sus lectores; sin embargo, en estos últimos versículos, «nosotros» ya no quiere decir los testigos apostólicos en Jerusalén. La identidad de Juan estaba con sus lectores. Por medio del mensaje que él y otros habían proclamado, los lectores de Juan eran partícipes de la comunión de los testigos apostólicos que, a su vez, eran partícipes de la comunión con Dios. En la predicación del evangelio, las barreras se habían derrumbado. El «nosotros» en 1.6,

7 se refiere a Juan y aquellos que andan en luz. Los cristianos de Asia Menor eran partícipes de todas las bendiciones de aquellos que habían sido testigos presenciales en Judea. Todos ellos habían sido salvos del pecado; todos ellos eran herederos de la vida eterna.

El uso del tiempo presente, **si andamos en luz, como él está en luz**, es significativo. Señala la obediencia continua a Dios. Si continuamos andando en luz, escribió Juan, **tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo** continúa limpiándonos **de todo pecado**. No solo la comunión y la limpieza son continuos, también son íntimos. La comunión que los cristianos tienen con Dios (1.6) y la comunión que tienen unos con otros están interrelacionados. Por medio de Cristo, Dios une a las personas.

La humanidad compartida fluye de una relación compartida con Dios por medio de Cristo. Todo ha sido hecho posible porque Jesús murió para limpiarnos de nuestros pecados. Sin Dios y sin la limpieza del pecado hecha posible por la sangre de Cristo, los hombres y las mujeres solo conocen una relación competitiva y de adversarios entre sí. La paz y la buena voluntad entre los hombres es una consecuencia de un conocimiento común de Dios, una fe común de que Jesús de Nazaret fue y es el Hijo de Dios manifestado en la carne, una participación común en la limpieza del pecado y una expectativa común de que el Señor vendrá nuevamente.

A lo largo de los cinco breves capítulos de 1ª Juan, el autor se enfrentó a los anticristos en dos frentes. Primero, habían entendido mal el significado de lo que había sucedido cuando Dios envió a Su Hijo en forma humana. Sobre bases filosóficas, especulaban que las cosas materiales, incluido un cuerpo de carne y hueso, eran malas. Por lo tanto, Jesús no pudo haber estado en la carne. Por lo tanto, solo parecía estar hecho de carne y sangre reales como otras personas (4.2; 2ª Jn 7). El fundamento de la fe cristiana se basa en el dogma. Importa lo que creen los cristianos sobre la persona de Jesús de Nazaret. La confesión de que Jesús en la carne murió por el pecado es el punto de partida de las doctrinas cristianas (1ª Co 15.3, 4).

En segundo lugar, Juan se enfrentó a los anticristos en los ámbitos de la moralidad y la ética. No solo importa lo que los cristianos confiesen acerca de Jesús, sino también cómo se tratan unos a otros como consecuencia. Los anticristos querían separar la forma en que las personas realmente

vivían de lo que profesaban saber acerca de Dios en sus corazones. «Si alguien dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano», escribió Juan, «es mentiroso» (4.20). Estaba preguntando: «¿Cómo puede una persona amar a Dios a quien no ha visto y dejar de amar a un hermano a quien ha visto?». Estaba diciendo: «El amor no es sólo cuestión de palabras; se trata de hechos» (vea 3.18).

Versículo 8. Juan usó el sustantivo ἁμαρτία (*hamartia*, «pecado») diecisiete veces, y el verbo ἁμαρτάνω (*hamartanō*, «pecado») diez veces en su primera carta. El sustantivo se refiere a «toda desviación [del] camino de justicia». ⁵ Ya Juan había usado la palabra en 1.7: «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». Está bastante claro que los anticristos que «salieron de nosotros» (2.19) creían que su conocimiento les permitía vivir a algún nivel interior de tal manera que no tenían pecado. Para Juan, la tarea era dar a conocer, por un lado, que todas las personas viven bajo la condenación del pecado porque todas son culpables de hacerlo. Por otro lado, deseaba enfatizar que los cristianos han de abandonar el pecado. Sin tratar el pecado a la ligera, el apóstol quiso demostrar que, a un nivel, el pecado era universal; sin embargo, a otro nivel, los cristianos se habían apartado del amor al pecado y de su práctica habitual y continua.

Aseverar que 1) negar que se ha pecado equivale a engañarse a sí mismo, y 2) «Todo aquel que permanece en él, no peca» (3.6; 5.18) requiere un razonamiento detallado. El hecho de que ἔχω (*echo*, «tener») en 1.8 está en tiempo presente, «Si decimos que no tenemos pecado [continuo]», no facilita las preguntas. Juan no vio ninguna contradicción cuando escribió: **Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos**, y «sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado» en 5.18. Sin embargo, tuvo que explicar sus palabras. Aparentemente, entendía que la práctica universal del pecado en 1.8 era una cosa y que la práctica continua de los cristianos profesos que se rendían ante el pecado era algo diferente.

El tiempo presente «tenemos» en 1.8 se vuelve más aceptable cuando consideramos que el tiempo presente en griego podría querer decir una acción que es continua, sin embargo, el contexto tiene que determinar si es continua en un caso dado. El tiempo presente solo puede afirmar que una acción está en tiempo presente, como sucede en

nuestro idioma. La práctica continua, encallecida y continua del pecado certifica que se está en tinieblas, sin embargo, un evento pecaminoso en la vida del creyente será limpiado por la sangre de Cristo. Los anticristos estaban equivocados tanto cuando afirmaban que su conocimiento los mantenía por encima del pecado como cuando afirmaban que podían practicar la injusticia en el cuerpo mientras mantenían un alma sin pecado.

Juan definió el «pecado» en el nivel del sentido común. «El pecado es infracción de la ley [ἀνομία, *anomia*]», escribió (3.4). Considerado de otra manera, «Toda injusticia [ἀδικία, *adikia*] es pecado» (5.17). En cualquier caso, el pecado está en el hacer. No puede divorciarse del acto. El pecado, o la libertad del pecado, no es un estado o un estatus que uno pueda asignarse a sí mismo. Ciertamente no es un estado o estatus que Dios asigna a unos y no a otros. Ambas declaraciones son verdaderas: 1) el pecado es el dominio universal de la vida humana, y 2) la práctica habitual del pecado debe ser totalmente repudiada por los creyentes. El que se engaña a sí mismo es el que niega que peca, sin embargo, la misma persona no ha nacido de Dios si toma el pecado a la ligera y trata de justificar el pecado continuo.

Versículo 9. Así como 1.6, 7 presentó un contraste entre los que «andan en tinieblas» y los que «andan en luz», 1.8, 9 ofrece otro contraste. «Si decimos que no tenemos pecado», escribió Juan, «nos engañamos a nosotros mismos». Por otro lado, **Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.** Mediante la sangre de Cristo, el creyente es perdonado y limpiado. «En la primera frase», escribió Stott, «el pecado es una deuda que él remite y en la segunda una mancha que él quita». ⁶ Los anticristos andan en tinieblas; los fieles andan en luz. Los falsos profetas afirman no tener pecado; los fieles confiesan el pecado y encuentran limpieza.

«Confesar» en este contexto representa el primer paso en un proceso de una vida comprometida con el arrepentimiento y la obediencia a Cristo. La confesión implica el reconocimiento de que se necesita la gracia de Dios para ser salvo, sin embargo, es más. «Confesar» probablemente implica una declaración pública; sin embargo, al final, la confesión no es tanto un reconocimiento verbal como sí una realización interior. Aquellos

⁵ *Ibíd.*, 42.

⁶ Stott, 77.

que afirman que la confesión por sí sola es un requisito previo para la salvación, caen en la misma trampa en la que cayeron los anticristos. Para los falsos profetas, la acción exterior del cuerpo participaba del mal, de la carne. Afirmaban vivir por encima del conflicto, en algún plano interior donde el pecado no causaba ningún problema. El cuerpo carnal, decían, no equivalía a nada. Juan, por el contrario, insistía en que los creyentes no solo tienen que confesar la verdad, sino que tienen que hacer la verdad. Para ser salvo, no solamente se tiene que confesar el pecado y confesar a Cristo; también se tiene que andar en luz.

Para los anticristos, la obediencia en la carne era irrelevante para la vida en un plano espiritual donde la justicia con Dios estaba en juego. Lo que los falsos profetas afirmaban haber obtenido de Cristo era un tipo de conocimiento reservado para una élite. Ya habían llegado a la conclusión de que la carne y todas las cosas materiales eran malas. Combinaban sus gustos filosóficos con la noción de un Cristo incorpóreo y concluyeron que ya eran partícipes de todas las bendiciones que Jesús les había traído. No necesitaban hacer nada más; vivían por encima y más allá del pecado. El mensaje apostólico, por el contrario, exigía una respuesta carnal; exigía andar en luz. Cuando se le considera desde el punto de vista de la cruz, Jesús pagó el precio completo por el pecado. Los cristianos cantan: «No traigo nada en mi mano; simplemente me aferro a tu cruz».⁷ Cuando se considera desde el punto de vista del pecador, aferrarse a la cruz es inherente a la confesión. Aferrarse a la cruz es dar la vida en obediencia a la confesión.

Cuando Juan dijo que Dios es fiel para perdonar nuestros pecados, estaba afirmando que Dios haría lo que había prometido hacer. Por la sangre de Cristo, Él perdonará al que confiesa el pecado porque es una confesión de parte de Él. El que confiesa se compromete a amar a su prójimo «de hecho y en verdad» (3.18).

Habiendo leído la Ley de Moisés o el profeta Jeremías, se podría concluir que la justicia de Dios requiere una rendición de cuentas por el pecado. Cuando la misericordia está en tensión con la justicia, Dios requiere que se haga justicia. Juan afirmó que Dios podía ser justo y al mismo tiempo perdonar el pecado gracias a la sangre

expiatoria de Jesús. Era fiel cuando perdonaba, y justo cuando perdonaba. Stephen S. Smalley lo resumió bien: «El reconocimiento del pecado, afirma Juan, inevitablemente da como resultado la respuesta perdonadora y purificadora de Dios; y la posibilidad de esto se basa en la muerte de Jesús».⁸

Versículo 10. Por tercera vez, Juan comenzó una oración con «Si decimos» (1.6, 8, 10). Intercaladas en medio hay otras dos frases «si» (1.7, 9): «si andamos» y «si confesamos». Juan explicó que, por medio de la manifestación de Dios en forma humana, y en particular mediante la muerte de Su Hijo en la cruz, Dios juzgó a los hombres y mujeres perdidos en el pecado. Además, demostró que no hay redención del pecado excepto mediante el Salvador Jesucristo (vea Hch 4.12). No fue solo que el que afirmaba no tener pecado se engañaba a sí mismo, Juan también dijo: **Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso.** La declaración de alguien de que no había pecado reflejaba el carácter mismo de Dios. Dado que es imposible que Dios sea mentiroso (vea He 6.18), y dado que Dios ha testificado por medio de Su Hijo que el mundo entero está bajo el poder del pecado (1ª Jn 5.10, 19), por consiguiente la negación del pecado quiere decir que **su palabra no está en nosotros.**

En ningún momento de su tratado, Juan enfrentó a los anticristos con más severidad que cuando afirmaban: «No hemos pecado». No sintió la necesidad de buscar palabras suaves. Hay momentos en que los maestros cristianos necesitan tratar con amabilidad a cristianos jóvenes que están buscando y confundidos (vea Ef 4.15), sin embargo, llegan momentos en los que es necesario hacer distinciones claras. Era importante decir la verdad con amor, sin embargo, Juan había determinado que, por el bien de los cristianos en Asia Menor, tenía que confrontar a los falsos maestros con severidad. Ser tolerante y bondadoso son virtudes cristianas importantes. Sin embargo, para Jesús, Pablo y Juan, las afirmaciones contrarias al mensaje de Dios tenían tal potencial de destrucción que los maestros cristianos tenían la obligación de hacer cumplir la verdad. Decir la verdad con amor no requería que mimaran a sus adversarios con palabras endulzadas.

⁷ A. M. Toplady, «Rock of Ages» («Roca de la eternidad»), *Songs of Faith and Praise (Cantos de fe y alabanzas)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

⁸ Stephen S. Smalley, *1, 2, 3 John (1ª, 2ª, 3ª Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 51 (Waco Tex.: Word Books, 1984), 31–32.

Lecciones para hoy de 1ª Juan 1

Un mensaje para el mundo (1.1–4)

Una persona surge del relato de Jesús con la sensación de que Dios, por medio de Él, ha hecho algo único por la familia humana. Los profetas habían ido y venido entre Israel, sin embargo, Jesús fue más que un profeta. En palabras del endemoniado, Jesús de Nazaret era el «Hijo del Dios Altísimo» (Mr 5.7). La sensación de que algo extraordinario estaba sucediendo por medio de la vida y obra de Jesús crece a medida que leemos. Los primeros versículos que los niños memorizan incluyen Juan 3.16, «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

El mundo nunca volvería a ser el mismo después de la venida de Jesús, lo cual es cierto; sin embargo, cuando una persona ha leído los Evangelios, le quedan algunas preguntas. ¿Cómo había de ser la transición de Jesús a Su iglesia? Después de la crucifixión y resurrección de Jesús, ¿cómo se difundiría el mensaje por todo el mundo? ¿Cómo había de traer alivio el evangelio a un mundo agobiado por el pecado?

Una de las ilustraciones más esclarecedoras de cómo se desarrolló el mensaje de redención de Dios en el curso de la historia proviene de 1ª Juan. El mensaje de esta carta impactó a los cristianos de Asia Menor occidental hacia fines del siglo primero y ha continuado viviendo entre los cristianos. Debido a que la Gran Comisión sigue siendo la misión de la iglesia, los cristianos pueden aprender mucho del mensaje que Juan escribió a sus primeros lectores. Ningún pasaje es más relevante que 1ª Juan 1.1–4. «Desde el principio», el relato de la iglesia ha sido que el mensaje de Cristo pasa de persona a persona. El evangelio de Cristo nunca ha sido un relato sobre la aparición de un nuevo

dios. En Cristo, el Creador que eligió a Israel tomó forma humana. Aquel que era «desde el principio» se acercó en gracia para salvar a una raza perdida en el pecado. Al menos tan importante como el hecho de que Él vino está el hecho de que dejó abundante evidencia de Su divinidad por medio de aquellos que le vieron, oyeron y palparon.

Juan estuvo allí cuando Juan el Bautista dio su testimonio. El hijo de Zebedeo oyó al hijo de Zacarías decir: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1.29). Juan vio a Jesús tocar a un leproso y poner barro en los ojos de un ciego y sanarlos. Personalmente fue testigo del agua convertida en vino y la alimentación milagrosa de cinco mil hombres. Juan estaba en el «monte santo» con Pedro y su hermano Jacobo cuando la voz de Dios declaró: «Este es mi Hijo amado; a él oíd» (Mr 9.7). Lo más importante de todo es que Juan testificó personalmente de la muerte del Señor en la cruz, del sepulcro vacío y de la resurrección de Jesús (Jn 20.30, 31). Por la resurrección, Dios mostró Su autoridad sobre la muerte misma; y al mismo tiempo, anunció que Jesús era Su ungido, el Cristo de Dios (Ro 1.4).

Duane Warden

Ser despojado de paz con Dios (1.8–10)

Durante los dos últimos siglos, se han multiplicado los esfuerzos por comprender, incluso definir, la fe cristiana en términos de los beneficios prácticos que su mensaje tiene para las personas. A muchos de nosotros nos gusta pensar que vivir como cristianos mejora la vida de las personas en el aquí y ahora. En 1946, un hombre llamado Joshua Liebman publicó un libro con el título *Paz mental*. Su atractivo surgió de su tesis: la fe religiosa promueve la buena salud mental. Genera hogares más fuertes y mejores padres. Calma las ansiedades y

da tranquilidad. Al llegar a una amplia audiencia, el libro fue un éxito de ventas.

Otros libros siguieron al de Liebman que tuvieron un éxito aún mayor. Uno de los libros más vendidos del siglo veinte fue publicado en 1952, escrito por Norman Vincent Peale y titulado *El poder del pensamiento positivo*. En opinión de Peale, la religión desempeñaba un papel importante en el poder de una persona para pensar positivamente. La portada de una edición del libro decía: «¿Te estás perdiendo la vida de éxito? El *bestseller* de Norman Vincent Peale está garantizado que se lo traerá. ¡Gánate a la gente! ¡Aumente sus ganancias!». La doctrina importaba poco. Aquellos que escuchan a algunos evangelistas en la televisión o leen libros populares son conscientes de la enseñanza que ha sido llamada el «evangelio de la salud y la prosperidad». Dice: «Hágase cristiano y aprenderá a pensar positivamente, sus ansiedades desaparecerán, su vida hogareña será satisfactoria, obtendrá un aumento en el trabajo y todo será maravilloso».

Es difícil para la mayoría de los creyentes considerar la doctrina de la «salud y la prosperidad» como un mensaje falso. Después de todo, algunas de las bendiciones de Cristo están disponibles en este mundo. Sin embargo, los lectores atentos de la Biblia se sienten incómodos. Es seguro decir que, en la Biblia, las preguntas sobre los beneficios prácticos de seguir a Dios, al menos los supuestos beneficios que tienen que ver con las posesiones y la buena salud, no son un asunto principal. El interés de los que escribieron la Biblia era Dios mismo. En la medida en que su mensaje trataba sobre las personas, se refería al pecado, la separación de Dios, el alcance de Dios por medio de Su gracia para salvar, el regreso del Señor y la vida con Él en el cielo. Cuando los cristianos preguntan acerca de los «beneficios prácticos» del cristianismo, tienden a quitar a Dios del centro de la vida religiosa y ponerse en Su lugar.

El mensaje de las Escrituras enriquece, efectivamente, la vida de la persona; sin embargo, el problema con los libros de «autoayuda» y su uso de la Biblia es que tienden a reducir la fe en Cristo a una mentalidad psicológica práctica. El enfoque parece estar en las personas y en lo que pueden obtener de ser cristianos, más que en Dios y Su glorificación. En 1ª Juan, el apóstol presentó a sus lectores una fe que no enfatiza la salud mental, no enfatiza nada que las personas usen para mejorar, sino que se concentra en la forma en que Cristo quita el peso del pecado, un peso que separa a las

personas de Dios. Juan se centró en comprender el poder del pecado, en la obediencia a los mandamientos de Dios y en hallar perdón.

Los cristianos a quienes Juan escribió habían sido influenciados por falsos profetas a quienes llamó «anticristos» (2.18; 4.1). Los anticristos querían separar el pecado del comportamiento. Muchos de ellos enseñaron que no importaba lo que se hiciera en la carne porque la carne era mala por naturaleza. El espíritu es lo que importaba. Sostuvieron que cuando un cristiano alcanza cierto nivel de comprensión, la práctica de alimentar a una persona hambrienta era irrelevante. El conocimiento, según los anticristos, elevaba a la persona por encima del pecado. Se trataba de hacer que las personas se sintieran bien consigo mismas. Juan tenía un mensaje diferente. El evangelio no trataba de superación, de acumular mucho dinero ni de dejar sin trabajo a los médicos mediante un régimen de auto superación. Trataba de la muerte de Cristo en la cruz.

El evangelio de Cristo que predicó Juan requería un reconocimiento de la influencia del pecado en la vida de las personas (1.8–10). Además, se trataba de desarrollar hábitos que tuvieran en cuenta las necesidades de los pobres. Juan preguntó: «Pero el que tiene los bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra su corazón contra él, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (3.17). Juan no ofreció ningún indicio de que la caridad por los pobres o la confesión de pecados tuviera algo que ver con sentirnos bien con uno mismo. *La gran paradoja de la fe cristiana es que ganar la vida depende directamente de la voluntad de olvidarnos de nuestras propias necesidades*. Dirigir los pensamientos hacia uno mismo falla si «auto superación» quiere decir una atención consciente a las necesidades y deseos propios.

Duane Warden

Comunión con el Padre (cap. 1)

Primera de Juan nos presenta algunas de las principales doctrinas de la fe cristiana. El propósito de Juan con escribir la carta era fortalecer a los cristianos a los que se dirigía. Al tiempo que enfatizó la veracidad de las doctrinas que habían aceptado, les advirtió contra los falsos maestros. Juan también les aseguró su salvación y los instó a vivir con rectitud. Mientras hacía todo esto, enfatizó algunas de las grandes verdades de la religión cristiana.

En el capítulo 1, Juan hizo hincapié en la «comunión» del cristiano «con el Padre» (1.3).

Consideremos la necesidad de tal comunión, los medios por los cuales la obtenemos y mantenemos, y las recompensas de tener comunión con Dios.

Primero, tenemos que hacer notar que la comunión con Dios constituye la necesidad crucial que tiene cada persona. Considere la necesidad de tener comunión con Dios preguntándose: «¿Por qué debemos desear tener comunión con el Padre?». La respuesta está en la naturaleza del Dios a quien adoramos.

Las personas, en sus diversas sociedades, siempre han adorado a algún tipo de dios o dioses. Su respuesta y relación con su dios o dioses ha dependido de cómo se percibían esos dioses.

Algunos equiparan los elementos de la naturaleza con la deidad. Sus dioses son, en efecto, el sol y la lluvia y los ríos. Se sienten obligados a ofrecer sacrificios a tales dioses para ser bendecidos por ellos.

Algunos creen en dioses espirituales que habitan las cosas terrenales. Se cree que cada árbol o arbusto contiene un espíritu que el hombre tiene que cuidarse de no ofender. Dado que es más probable que estos espíritus sean malévolos y no benévolos, quienes creen en ellos tienen que ocuparse constantemente de apaciguarlos.

Los antiguos griegos y romanos creían en deidades extraterrestres que miraban desde el cielo y ocasionalmente se involucraban en los asuntos de las personas. Esos dioses eran caprichosos. A veces se decía que eran útiles y, a veces, se los percibía como perjudiciales para los humanos. Los hombres buscaron alternativamente ganarse su favor o evitar su ira, negociar con ellos o incluso engañarlos.

Los hindúes creen en millones de dioses, sin embargo, en última instancia, en un ser que lo abarca todo. El objetivo del hindú es fusionarse con el dios que lo conforma todo y, por lo tanto, perder su identidad convirtiéndose en parte de ella.

De manera algo similar, nuestra relación con el Señor Dios, el Dios de la Biblia, se basa en cómo es Él. Él es todopoderoso, omnisciente, omnipresente, santo y justo. También es personal, amoroso, bondadoso y misericordioso. Cuando las personas saben cómo es Dios, su respuesta no es, o no debería ser, apaciguarlo o evitar Su ira. La respuesta correcta es acercarse a Él.

Para los atenienses idólatras, Pablo describió a Dios como Aquel que hizo todo y puso a los seres humanos en la tierra para que «busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de

nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos» (Hch 17.27, 28a). ¡Los que conocen al Señor Dios lo buscan!

Saber cómo es el Señor Dios puede y debe crear hambre por Él, un deseo de estar con Él, un anhelo de estar en Su presencia. Ese tipo de anhelo fue expresado por el salmista cuando escribió:

Como el ciervo brama por las corrientes
de las aguas,
Así clama por ti, oh Dios, el alma mía.
Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo
(Sal 42.1, 2a).

¿Es posible encontrar al que buscamos y tener una relación personal con Él? ¡Juan afirmó que es posible! No solo comenzó su primera epístola diciendo que podemos tener «comunión [...] con el Padre» (1.3), también enfatizó esa comunión a lo largo de la epístola. Habló de nuestra relación cercana con Dios de varias maneras.

A veces, a nuestra relación con el Padre se le describe en términos de *conocerle*. Por ejemplo, Juan escribió: «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos» (2.3; vea 2.4, 5).¹ A veces se le describe en términos de estar en Dios (2.5, 6; 5.20) o de Él estando en nosotros (4.4). A veces se dice que los cristianos son «de Dios» (4.6), provienen «de Dios» (5.19) o son «nacidos de Dios» (4.7; 5.1, 4, 18). Somos llamados «hijos de Dios» (3.1, 2, 10). Juan incluso dijo: «como él es, así somos nosotros en este mundo» (4.17b).

Sin embargo, la expresión que se usa con más frecuencia para describir nuestra comunión con Dios es la frase «permanecer». A lo largo de la epístola, Juan enfatizó que tenemos comunión con el Padre porque nosotros permanecemos en Él y Él permanece en nosotros. Por ejemplo, leemos, «Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre» (2.24).

De estos pasajes, aprendemos que es posible tener comunión con el Padre, permanecer en Dios y que Dios permanezca en nosotros. Muchas cosas en la vida son inciertas, sin embargo, podemos estar seguros de lo siguiente: podemos tener comunión con Dios.

Quizás necesitemos enfatizar más ese hecho. Dios es un Rey, y nosotros tenemos que obedecerle; sin embargo, nuestra relación con Dios y nuestra

¹ Otros pasajes de 1ª Juan hablan del conocimiento de Dios por parte de los cristianos. (Vea 2.13, 14; 4.7, 8; 5.20.)

obediencia a Sus mandamientos no es lo único. Hasta que comencemos a ver la posibilidad de tener comunión con el Padre, nuestra relación con Dios nunca será tan satisfactoria como podría ser.

En segundo lugar, podemos ver que Juan ha dejado claro el camino para tener comunión con Dios. ¿Cómo puede lograrse y luego mantenerse nuestra comunión con el Padre? ¿Cómo entramos inicialmente en una comunión con el Padre? La respuesta a esa pregunta está implícita en 1.1–4.

En 1.1, 2, Juan anunció uno de los temas de esta epístola, a saber, que Jesucristo realmente vino en la carne. Este hecho fue negado por falsos maestros que estaban perturbando a los lectores de Juan (2.18–23; 4.1–3). Juan enfatizó la realidad de la humanidad de Jesús diciendo, en efecto, que él y los demás apóstoles habían escuchado a Jesús con sus oídos, le habían visto con sus ojos y le habían palpado con sus manos. Jesucristo fue un ser humano real, ¡en un cuerpo físico real!

Tenemos comunión con el Padre porque somos salvos por medio de Jesucristo. Juan dijo que Dios envió a Su único Hijo al mundo «para que vivamos por él» (4.9b) y para que Él sea la «propiciación por nuestros pecados» (4.10b). También escribió que Dios «ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo» (4.14b).

La salvación que trajo Jesús puede recibirse mediante la fe en Él. Leemos: «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios» (5.1a; vea 3.23); «Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios» (4.15).

La fe en Cristo por sí sola no nos llevará a la comunión con Dios. Gálatas 3.26 dice que somos «hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús», y el siguiente versículo continúa diciendo: «porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos» (3.27). Después de creer y confesar nuestra fe en Cristo, tenemos que ser bautizados en Él. Cuando nos bautizamos, nos hacemos hijos de Dios. En ese momento, logramos la comunión con Dios, con Cristo y con otros hijos de Dios.

Una vez que se ha logrado la comunión con el Padre y Su Hijo por la gracia de Dios, ¿cómo puede mantenerse? ¿Cómo pueden los cristianos continuar en esa comunión?

En 1.5–10, vemos que el amor los unos por los otros,² la obediencia a Dios,³ y permanecer en la

² Vea 1ª Jn 3.14, 17; 4.7, 8, 12.

³ Vea 1ª Jn 2.17b y 3.24a.

verdad⁴ son todos necesarios para permanecer en comunión con Dios. En los presentes versículos, la condición especificada para permanecer en comunión con Dios es que tenemos que «[andar] en luz, como él está en la luz» (1.7). ¿Qué quiere decir «andar en luz»? Quiere decir esforzarnos en la medida de lo posible para vivir con rectitud, imitar a Dios y esforzarnos por hacer la voluntad de Dios obedeciendo Su Palabra, que es «luz para mi camino» (Sal 119.105).⁵

Aparentemente, algunos creían que podían vivir en pecado («andar en tinieblas») y aún tener comunión con Dios (1ª Jn 1.6). Juan dijo que tal cosa es imposible, puesto que «Dios es luz, y en él no hay tinieblas» (1.5). ¿Puede una persona andar, vivir y tener una asociación cercana con un Dios todo santo mientras vive abiertamente en pecado? La carta de Juan dice claramente «¡No!».

Algunos necesitan esa lección. No respetan las leyes de Dios, sino que siguen los impulsos de Satanás y llevan una vida de pecado y disipación; sin embargo, cuando se meten en problemas o necesitan ayuda, claman a Dios pidiendo Su ayuda. ¿Por qué deberían esperar que el Dios de luz, el Dios que es la luz, responda a sus oraciones cuando están decididos a vivir en tinieblas?

Al mismo tiempo, tenemos que entender que «andar en luz» no quiere decir que los cristianos viven sin pecar. Juan dijo que decir que «no tenemos pecado» o que «no hemos pecado» es engañarnos a nosotros mismos. Entonces, «la verdad no está en nosotros», «le hacemos mentiroso» y «su palabra no está en nosotros» (1.8, 10). Sin embargo, cuando pecamos, tenemos que reparar nuestra comunión con Dios confesando nuestro pecado; Dios entonces perdona de manera fiel nuestro pecado (1.9).

Alcanzamos la comunión con el Padre por medio de Cristo creyendo en Él, y mantenemos la comunión con Cristo andando en luz. Nos esforzamos en la medida de lo posible para vivir según lo indica Dios, y confesamos nuestros pecados cuando fallamos. Nuestra comunión no se sustenta en nuestra bondad, sino en Cristo, cuya sangre continuamente «nos limpia de todo pecado» (1.7).⁶

En tercer lugar, Juan también da los hermosos ga-

⁴ Vea 1ª Jn 2.24.

⁵ «Andar en luz» incluye amar a nuestros hermanos y hermanas en Cristo (1ª Jn 2.9–11).

⁶ Los verbos para «andar», «tener» y «limpiar» en 1.7 están en tiempo presente, lo que sugiere una acción continua: «Si estamos andando en luz [...] estamos teniendo comunión [...] y la sangre de Jesús nos está limpiando».

lardones de tener comunión con Dios. ¿Cuáles son los galardones de tener comunión con Dios? ¿Qué recibimos si logramos y mantenemos esa comunión? Cuando tenemos comunión con Dios andando en luz, tenemos una limpieza constante de nuestros pecados. Juan enseñó que, si mantenemos nuestra comunión con el Padre, podemos tener confianza cuando Cristo regrese (2.28). Además, tenemos una promesa más adelante en la epístola de que «si pedimos algo conforme a Su voluntad, él nos oye» (5.14). Como nuestro Padre amoroso que es, Dios escucha las peticiones de Sus hijos.

Además, descubrimos otra bendición que resulta de tener comunión con Dios. Primera de Juan 1.7 dice: «... pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». No solo tenemos comunión con Dios al andar en luz, y no solo recibimos el perdón de los pecados al andar en luz, sino que también tenemos «comunión unos con otros» cuando andamos en luz. A medida que gozamos de nuestra comunión con Dios, también gozamos de la comunión con otros discípulos. Ese hecho revela que nuestra estrecha comunión con Dios no es, y no estaba destinada a ser, un asunto privado y solitario.

La iglesia es la familia de Dios. Cada miembro tiene una relación personal y cercana con Dios; sin embargo, cada miembro también se siente cerca de sus hermanos y hermanas de la familia de Dios. Esta familia no tiene lugar para los celos, ni preocupación por tener favoritos. Todos los hijos, porque aman a Dios y están unidos a Él, se aman unos a otros y están unidos a todos los demás miembros. Esa preciosa comunión espiritual que tenemos en la iglesia constituye el galardón por tener comunión con el Padre.

Conclusión. ¿Hay galardones por tener comunión con el Padre? Sí, sin embargo, el mayor galardón es la comunión misma. Como cristianos, nuestra esperanza y gloria, tanto ahora como por siempre, debe ser tener comunión y asociación cercana con nuestro Padre. Vivamos y andemos con Él todos los días. Coy Roper

Cuando vivimos en luz (1.5–7)

Cada persona tiene que tomar una decisión con respecto a su enfoque personal de la vida. Dios nos ha dotado con el don de la elección, y nuestras elecciones fundamentales determinan la dirección y la naturaleza de nuestra vida.

Todos los enfoques de la vida pueden redu-

cirse a dos: o vivimos en la luz o vivimos en las tinieblas. El Espíritu Santo dijo que se tiene que hacer un compromiso de vivir en la luz, o no podrá experimentarse la buena vida de Dios.

La vida según Dios comienza con la decisión de vivir en luz. Primera de Juan 1.5–7 nos ayudará a tomar esa decisión si aún no lo hemos hecho. Este pasaje da una razón que nos convence y compunge de manera que debería persuadir a cualquiera a andar en luz. Comprometámonos o volvamos a comprometernos a vivir en luz viendo cómo Juan describió las características y la belleza de esa vida.

El carácter divino de la misma. Pensemos en la alta calidad de vida que se vive en la luz de Dios. Es una vida que participa de la naturaleza misma de Dios. Juan dijo: «Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él» (1.5).

La luz representa la santidad y la verdad, mientras que las tinieblas se refieren al mal, la maldad, el engaño y la muerte. Dios es justo y puro, santo y digno de confianza. Sus acciones son expresiones de verdadera justicia; Sus palabras son flechas de verdad. Sus labios nunca se han manchado con una palabra pecaminosa, ni Su corazón se ha manchado con un pensamiento malo (Stg 1.13b). La vida de luz emana de Él (1ª Jn 1.5). Él es el Arquitecto y la Fuente de ella, la sabiduría y el poder detrás de ella.

¿Qué mejor recomendación podríamos tener para vivir en luz que el hecho de que Dios mismo es luz? ¿Por qué no buscar lo mejor? Algunas actividades no pueden mejorarse. Así como no se puede escalar una montaña más alta que el monte Everest o navegar un océano más ancho que el Pacífico, no puede vivirse una vida mejor que una llena de la luz de Dios. No podemos ir más allá de Dios. Ninguna aspiración es mayor que alcanzar la vida de Dios.

Vivir en luz requiere un comienzo y una continuación. Entramos en la vida rindiéndonos a la voluntad del Señor en la obediencia al evangelio. Continuamos el camino viviendo habitualmente a la luz de Dios revelada en Su Palabra. ¡Deberíamos vivir en la luz debido a su carácter divino!

El compañerismo dinámico de la misma. Andar en luz nos permite gozar de una compañía dinámica incomparable. Toda alma necesita compañeros que la eleven. La comunión piadosa nos enriquece e inspira, y nos fortalece. Andar en luz proporciona compañerismo divino y humano: una comunión celestial con Dios y una comunión terrenal con Sus hijos (1.6, 7).

Para enfatizar y aclarar, se dan lo negativo y positivo de esta comunión. La vida de las tinieblas es impía y solitaria. Juan dijo: «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad» (1.6). Sin embargo, vivir en luz trae compañerismo con el Dios de la luz y los «hijos de la Luz» (Ef 5.8). Juan escribió además: «... pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1ª Jn 1.7).

Esta comunión dinámica con Dios y Su pueblo envalentona y fortalece el corazón. T. B. Larimore tenía doce años cuando murió su padre. Su madre le consiguió un trabajo para poder ayudar en la casa. Trabajaba de lunes a viernes para un granjero y pasaba el fin de semana en casa con su madre. Un día le dijo a su madre que, los viernes por la noche, era muy difícil cruzar el valle ubicado a las afueras de su granja. Estaba oscuro en ese momento, y el valle era solitario y aterrador. Su madre dijo gentilmente: «No te preocupes. Te encontraré en medio del valle el próximo viernes por la noche». Cuando cruzó el valle el viernes siguiente, su madre lo estaba esperando. ¡Su presencia marcó la diferencia! El compañerismo aleja nuestros temores, refuerza nuestra valentía y multiplica nuestra fuerza.

Como alguien que vive en luz, usted tiene que despertar su corazón a la compañía dinámica disponible para usted. Active esa comunión en su vida. ¡Viva consciente de que está caminando con Dios! Participe de la hermosa comunión que puede existir entre usted y otros cristianos mientras anda en luz. ¡Viva en la luz gracias a su compañía dinámica!

La limpieza diaria de ella. Mientras vivimos en luz, somos bendecidos con una limpieza diaria del pecado por medio de la sangre de Jesús. El pecado es nuestra dificultad siempre presente que a diario nos atormenta. Necesitamos una solución a nuestro problema del pecado que sea realista y práctica. Juan dijo que andar en luz nos pone en contacto con la respuesta (1.7).

Primera de Juan nos presenta dos verdades sobre el remedio de Dios para el pecado, declarando el hecho de nuestra purificación y explicando la forma en que se lleva a cabo la purificación. Dijo que experimentamos una limpieza diaria de nuestro pecado en Cristo. Este flujo constante de la sangre de Jesús en nuestras vidas no elimina la necesidad de disculparnos cuando nos equivocamos

o la necesidad de arrepentirnos de pecados particulares que hemos cometido, sin embargo, nos da la seguridad de un perdón constante mientras nos esforzamos por andar en luz sin tener culpa.

Los cristianos tienden a irse a uno de los dos extremos con respecto al pecado. O nos desanimamos o nos desinteresamos al respecto. El desánimo se instala cuando nos vemos perdiendo la batalla contra el pecado; el desinterés surge cuando estamos tan seguros de nuestra victoria sobre él que no le prestamos la debida atención. Ambos enfoques son destructivos. Dios desea que estemos seguros de nuestra victoria en Cristo, sin embargo, también desea que seamos conscientes de nuestra pecaminosidad y nuestra necesidad de Su gracia diaria.

Tenemos que tomar 1.17 en serio. Una cosa es saber un versículo de memoria, sin embargo, otra es aplicarlo a nuestra vida. Juan lanzó un desafío: Viva en la luz. Este desafío puede ser enfrentado por todos, sin embargo, requerirá de una adhesión diligente a la Palabra de Dios. La confianza que mencionó Juan se basa en la aceptación de la maravillosa gracia de Dios obrando en nuestras vidas. Viva en la luz y apóyese en Su gracia; y podrá mirar al cielo con confianza. ¡Ande en luz debido a la limpieza diaria de ella!

Conclusión. Jesús, «la luz del mundo» (Jn 8.12), nos invita a vivir en luz. Su invitación a esta vida nos debería ser fácil de aceptar debido al carácter divino de la misma, su compañía dinámica y su limpieza diaria. ¡Qué hermoso es andar en luz con Jesús!

En 2º Reyes 6.11–17, Eliseo se encontró rodeado de soldados sirios que estaban buscando quitarle la vida. Al ver a los soldados, el criado entró en pánico y dijo: «¡Ah, señor mío! ¿qué haremos?». Eliseo hizo con calma una oración inusual. Él dijo: «Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea». Fue una oración extraña porque el criado acababa de demostrar su capacidad de ver. Él era quien le había informado a Eliseo sobre los soldados. La oración fue dicha porque Eliseo sabía que su criado solo veía sus problemas, no el poder de Dios. Sus ojos necesitaban ser abiertos para que pudiera ver la fuerza divina de Dios.

El fracaso del criado es a menudo también nuestro fracaso. Vemos claramente nuestras dificultades, sin embargo, nuestra visión de la dínamo divina disponible para nosotros mientras andamos en luz es borrosa. ¡Abramos nuestros ojos a la belleza y el poder de la vida de estar en la luz de

Dios y vivir diariamente en la luz del Hijo!
Eddie Cloer

Cómo enfrentar el pecado con la gracia de Dios (1.8–10)

Huimos de nuestro pecado en lugar de enfrentarlo; tratamos de tapanlo cuando deberíamos mirarlo directamente a los ojos con el conocimiento de que tenemos la gracia de Dios. El escapismo, sea para esconderse detrás de excusas o mudarse a otra ciudad para comenzar nuevamente, no resuelve nada.

Es imperativo una confrontación con el pecado para la paz con Dios. Nuestro Padre no ofrece atajos para una conciencia tranquila. Exige total honestidad sobre el pecado.

En este mundo no se puede alcanzar la perfección. Por lo tanto, pecaremos incluso después de la conversión; sin embargo, 1ª Juan 1.8–10 les muestra a los cristianos cómo enfrentar sus pecados con la gracia de Dios. Este enfoque dado por el Espíritu es la psicología de Dios, no la del hombre. Los cristianos han de permanecer en la gracia de Dios andando en luz. En el presente pasaje, el Espíritu Santo nos mostrará cómo manejar nuestro pecado de manera triunfal.

Admítaselo a usted mismo. Enfrentar nuestro pecado con la gracia de Dios implica admitir que pecamos. Juan dijo: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (1.8). También dijo: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros» (1.10).

El autor inspirado usa dos tiempos diferentes en estos dos versículos: el pasado y el presente. El cristiano no ha de decir que no tiene pecado (tiempo presente); tampoco ha de decir que no ha pecado (tiempo pasado). La negación de nuestra pecaminosidad pone en entredicho la integridad de Dios; demuestra la ausencia de verdad en nuestras vidas; indica la existencia del autoengaño. Por lo tanto, una parte esencial de andar en luz es mantener la comprensión consciente de que pecamos y necesitamos de Su gracia.

Ireneo, un escritor cristiano del siglo segundo, escribió sobre las personas religiosas de sus días que afirmaban no tener pecado. Consideraban que sus acciones estaban separadas de sus espíritus. Si bien sus cuerpos participaban en prácticas pecaminosas, creían que sus espíritus, como el oro cuando es sumergido en la suciedad, no se ven afectados. Se cree que Juan ha estado contrarres-

tando la influencia de personas con puntos de vista similares al escribir esta carta a estos primeros cristianos. Se imaginó la obvia contradicción entre las enseñanzas de Dios y un cristiano que afirma que no tiene pecado.

Dios no desea que vivamos humillados y desesperados; tampoco desea que vivamos con arrogancia y orgullo. Él desea que andemos en el resplandor brillante de Su gracia diaria y esperanza eterna. Sin embargo, Su gracia es una realidad solo para aquellos que reconocen que la necesitan.

¿Podemos decir con toda sinceridad: «Peco y necesito de Su gracia»? Un puño cerrado no puede dar ni recibir una bendición. El primer paso para mantener nuestro corazón abierto a la gracia de Dios es admitir que pecamos.

Reconózcalo a Dios. Enfrentar nuestro pecado con la gracia de Dios también implica reconocer nuestro pecado delante de Dios. Juan dijo: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1.9).

El Espíritu Santo usó la palabra «confesar». Contextual y etimológicamente, esta palabra se refiere a ver como Dios ve. La verdadera confesión del pecado es reconocerle a Dios que hemos llegado a ver nuestro pecado como Él lo ve. Implica arrepentimiento y restitución. La confesión de la que escribió Juan sólo puede ser hecha por un corazón quebrantado por el pecado y una vida que ha buscado la restitución por el pecado. Se piden disculpas, se siente contrición y se experimenta un arrepentimiento genuino; entonces, se ruega a Dios que perdone.

Por su propia naturaleza, la vida cristiana requiere honestidad con respecto al pecado, una clase de honestidad que no siempre es fácil. Tenemos que mirar nuestras vidas a través del lente puro y de aumento de la Palabra de Dios. Seamos honestos sobre lo que vemos. Si nos vemos pecar contra otro, vayamos a él con una disculpa en los labios y arrepentimiento en el corazón. Si nos vemos pecando contra Dios, vayamos a Él en una oración de arrepentimiento y resolución. Tenemos poder por medio de Cristo para obtener la victoria sobre el pecado, sin embargo, primero tenemos que enfrentar nuestro pecado reconociéndolo ante Dios.

Acepte Su perdón. Queda otro paso: No hemos enfrentado plenamente nuestro pecado con la gracia de Dios hasta que hayamos aceptado Su perdón. Para que la culpa del pecado sea eliminada por el amor de Dios, tiene que ser liberada a Su

amor en nuestras mentes. Juan nos aseguró que «Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1.9).

Cuando se cumplen Sus condiciones, Dios se ve obligado a perdonarnos mediante dos atributos de Su naturaleza: Su fidelidad y justicia. Él es fiel; no puede quebrantar Su palabra. Él es justo; no puede ignorar el pecado. Su justicia exige que el pecado sea limpiado mediante el sacrificio expiatorio de Jesús. Cuando se cumplen las condiciones de ese sacrificio, Su justicia insiste en que se conceda el perdón. Su purificación es completa y exhaustiva, incluyendo toda injusticia. Por lo tanto, si no aceptamos Su perdón, dudamos de Su confiabilidad o de nuestro cumplimiento de Sus condiciones.

El diablo no será disuadido fácilmente. Intentará bloquear la obediencia suya al evangelio. Si fracasa en esta primera batalla, intentará volverle inútil como cristiano. Si fracasa en la segunda batalla, buscará hacerle sentir miserable ante Dios. Trabaja para hacerle sentir perdido, abrumarle con dudas y miedos.

¿Le ha resultado difícil aceptar el perdón de Dios? Verifique cuánto ha cumplido usted Sus condiciones. ¿Falta algo? Una vez que esté seguro de las condiciones, concéntrese en la fidelidad de Él, no en sus fracasos. Elimine las dudas y los celos con las seguridades claras y positivas de la Palabra de Dios. ¡Deje que Su Palabra sea la última palabra sobre su salvación!

Conclusión. ¡Usted puede salir victorioso de su pecado con la gracia de Dios! Mediante Su sabiduría y amor, Él ha mostrado el camino: Admítase a sí mismo que ha pecado, reconozca su pecado ante Dios y acepte Su perdón.

La grandeza del perdón divino no puede subestimarse. Es el regalo más grande y la bendición más grandiosa de Dios. Isaías comparó la limpieza del pecado con la blancura de la nieve, diciendo: «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (Is 1.18b).

Si visualizamos un área de tierra llena de basura, la veríamos como antiestética y con necesidad de una limpieza profunda. Entonces, cae una nieve de quince centímetros y cambia inmediatamente. ¡Una vista que alguna vez fue repulsiva es ahora un paisaje hermoso! Cuando miramos el área, solo vemos una gran capa de nieve, sin basura ni desechos. ¡La naturaleza ha provocado una transformación maravillosa y temporal!

Dios nos ha traído una transformación espiritual que es permanente y mucho más maravillosa. Fuimos limpios en el momento de la conversión y somos limpios día tras día. ¡Por Su gracia, hemos sido liberados para Su comunión y servicio!

Eddie Cloer

Cómo completar el gozo (1.1–4)

Aquí hay un dicho común que enseña una buena lección: «El camino al gozo es Jesús primero, los demás después y usted de último». Es un dicho que sin duda resonaría con lo que la Biblia enseña sobre cómo debemos ver la vida.

El gozo sobresale en la Biblia como la señal de una vida piadosa. Pablo enseñó que el gozo es uno de los frutos del Espíritu (Ga 5.22, 23). En 2ª Corintios 8.1–3, habló de la voluntad de las iglesias de Macedonia de dar de su profunda pobreza para ayudar a los de Jerusalén. Dar a los demás trajo gran gozo a sus vidas. Santiago nos desafió, diciendo: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas» (Stg 1.2). Curiosamente, 1ª Pedro, un libro sobre cristianos que estaban sufriendo, se refiere a su audiencia como aquellos que tendrían «gozo inefable y glorioso» (1ª P 1.8b). Cuando Juan dijo que uno de sus propósitos principales al escribir 1ª Juan fue «para que vuestro gozo sea cumplido» (1ª Jn 1.4), ciertamente estaba armonizando con un tema principal de las Escrituras.

Si bien todos deseamos gozo en nuestras vidas, el mundo generalmente no está de acuerdo con el cristianismo sobre cómo se debe obtener el gozo. El diablo y sus demonios han logrado convencer a la gran mayoría de las personas que el camino al gozo pasa por ganar en todo, divertirse a costa de otras personas y festejar hasta sentir que nos han golpeado y dados por muertos. Alguien con una resaca horrenda hablará a menudo sobre el «gozo» que experimentó, describiendo la miseria que siente después como que de alguna manera valió la pena. Las redes sociales y los programas de televisión nos hacen pensar que no hay gozo sin ser inmorales, deshonestos y crueles con los demás.

Vi un ejemplo claro de esta mentalidad mundana de gozo cuando ayudé en un centro local de rehabilitación por abuso de drogas. Hablamos sobre la vida para Dios y cómo podríamos cambiar nuestros problemas y adicciones. Un hombre más joven habló sobre lo difícil que fue dejar su adicción, ya que le trajo mucha diversión a su vida. Continuó diciendo que fue difícil pensar en

vivir sin los efectos que recibía cuando consumía drogas. Tan pronto como terminó de hablar, uno de los otros hombres del grupo habló. «¿Estas loco?» preguntó. «¿Has perdido toda tu memoria? Vivíamos debajo de un puente antes de llegar aquí. Has perdido a tu familia; tus hijos no tienen un padre en sus vidas ahora; estás totalmente arruinado; ¿y hablas de cuánto te divertiste estando borracho o bajo los efectos de las drogas? Despierta y enfrenta la realidad, o morirás pronto».

Debemos tomar lo que Dios dice sobre el tema del gozo y poner nuestra fe allí para descubrir un gozo que no avergüenza y que se hará más fuerte cuanto más vivamos para Dios en este mundo. Ese tipo de gozo no se desvanecerá, ni se deshará, ni se verá obstaculizado por las cosas de este mundo. En nuestro hogar eterno con Dios, nunca veremos dolor, tristeza, separación ni muerte. Estaremos con el Padre, Cristo y el Espíritu Santo, junto con todo el pueblo de Dios. ¿Qué nos dijo Juan que traerá este gozo completo en estos primeros versículos de su carta?

El gozo completo está ligado al Cristo encarnado. De alguna manera, el primer versículo de esta carta suena como el comienzo del Evangelio de Juan.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Jn 1.1-3).

Comparemos eso con el primer versículo del presente texto:

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (1ª Jn 1.1).

Cuando Juan comenzó esta gran carta, señaló que había vivido eventos de los que la mayoría de las personas solo habían oído hablar de segunda mano. Juan es el único que habló de Jesús como el «Verbo» o «Logos», el mensaje mismo de Dios al mundo, habiendo venido en forma humana. Reveló la divinidad de Jesús cuando lo describió como el que era «desde el principio» (1.1a). En el Evangelio de Juan, pintó un cuadro de Jesús como Dios y Creador del universo (Jn 1.1, 3). Deseaba que sus lectores supieran que no era solo un rumor lo que deseaba compartir con ellos, sino que había estado en la presencia física de Jesús.

Juan había escuchado a los espíritus inmundos

obedecer a Jesús (Mr 1.19-27). Había estado allí cuando Jesús predicó el gran Sermón del Monte (Mt 5-7) y le había oído ordenar a los vientos tempestuosos y las olas que se calmaran en el mar de Galilea (Lc 8.22-25). Había estado allí cuando Jesús les dio a Sus seguidores la Gran Comisión, diciéndoles que hicieran discípulos mientras andaban por el mundo; bautizando a las personas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a observar todo lo que les había mandado (Mt 28.19, 20a). Incluso había escuchado a Jesús prometer que estaría «con [nosotros] todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28.20b).

Juan fue uno de los tres discípulos elegidos que subieron al monte de la Transfiguración con Jesús y vieron Su apariencia cambiar por completo (Mt 17.1-8; Mr 9.2-8; Lc 9.28-36). Vio a Moisés y a Elías descender al monte para hablar con Él sobre Su muerte venidera. Vio que la nube los cubrió cuando Pedro sugirió que construyeran tres enramadas. Desde la nube, Dios les habló, diciendo: «Este es mi Hijo amado; a él oíd» (Mr 9.7b; vea Mt 17.5; Lc 9.35). Fue con Jesús a la habitación de la hija de Jairo, vio a Jesús tomarla de la mano y la vio resucitar de entre los muertos (Mt 9.18, 19, 23-26; vea Mr 5.35-43). Tan solo podemos imaginarnos lo que Juan les dijo a los demás sobre lo que había visto.

El apóstol enfatizó algunas verdades que vio, tratando de hacer más que simplemente verlas con sus ojos. Miró con intensidad para comprender las acciones de Jesús. Cuando Jesús mostró amorosa compasión por una mujer gentil y elogió su fe antes de sanar a su hija, probablemente Juan estaba mirando con cuidado. Cuando vio a Jesús hablando con una samaritana que había llevado una vida inmoral, tuvo que haber observado cuidadosamente; y luego, cuando le ofreció la salvación, tuvo que haber mirado más de cerca que nunca. Podemos imaginar, entonces, cuán intensamente debió haber mirado Juan el cuerpo resucitado de Jesús. Como Juan, nosotros necesitamos ver la mayor cantidad posible de la Palabra de Dios y luego examinarla intensamente para ser transformados por lo que vemos.

Juan deseaba llevarnos un paso más allá. No solo había escuchado, visto y observado. A veces, se le permitió palpar las cosas de Dios. Juan estaba principalmente tratando de mostrar cómo tocó a Jesús, cómo tal vez incluso sintió las manos del Salvador a quien amaba más que a cualquier otro ser humano. Probablemente incluso pensó en

aquellos días en que tocó el cuerpo resucitado de Jesús y se dio cuenta de que Su cuerpo era real, en lugar de un espíritu que parecía de carne y hueso.

¡Juan parece haber gritado el mensaje a todos los que quisieran escuchar que Aquel que les estaba proclamando es el «Verbo de vida» (1ª Jn 1.1b)! No se había inventado una fábula para contarles a generaciones venideras. Había caminado con Jesús y había estado con Él para ayudar y animar a otros que lidiaban con Su Palabra.

El gozo pleno está ligado a la vida eterna. Juan continuó mostrando lo que había experimentado de primera mano, diciendo: «La vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó» (1.2). Juan deseaba que comprendiéramos que esta vida que apareció no nació en el momento en que Jesús fue concebido en María o incluso en el momento de Su nacimiento. ¡Él es el Eterno de Dios! Estuvo con el Padre desde antes del comienzo de la creación. Cuando Juan dijo «En el principio» (Jn 1.1a), estaba recordando el comienzo de la creación (vea Gn 1.1). La Deidad ya estaba allí y siempre había existido antes del comienzo de la creación (Jn 1.1–3; 1ª Jn 1.1, 2). Ahora la Deidad se le ha aparecido a la humanidad en forma corporal.

El gozo pleno está ligado a usted y a mí. Esto es de suma importancia, porque Juan nos lo dijo «para que también [nosotros tengamos] comunión con [ellos]; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (1ª Jn 1.3). Si bien la idea de ver, palpar y oír a Jesús durante Su ministerio terrenal podría dejarnos asombrados, esa no era la intención de Juan. No quería que nos relajáramos y le envidiáramos a él o a los demás que fueron testigos de la vida de Jesús. En cambio, anhelaba que fuéramos partícipes de la comunión con Jesús y el Padre.

Entramos en este gozo pleno cuando nos asociamos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, junto con todo Su pueblo redimido al tiempo que somos partícipes de la obra de evangelización.

Lamentablemente, a menudo hemos degradado la palabra «comunión» para que quiera decir «compartir una comida». La palabra que Juan usó para «comunión» (*koinonia*) quiere decir mucho más que afirmar que ambos somos miembros de la iglesia. Estar en comunión implica estar en una sociedad tan íntima que experimentamos la vida eterna juntos.

Uno de los aspectos poderosos de tomar la comunión juntos es que, al participar, estamos compartiendo comunión o asociación unos con otros y con el Señor. Curiosamente, la misma palabra que se traduce como «comunión» es una palabra que se traduce en otros lugares como «compartir» y «contribución». Cada miembro del cuerpo de Cristo está destinado a ser parte de la asociación más asombrosa jamás imaginada. Nos unimos a la Deidad y somos socios unos con otros en el cuerpo de Cristo. El discipulado nunca tuvo la intención de ser una misión individual que otros podrían no comprender. Somos llamados a unirnos para tener una comunión con Dios que nos lleve a tener comunión unos con otros.

Cada aspecto de nuestra adoración conlleva un sentido de comunión. Cantamos alabanzas a Dios juntos, elevando nuestras voces a Dios en adoración y animándonos unos a otros en nuestro crecimiento espiritual (Ef 5.19; Col 3.16). Cuando se ora en la adoración colectiva, es más que un individuo que ofrece su oración a Dios acerca de sus necesidades y deseos. Se es uno que dirige a toda la iglesia y ora por todo el grupo para que nosotros, en comunión con Dios y unos con otros, podamos decir «Amén» al final de la oración. Cuando comulgamos juntos en la Mesa del Señor, estamos experimentando comunión, un compartir el pan y el vino unos con otros. Participar de la Cena del Señor implica tener comunión con la hermandad y con Jesús, nuestro Salvador. Cuando estudiamos la Palabra de Dios juntos en la predicación de Su Palabra, no solo estamos compartiendo el mensaje de Dios con otros; también estamos escuchando y aplicando las verdades del Verbo de Vida.

Si nos enfocamos en compartir cómo nos sentimos *nosotros*, perdemos la bendición de oír la Palabra de Dios y reflexionar sobre cómo nos afecta. Cuando damos, estamos compartiendo nuestro dinero con Dios y Su iglesia de una manera que grita el mensaje: «Estoy en comunión con este grupo de personas. Soy parte de la familia y estoy comprometido con lo que estamos haciendo». Dar es comunión con Dios, con personas lastimadas que son ayudadas, con los obreros que apoyamos, con misioneros en otras partes del mundo. Es el mensaje para Dios de que somos heraldos de Su reino y estamos listos para ser usados por Él en Su obra. Dios desea que seamos un pueblo de gozo pleno para que nuestras vidas atraigan otros a Él.

Leon Barnes

¿Quién es Dios? (1.5–10)

La vida trata de asociaciones. Se trata de compartir con los demás y tener relaciones cercanas. En un nivel superior, la vida también se trata de estar en sociedad con Dios. Juan, en 1ª Juan 1.1–4, señaló que estaba proclamando el mensaje acerca de Jesús, como Dios Eterno que es, para que pudiéramos tener comunión con Él, esto es, con el Padre, el Hijo y con toda la familia de Dios. Sería difícil imaginar una vida más miserable que una vivida sin asociaciones o relaciones compartidas. Esos lazos podrían incluir marido y mujer, amigos cercanos que comparten todo o padres e hijos. Cada uno de esos fuertes lazos es importante sin embargo, también puede romperse.

Recordemos siempre que «Dios es luz». Juan continuó analizando el tema de la comunión; sin embargo, a medida que consideraba el anhelo de tener comunión con Dios, aclaró algunas cosas relacionadas con Dios y nuestra relación con Él. La naturaleza misma de Dios consiste en luz. Contiene tanta luz que no hay tinieblas en Él en absoluto. Mientras Jesús estaba en esta tierra, hizo la misma declaración sobre Sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8.12). Acababa de sanar a un hombre que había nacido ciego. Sin embargo, la aplicación del milagro fue la declaración: «Yo soy la luz del mundo». El mal siempre parece estar ligado a las tinieblas y Dios a la luz. Incluso en la eternidad, al infierno se le llama un lugar de «tinieblas de afuera» (Mt 8.12; 22.13; 25.30). En el cielo, las puertas no se cierran en absoluto durante el día, «porque allí no habrá noche» (Ap 21.25). No hay necesidad del sol o la luna en el cielo porque Dios y Cristo son la luz (21.23).

Si una persona afirma estar en comunión o sociedad con Dios y hace que su estilo de vida sea de tinieblas, simplemente se está engañando a sí mismo y a quienes creen en su afirmación (1ª Jn 1.6). Cuando la Biblia habla de «andar», siempre se refiere a una forma de vida estable. Se refiere a cómo vivimos. Por lo tanto, si afirmamos que andamos con Dios y somos partícipes de Su comunión, pero llevamos vidas atadas a las tinieblas, simplemente estamos mintiendo.

Recordemos que andar en luz es el corazón de ser cristiano (1.7). Esta es una declaración poderosa que debemos recordar en todo momento. ¿Qué quiere decir «andar en luz»? Juan acababa de declarar que «Dios es luz». Andar en luz está ligado a andar en una relación con Dios. Con demasiada frecuencia en la vida, queremos tener una rela-

ción casual con Dios en la que podamos excluirlo de ciertas partes de nuestra vida. Es como tener compañía y permitir que los invitados solo entren a la sala de estar porque las otras habitaciones están en desorden. A veces adoramos a Dios los domingos, sin embargo, no cambiamos la forma en que actuamos en nuestros hogares o lugares de trabajo. El propósito de andar en luz es permitir que Dios brille en cada rincón de nuestras vidas. No deberíamos tener áreas de nuestras vidas que esperamos que nadie descubra.

En la mayoría de las familias, el padre suele dar instrucciones sobre cómo deben vivir sus hijos. Sin embargo, el hijo siempre estará mucho más sintonizado con la forma de vida del padre que con las palabras que dice. Cuando era niño, trataba de seguir a mi papá siguiendo sus pasos. No importa cuánto trataba de estirar mis cortas piernas, no se extenderían lo suficiente para seguir sus pasos. Andar en luz no quiere decir que podamos seguir perfectamente los pasos de Dios o de Jesús; sin embargo, al igual que el niño que sigue a su padre, seguimos esforzándonos.

Cuando andamos en la luz de Dios y le permitimos brillar en todos los aspectos de nuestra vida, Él está con nosotros y está transformando nuestras vidas. Si somos una persona en la escuela, otra en casa y otra en la iglesia, no estamos dejando que Dios brille en nuestras vidas. Si no somos influenciados por Dios para ser santos y justos cuando salimos con un novio o novia, Él no brilla en nuestras vidas y no andamos en Su luz. Si no somos la misma persona en el trabajo que somos en la iglesia y en casa, algo ha salido mal en nuestras vidas. Si no vivimos para Dios en nuestros vecindarios, entonces no importará cuán amigables seamos los domingos en los servicios de adoración. Andar en la luz de Dios quiere decir que invitamos Su luz a brillar en todas las partes oscuras de nuestras vidas y transformarnos en todos los sentidos.

Un resultado inmediato de andar en la luz de Dios es tener comunión unos con otros (1.7). Volvemos a la asociación. Aquellos que andan en luz andan juntos como tomados de la mano. Estamos unidos. Sin embargo, a veces no estamos de acuerdo con nuestros hermanos y hermanas. ¿Podemos todavía andar juntos en Su luz?

Si otro desea alejarse de Dios y seguir su propio camino, entonces no podemos continuar andando juntos y estando en la luz de Dios. Si nuestro desacuerdo es por algo que no tiene nada que

ver con nuestro andar con Dios o por algo que es un asunto de juicio personal, podemos continuar tomados de la mano, andar en comunión y amor, y ser todo lo que Dios nos llama a ser. Negarse a tener comunión con otra persona que está en la luz de Dios es tan malo como tener comunión con alguien que está en tinieblas.

Lo más asombroso del versículo 7 es que dice lo siguiente: si andamos en luz, la sangre de Jesucristo nos limpia constantemente de nuestros pecados. Así como la sangre que fluye dentro de nuestros cuerpos limpia nuestros cuerpos de las cosas que los lastimarían, la sangre de Jesús que fluye dentro de Su cuerpo, la iglesia, está limpiando constantemente a los que son parte de esa iglesia. Andar en luz es como estar debajo de una cascada y ser lavados constantemente de todo pecado en nuestra vida. Aquellos que andan en luz todavía pecan. Andar en luz no se trata de ser perfectos o sin pecado. Quiere decir que nuestra relación con Dios no cambia constantemente. Si andamos con Dios, los errores ocasionales no ponen en peligro nuestra relación porque Él nos limpia continuamente.

Nunca neguemos nuestro pecado (1.8–10). La palabra «pecado» está en tiempo aoristo, queriendo decir que Juan se refirió a las acciones del pecado, más que a una forma de vida. Esta distinción es importante a lo largo de este libro porque Juan a menudo hablaba de cómo no debemos pecar y cómo el que nace de Dios no peca (vea 3.5–10). En tales ocasiones, Juan usaba el tiempo presente y hablaba de una acción continua o una forma de vida. Nadie está libre de pecado (excepto Jesús; He 4.15b), sea cristiano o no, «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro 3.23).

¿Qué debemos hacer cuando nos damos cuenta de que hemos pecado contra Dios? Debemos confesarle nuestros pecados con la intención de mejorar, y debemos arrepentirnos del pecado. Dios es fiel y justo. Él perdonará nuestros pecados de inmediato y nos tratará como si nunca hubiéramos pecado. En 1ª Juan 1.9, Juan dijo: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad». La palabra «pecados» se refiere a hacer algo incorrecto. La palabra «maldad» se refiere a no hacer lo correcto. Juan nos dijo más adelante en esta carta que el pecado es una transgresión de la ley (3.4). Sin embargo, no tenemos que hacer algo malo para pecar contra Dios. Santiago dijo: «y al que sabe

hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado» (Stg 4.17). Podemos pecar contra Él simplemente por no hacer lo que debemos hacer. «Toda injusticia es pecado» (1ª Jn 5.17a).

El versículo 9 está hablando de confesar nuestros pecados a Dios, lo cual puede hacerse entre un cristiano y Dios en cualquier momento. También es importante recordar que debemos confesarnos nuestros pecados. En Santiago 5.16, se nos dice: «Confesaos vuestros pecados unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho». Una de las lecciones más poderosas que un padre puede darle a su hijo es confesarle humildemente los pecados y errores que ha cometido. Esto es especialmente poderoso si un padre ha obrado mal, sea con su hijo o en presencia de su hijo, y confiesa estos fracasos. Esto establece una base para que nuestros hijos sean abiertos con nosotros cuando fallan o pecan. También les abre el corazón a estar listos para arreglar las cosas con Dios cuando pecan.

Conclusión. «Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él» (1ª Jn 1.5). Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad cuando le confesamos nuestros pecados (1.9). Dios desea tener comunión con todos. Él abrió el camino, con Jesús pagando el precio por nuestros pecados en la cruz, para que pudiéramos tener esa comunión. Él desea que estemos en sociedad no solo con Él, sino también con todas las demás personas que están en comunión con Él. No podemos andar con Dios cuando tenemos una relación incorrecta con otros cristianos. Es absolutamente vital que andemos en la luz de Dios, permitiéndole brillar en cada rincón de nuestras vidas para que la sangre de Jesús pueda limpiar constantemente cada pecado de nuestras vidas.

Si usted ha ocultado partes de su vida al Señor o ha tratado de llevar una vida en la iglesia y una vida diferente fuera de la asamblea, existe una vida mejor y más verdadera. Dios nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos. Juan escribió: «Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas» (3.19, 20). Ha llegado el momento de arrepentirse y entregar toda su vida a Dios. Ande con Él y ábrale todas las puertas de su vida. Con gusto le limpiará, sin embargo, nunca se impone sobre nadie.

Leon Barnes

Cuando permanecemos en amor, 1ª parte

LA PERFECCIÓN DE LA PALABRA DE DIOS (2.1-6)

En 1.6-10, sin usar la palabra «gracia», Juan enfatizó 1) que el pecado es universal y 2) que Dios perdona y limpia por medio de la sangre de Cristo. Al igual que Pablo, Juan se dio cuenta de que cuando enseñaba que la salvación fluía de la generosidad amorosa de Dios, se abría a la crítica de que el perdón era barato. Ni los maestros judaizantes a quienes Pablo confrontó (Ga 1.6) ni los anticristos a quienes Juan enfrentó entendían la yuxtaposición del pecado y la gracia que Dios había ofrecido a la familia humana en Cristo. Los judíos aceptaban la carga y la culpa del pecado. Al mismo tiempo, sostenían que debido a que habían sido elegidos y por la acumulación de buenas obras, podían compensar el pecado y ganar una posición justa ante Dios. Se oponían al mensaje de gracia de Pablo.

Los falsos profetas en 1ª Juan respondieron a la universalidad del pecado sustituyendo el conocimiento por la gracia. Carecían del sentido de ser elegidos común a los judíos, y no veían la necesidad de que Dios los limpiara de sus pecados mediante la sangre de Jesús. Su respuesta al pecado consistía en negar que tuvieran alguno. Mediante el conocimiento, alegaban tener acceso a las cosas secretas de Dios. Se imaginaban a sí mismos libres de pecado, independientemente de lo que hubieran hecho. Para ellos, el espíritu era lo más valioso, al tiempo que el cuerpo no valía nada. En espíritu, ya eran parte del reino de Dios. Ni los adversarios de Pablo ni los de Juan aceptaban los mensajes del pecado y de la gracia de Dios en Cristo. Asimismo, muchos de los que hoy afirman que Cristo es su Salvador confiesan que han pecado solo en términos teóricos. La respuesta de muchas personas al pecado es negar que lo que hacen en la carne

importa. Los «espirituales» del mundo de hoy, como los anticristos que fueron contemporáneos de Juan, parecen suponer que viven en un plano donde el pecado no tiene consecuencias.

La confesión constituye el camino a la limpieza, sin embargo, algunos podrían suponer que la confesión seguida del perdón y la limpieza es fácil. El apóstol procedió a describir el costo del perdón. La confesión que tiene valor es una confesión seguida de obediencia a Dios.

¹Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. ²Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. ³Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. ⁴El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; ⁵pero, el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. ⁶El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.

Versículo 1. Juan no estaba considerando solo lectores hipotéticos. Cuatro veces en el documento, Juan comentó acerca de personas a quienes llamó «hijos de Dios» (3.1, 2, 10; 5.2). Una vez, contrastó «hijos de Dios» con «hijos del diablo» (3.10). El idioma griego tiene varias palabras para designar la descendencia en la familia humana. Sus diferentes connotaciones dependen de la edad de la descendencia y del cariño que tenga el autor por ellos. Cuando Juan escribió «hijos de Dios» o «hijos del diablo», usó la palabra τέκνον (*teknon*, «hijo»). Sin embargo, cuando mencionó a sus lec-

tores en términos de su relación personal con él, usó *τεκνία* (*teknia*, «hijitos» o «amados hijos»). Es importante notar que, siete veces en la carta, Juan llamó a sus lectores «hijitos» o quizás «amados hijos» (2.1, 12, 28; 3.7, 18; 4.4; 5.21). Cualquiera que sea la conclusión a la que se podría llegar sobre el género de 1ª Juan, es evidente que el autor tuvo experiencia de primera mano con sus lectores. Eran sus «amados hijos». Solo una vez agregó el pronombre posesivo «míos». En 2.1, Juan escribió: **Hijitos míos.**

Juan escribió con un propósito más amplio que el de convencer a sus lectores de que habían pecado. Juan también quería que los cristianos confesaran el pecado y confiaran en que Dios perdonará el pecado por medio de la sangre de Cristo. Sin embargo, Juan no había terminado cuando habló del pecado y del remedio de Dios para el pecado. También escribió para darles a sus lectores los recursos espirituales para resistir la práctica de más pecados: **estas cosas os escribo para que no pequéis.** Juan les enseñó a los creyentes que necesitaban equilibrar dos realidades: 1) Cristo espera que Su pueblo viva libre de pecado. No hay ninguna razón inherente por la que no puedan hacerlo. Una vida libre de pecado quiere decir que la fe y el conocimiento han de ir seguidos por la conducta apropiada. 2) El pecado está arraigado en la conducta humana. La gente peca; no solo teóricamente, sino de hecho. El perdón es posible porque la gracia de Dios ha aparecido en Jesús de Nazaret. El creyente tiene un consolador y un **abogado [...] para con el Padre, a Jesucristo el justo.** Gracias a que Cristo derramó Su sangre en la cruz, el pecado puede ser perdonado; no puede derrotar al creyente.

La palabra griega que se traduce como «abogado» en la Reina-Valera es *παράκλητος* (*paraklētos*, «consolador», «abogado» o «consejero»). Sus cognados, *παρακαλέω* (*parakaleō*, «consuelo») y *παρακλήσις* (*paraklēsis*, «estímulo» o «consuelo»), se encuentran entre las palabras más comunes del Nuevo Testamento; sin embargo, solo el Evangelio de Juan (14.16, 26; 15.26; 16.7) y 1ª Juan 2.1 usan la palabra *paraklētos*. En el Evangelio, la palabra se refiere uniformemente al Espíritu Santo; sin embargo, en 1ª Juan, el apóstol lo usó de Jesús mismo. La amplia variación en la forma en que se traduce la palabra ilustra la incertidumbre en cuanto a cómo debe traducirse *paraklētos*. En el Evangelio de Juan, la NASB lo consigna como «Ayudante»; en 1ª Juan, los mismos traductores consignan «abogado». La

Reina-Valera tiene «Consolador» en el Evangelio y «abogado» en 1ª Juan.

La combinación de la forma en que se usa la palabra en el Evangelio de Juan y en 1ª Juan da como resultado la conclusión de que tanto el Hijo como el Espíritu son consoladores y defensores de los creyentes, cada uno a su manera. *Paraklētos* contribuye al entendimiento del cristiano tanto de la naturaleza de la obra de Cristo a su favor como de la relación del creyente con Dios por medio del Espíritu. La palabra no tiene un significado muy diferente en el Evangelio de Juan en comparación con 1ª Juan. Cuando Jesús prometió enviar un Consolador, indicó que Él también era un Consolador. «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre», dijo (Jn 14.16).

Juan deseaba que sus lectores supieran que Jesús, pese a que era un Consolador en Su estado encarnado, ahora ha asumido un papel ampliado como Consolador debido a Su muerte en la cruz. Desde Su ascensión, Jesús está en la presencia de Dios como Consolador, sin embargo, también como Abogado. El hecho de que Jesús sea Consolador y Abogado no requiere detracción de la presencia continua del Espíritu Santo como Consolador o Ayudador. Charles H. H. Scobie escribió: «Por lo tanto, hablando en términos generales, el Espíritu significa para los discípulos todo lo que Jesús significó para ellos mientras estuvo con ellos en la carne».¹ Para los Doce, el Espíritu Santo fue «Ayudador» en el sentido de que los dirigió a toda la verdad (Jn 14.26). El Espíritu Santo continúa viviendo en los creyentes por medio de la Palabra de Dios. Pablo escribió: «Y tomad [...] la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Ef 6.17). El Espíritu testifica con el espíritu propio del cristiano que los hombres y mujeres son hijos de Dios (Ro 8.16).

En el lenguaje griego común, un *paraklētos* se refería a cualquier persona que apoyaba o animaba a otro, por lo tanto, un «consejero» o incluso un «consolador». Sin embargo, en el mundo grecorromano, la palabra tenía un significado técnico. Los romanos inventaron abogados en el sentido moderno de la palabra. Cuando un hombre rico necesitaba representación legal, convocaba a un *paraklētos*, un abogado, para que lo representara.

¹ Charles H. H. Scobie, *The Ways of Our God: An Approach to Biblical Theology* (Los caminos de nuestro Dios: enfoque a la teología bíblica) (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 2003), 285.

En la cultura romana, la palabra «abogado» era la palabra latina *advocatus*. La palabra contribuye al arsenal de términos para ayudarles a los cristianos entender lo que Jesús significa para su relación con Dios. Los creyentes podrían comprender provechosamente a Jesucristo como el Abogado del creyente ante el Padre, y al Espíritu Santo como el Abogado de Jesús ante los creyentes (Ga 4.6).

Versículo 2. Juan ya había afirmado que cuando el creyente peca, tiene un «abogado [...] para con el Padre» (2.1). El Abogado, dijo, es «Jesucristo el justo». El apóstol continuó explicando por qué Jesús es un Abogado eficaz. En la cruz, Él fue la **propiciación por nuestros pecados**. De todas las palabras de la primera carta de Juan, quizás ninguna haya recibido tanta atención por su plenitud doctrinal como *paraklētōs* en 2.1 e *ἱλασμός* (*hilasmos*, «propiciación») en 2.2. Jesús es Abogado y Él es propiciación. David Smith capturó el sentido de ambas palabras: «Nuestro abogado no alega que somos inocentes ni aduce circunstancias atenuantes. Él reconoce nuestra culpa y presenta Su obra vicaria como base de nuestra absolución».² El sacrificio en la cruz es una invitación de parte de Dios al pecador.

La palabra *paraklētōs*, como se explica en 2.1, aparece varias veces en el Evangelio de Juan donde se refiere al Espíritu Santo, sin embargo, aparece solo una vez en la carta de 1ª Juan. En contraste, *hilasmos* se encuentra dos veces en 1ª Juan (2.2; 4.10); sin embargo, la palabra no aparece en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Una palabra relacionada *ἱλαστήριον* (*hilastērion*), se traduce como «propiciación» en Romanos 3.25 y «propiciatorio» en Hebreos 9.5. La asociación de la palabra con «misericordia» se desprende claramente del verbo *ἱλάσκομαι* (*hilaskomai*, «ser misericordioso»). Jesús usó *hilaskomai* en la parábola del fariseo y el recaudador de impuestos. La Reina-Valera en Lucas 18.13 traduce la forma imperativa del verbo «sé propicio». Tiene un significado similar en Hebreos 2.17, donde el autor describió a Jesús como el «misericordioso y fiel sumo sacerdote» que vino a «expiar». Los contextos en los que se usan las palabras en Romanos 3.25 y en 1ª Juan 2.2; 4.10 demuestran la importancia de lo que afirman sobre la obra de Jesús. Jesucristo el justo es Aquel que se ha convertido en el sacrificio propiciatorio

² David Smith, «The Epistles of John» («Las epístolas de Juan»), en *The Expositor's Greek Testament (El Testamento griego del expositor)*, ed. W. Robertson Nicoll (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1961), 5.173–74.

por los pecados del mundo. Aunque «propiciación» y «propiciatorio» no son palabras de uso común, expresan bien lo que sucedió en la cruz.

La NIV consigna la palabra *hilasmos* de manera diferente. En lugar de traducirla como «propiciación», la traducción consigna «sacrificio expiatorio» tanto en 1ª Juan 2.2 como en 4.10. Decir de Jesús que Él es un «sacrificio expiatorio» está cerca de decir que Él es una expiación por el pecado. Sea que se trate de «sacrificio expiatorio» o «expiación», la traducción coloca un matiz algo diferente en la palabra griega que «propiciación».

La diferencia entre los significados de «propiciación» y «expiación» o «sacrificio expiatorio» no debe exagerarse. David Hill hizo la siguiente observación: «Los términos “propiciación” y “expiación” están tan estrechamente relacionados que a menudo se les considera intercambiables en contextos religiosos».³ La diferencia de matices entre las dos palabras es que «propiciación» implica ira. Su énfasis está en los sentimientos de Dios para con el pecado y lo que se requiere para cambiar Sus sentimientos. La «expiación» enfatiza los efectos del pecado en aquellos que lo cometen. C. H. Dodd señaló que la palabra se usaba entre los contemporáneos de Juan en algunos casos para querer decir «un acto mediante el cual se elimina la contaminación (ritual o moral)». Sostuvo que «expiar» traduce la palabra *hilasmos* de manera más apropiada que «propiciar».⁴ Dos preguntas para Dodd son «¿Por qué y con quién tiene que eliminarse la contaminación?».

Definir la palabra «contaminación» es imposible a menos que Dios esté en el contexto. Las personas no pueden ser contaminadas en un mundo sin Dios más de lo que un león puede ser contaminado por matar una cebra. La contaminación tiene que ser eliminada porque el pecado ofende a Dios. Por culpa del pecado, Su creación mancha la santidad de Dios. Quitar la contaminación ante Dios es propiciación. Dios puede ser descartado cuando el tema es la expiación; no puede serlo cuando el tema es la propiciación. La limpieza no es una abstracción. Tiene sentido solo en el contexto del ultraje moral que el pecado trae a la

³ David Hill, *Greek Words and Hebrew Meanings: Studies in the Semantics of Soteriological Terms (Palabras griegas y significados hebreos: estudios en la semántica de términos soteriológicos)* (London: Cambridge University Press, 1967), 23.

⁴ C. H. Dodd, *The Johannine Epistles (Las epístolas joaninas)*, Moffatt New Testament Commentaries (New York: Harper & Row, 1946), 25.

santidad de Dios.

La «propiciación» supone un alejamiento entre Dios y el hombre a causa del pecado. Es el medio por el que Jesucristo ha hecho que Dios deje de considerar el pecado como una barrera entre él y el hombre. La «propiciación» se enfoca en los medios por los cuales se ha producido la reconciliación, más que en la mera desestimación del pecado. La palabra sugiere ganar o recuperar la buena voluntad de Dios después de que la culpa del pecado fue llevada en la cruz. La reconciliación fue hecha posible cuando Cristo apaciguó a Dios frente a Su ira por la rebelión humana. La ira que debía apaciguarse en el caso de *hilasmos* en 2.2 era, por supuesto, la ira de Dios ante los pecados cometidos por Su creación. Por Su gracia, ha ofrecido a Su Hijo para que el pecador sea propiciado.

Si bien la ira es atribuida con frecuencia a Dios en la Biblia (2° R 13.3; Is 5.25, para tomar dos ejemplos), algunos se sienten ofendidos por la idea de que Dios podría estar enojado con las personas por sus pecados. Hill señaló que la «propiciación» sugiere la intención de hacer que Dios se incline favorablemente. «Expiación», dijo, «va dirigida hacia lo que ha causado la ruptura de la relación».⁵ Algunos traductores probablemente han elegido «expiación» o «sacrificio expiatorio» en lugar de «propiciación» para la traducción de *hilasmos* en 1ª Juan porque la idea de la ira de Dios les resulta ofensiva. La ira debidamente controlada y dirigida no tiene por qué ser una cualidad negativa.

La distinción entre «propiciación» y «expiación» y «sacrificio expiatorio» ofrecida por Scobie es beneficiosa:

La diferencia está indicada por la construcción gramatical: uno propicia a Dios, sin embargo, uno expía el pecado: una ofrenda propiciatoria evita la ira de una deidad personal, mientras que una ofrenda expiatoria anula los efectos del pecado.⁶

La afirmación de que el pecado constituye una barrera entre Dios y el hombre plantea la pregunta: «¿Por qué?». El intento de responder a la pregunta nos lleva a la palabra «propiciar».

Considerado lógicamente, los «efectos del pecado» pueden separarnos de Dios sin enojarlo, sin embargo, el hecho de que los pecadores enojen a Dios es completamente consecuente con la enseñanza bíblica. Juan ya había dicho que «la sangre

de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (1.7). Dios ha actuado por gracia para registrar Su ira contra el pecado por medio del sufrimiento de Jesús. Las puertas de la salvación han sido abiertas para **todo el mundo** porque la ira de Dios contra el pecado ha sido desviada hacia un Hijo Amado, porque «ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (He 9.26). La palabra κόσμος (*kosmos*, «mundo») aparecerá de nuevo y recibirá más atención en 1ª Juan 2.15.

Versículo 3. Primera de Juan 2.1, 2 contiene pensamientos finales para el análisis del pecado que el apóstol había comenzado en 1.6. En 2.3, el tema cambia al comportamiento que sigue a amar a Dios y conocerle. La obediencia, enseñó Juan, es crucial. Escribió: **Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.** Los anticristos habían rechazado el concepto bíblico del pecado. De las distorsiones doctrinales sobre el pecado que conjuraron los anticristos, Juan se dirigió a las implicaciones éticas que incluía la confesión de Cristo. El pecado y su significado constituían elementos importantes en las verdades doctrinales y éticas que enseñó Juan. Al contrario de los anticristos, el apóstol había sostenido que todos habían practicado el pecado y que todos continuaban pecando. El pecado no era meramente una construcción mental, según Juan; era comportamiento. Por consiguiente, todos necesitaban la sangre purificadora de Cristo. Sin embargo, Juan, como Pablo antes que él, tenía que equilibrar cuidadosamente la limpieza del pecado en Cristo y la exigencia del evangelio de que el pecado sea abandonado. La gracia de Dios en Cristo no implicaba que el pecado fuera aceptado y descartado a la ligera. Si bien el pecado estaba presente de manera universal, el pueblo de Dios había de aborrecerlo. El aborrecimiento del pecado subrayaba la necesidad de obedecer los mandamientos de Dios.

Con frecuencia en 1ª Juan, el apóstol usó la frase ἐν τούτῳ (*en toutō*, «en esto», 2.3, 4, 5 [dos veces]; 3.10, 16, 19, 24; 4.2, 9, 10, 13, 17; 5.2). La frase es difícil porque a veces no está claro si el pronombre demostrativo «esto» apunta hacia atrás al pensamiento anterior o hacia adelante al siguiente. La frase «en esto sabemos» de 2.3 es la primera vez que el lector debe confrontar este problema. En este caso, el contexto es bastante claro. La frase dirige la mente hacia el final de la oración; sin embargo,

⁵ Hill, 23.

⁶ Scobie, 584.

incluso aquí, «esto» podría entenderse como una referencia a la obra propiciatoria de Cristo en la cruz analizada en 2.2.

Se podría argumentar que dado que la carga del pecado ha sido quitada de los cristianos, no necesitan preocuparse por ello. Si bien Juan los etiquetó como mentirosos, está claro que algunos en las iglesias a las que se dirigió el apóstol estaban diciendo que no tenían pecado (1.8, 10). Juan necesitaba escribir con cuidado: Cristo limpió a los creyentes de pecado, sin embargo, los creyentes continúan practicando el pecado. Después de decir que Cristo es una propiciación por el pecado, inmediatamente el apóstol se explicó.

Juan les insistió a sus lectores en que el mensaje de la gracia de Dios en Cristo no era una ocasión para rechazar las exigencias del evangelio. El hombre, argumentó Juan, que «no guarda sus mandamientos» no le conoce. Por importante que pueda ser la experiencia subjetiva de vivir con Dios como un amigo, por más que sea la limpieza personal del pecado, la persona se engaña a sí misma si no tiene en cuenta las consecuencias éticas, y por lo tanto las conductuales, de tener una fe verdadera en Dios. Ningún cristiano está aislado de sus iguales creyentes o de los incrédulos que viven a su alrededor. Acoger a Cristo es poner los brazos alrededor de una comunidad de fe, la iglesia; y es vivir como siervo de Cristo en la comunidad mundial en general.

El cambio de tiempo de Juan del presente (*γινώσκωμεν*, *ginōskomen*, «sabemos») al perfecto (*ἔγνώκαμεν*, *egnōkamen*, «hemos llegado a conocer»; NASB) en 2.3 es significativo, sin embargo, es un matiz difícil de captar con la gramática en nuestro idioma. El tiempo presente supone una acción continua. El perfecto en griego es similar a nuestro idioma en que sugiere un acto pasado con resultados que fluyen hacia el presente. Sin embargo, «Sabemos que le hemos llegado a conocer», en nuestro idioma, podría implicar que no lo conocemos ahora. Claramente no es lo que Juan quiso decir. La debilidad de la traducción de la Reina-Valera, «sabemos que nosotros le conocemos», es que no apunta a ningún momento pasado específico de venir a Dios en fe obediente. Se han hecho varios intentos por capturar el cambio en tiempo, sin embargo, la NASB y la NIV dan bien el sentido del griego. Consignan: «Sabemos que hemos llegado a conocerle». El sentido es «En algún momento del pasado, llegamos a conocerle y todavía le conocemos».

Con estas palabras, Juan volvió más aparente la brecha que quería abrir entre él y los anticristos. Los falsos profetas se habían abierto paso en la confianza de las iglesias alegando tener un conocimiento que sobrepasaba al de los apóstoles. Sin rehuir la importancia del conocimiento, Juan insistió en que cuando el conocimiento no tiene fruto en la obediencia, es vano. Pablo, Juan y Pedro no descartaron la importancia del conocimiento; sin embargo, todos insistieron en que el conocimiento no es un fin en sí mismo. El conocimiento, como la fe, es una herramienta que hay que poner al servicio de Cristo. Así como un demonio podría tener una especie de fe en Dios sin ser obediente (Stg 2.19), los anticristos podrían tener cierto grado de conocimiento, sin vivir como Cristo mandaba.

Versículo 4. En los versículos anteriores, Juan se había centrado en tres afirmaciones hechas por los falsos profetas. Introdujo cada una con «Si decimos»: «Si decimos que tenemos comunión con él...» (1.6); «Si decimos que no tenemos pecado...» (1.8); «Si decimos que no hemos pecado...» (1.10). En 1.7, había insistido en que estar «en luz» requería que anduviéramos en luz. El apóstol aparentemente estaba usando las palabras de aquellos que decían estar «en luz» y, sin embargo, estaban dispuestos a descartar la responsabilidad que tenían de andar en luz.

¿Cómo «andamos en luz»? Comenzamos con la confesión de convicciones que se tienen en común con una comunidad de creyentes. Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios; mediante Su muerte propiciatoria en la cruz, limpió a Su pueblo del pecado. Más allá de la confesión, tenemos que hacer nuestra una vida santa sin codicia, inmoralidad sexual, calumnias y otras prácticas similares. No obedecer a Dios mientras se profesa Su nombre, escribió Juan, es ser un **mentiroso**.

Los anticristos aparentemente defendían su separación de la fe profesada en Dios de su obediencia a Él afirmando que habían obtenido conocimiento directamente de Él. Su conocimiento, afirmaban, era superior al de los apóstoles. Por primera vez, en 2.3, 4, el conocimiento se ha convertido en el tema. En 2.3, usó el verbo *ginōskomen* dos veces, primero en tiempo presente y luego en perfecto. A veces es difícil distinguir el sentido de los tiempos del griego en nuestro idioma; sin embargo, en 2.4, Juan usó el tiempo presente una vez más. Los anticristos habían dicho: **Yo le conozco**. Juan declaró que la afirmación de ellos era mentira. No había **verdad** en ellos porque no se preocupaban por guardar

sus mandamientos. La NASB capta bien el griego perfecto, consignando: «He llegado a conocerle [ἔγνωκα, *egnōka*]». El tiempo perfecto expresaba la afirmación que hicieron los anticristos. Habían llegado a conocerle en algún momento del pasado y continuaban su conocimiento hasta el presente.

En las cartas de Juan se utilizan repetidamente dos verbos griegos, γινώσκω (*ginōskō*) y οἶδα (*oída*), que quieren decir «conocer». La diferencia entre los dos verbos es, en el mejor de los casos, leve. El conocimiento es importante para nuestra relación con Dios cuando se combina con la obediencia. Tanto en 1.6 como en 2.4, Juan dejó claro que la verdad no solo ha de creerse; también ha de hacerse. Los anticristos aparentemente sostenían que cuando se tenía algún conocimiento secreto de Dios, el comportamiento no tenía importancia. Para los anticristos, la verdad era un cuerpo abstracto de conocimiento que mostraba que se era superior y se tenía licencia para pecar. Juan dijo que la creencia de ellos era una mentira, porque la verdad también era un comportamiento. Sin vidas transformadas, sin hacer la verdad, el conocimiento era vano.

Versículo 5. La frase **el amor de Dios** podría entenderse de al menos tres formas. Juan podría estar haciendo referencia 1) al amor de Dios por Su pueblo. Incluso el amor de Dios necesita la obediencia de Su pueblo para ser perfeccionado. La sintaxis griega no es clara en expresar propiedad, sin embargo, ese puede ser el significado que pretendía Juan. Por otro lado, «el amor de Dios» podría referirse 2) al amor del pueblo de Dios por Él. El primer uso a menudo se denomina «genitivo subjetivo» porque la palabra en el caso genitivo (en este ejemplo, «de Dios») es el tema de la idea verbal en «amor». El segundo es un «genitivo objetivo» porque la palabra en el genitivo es el objeto de la idea verbal en «amor». 3) Otra posibilidad es que «de Dios» sea descriptivo. «El amor» del que hablaba Juan es del tipo que Dios manifiesta.

La NIV1984 adopta la primera opción y consigna la frase «el amor [que es] de Dios». La NRSV y la NASB la consignan como «el amor de Dios». De esta manera, los traductores permiten que el lector moderno confronte las mismas interrogantes que encontró el lector griego. ¿Qué quiso decir Juan con «el amor de Dios»? Dado que lo que está en juego es guardar los mandamientos de Dios, —**el que guarda su palabra**— probablemente Juan tenía en mente el amor del cristiano por Dios. El amor del creyente por Dios, sostenía el apóstol, es solo

una frase que suena agradable, solo un concepto hermoso, a menos que se complete mediante la obediencia.

Por primera vez en 1ª Juan, aparece la palabra «amor» (*agapē*). El verbo *agapaō* («amor») y palabras similares derivadas del mismo (incluido *agapē*) aparecen más de trescientas veces en el Nuevo Testamento. Aproximadamente sesenta de las ocurrencias están en las cartas de Juan. Hay alrededor de sesenta apariciones más de las palabras en el Evangelio de Juan. Eso quiere decir que casi una quinta parte del número total de veces que «amor» y sus afines se mencionan en el Nuevo Testamento aparece en las tres breves cartas de Juan.

La frase «en éste» (*en toutō*) aparece dos veces en 2.5. La Reina-Valera entiende que el pronombre en primera instancia es masculino. Por lo tanto, su antecedente es «el que guarda su palabra».⁷ Siendo ese el caso, los traductores consignan la frase de manera literal, consignando **en éste**. El amor de Dios verdaderamente **se ha perfeccionado** en el que guarda Su Palabra. Sin embargo, *en toutō* puede ser un pronombre neutro, «en ésto». Es posible que Juan haya estado diciendo: «en el cumplimiento de Su palabra, se perfecciona el amor de Dios». El antecedente de «ésto» puede ser el concepto de guardar Su Palabra, no la persona que guarda Su Palabra.

El segundo uso que hace Juan de la frase griega en este versículo, **por esto** en la Reina-Valera, aparentemente se remonta a la misma idea. En ese caso, «el amor de Dios ha sido verdaderamente perfeccionado» por el cumplimiento de Su Palabra; y es al guardar Su Palabra que **sabemos que estamos en él**. La puntuación del texto griego de la UBS favorece esta interpretación. Conservando la puntuación utilizada por sus editores, el versículo parafraseado dice: «El que guarda Su palabra, verdaderamente en este cumplimiento de Su palabra se perfecciona el amor de Dios. Además, es en este cumplimiento de Su palabra que sabemos que estamos en Él». Juan aparentemente pensaba que era innecesario aclarar si «en él» se refiere a Dios o a Cristo. Estar en Dios es estar en Cristo y viceversa. En cualquier caso, la frase quiere decir la cercanía del vínculo entre Dios y Su pueblo.

Versículo 6. ¿Qué constituye guardar Sus mandamientos? ¿Cómo puede juzgarse que se ha guardado la Palabra de Dios? Ya en 2.3, 4, Juan

⁷ La palabra «su» viene antes de «palabra» en griego, lo que le da un énfasis adicional a «su».

había insistido en que conocer a Dios o conocer a Cristo supone guardar Sus mandamientos. Nadie guarda Sus mandamientos sin tener rectitud moral. Para los judíos, la rectitud moral quería decir al menos que se delineaba y obedecía las ordenanzas de la ley. Conducía a la infinita definición y redefinición de la Ley. Jesús les enseñó a Sus discípulos a vivir de una manera que agradara a Dios mediante el ejemplo de una vida piadosa. Se presentan situaciones excepcionales; el buey de alguien cae en una zanja un día de reposo. Un soldado romano recluta a un hombre y lo obliga a llevar su carga. Incluso las leyes morales son difíciles de enunciar de manera sucinta de modo que apliquen a toda situación imaginable. Jesús encarnó en Su persona el amar a Dios, obedecer a Dios y guardar Sus mandamientos. El ejemplo de Su persona es la base de la rectitud moral.

Después de instruirles a Sus discípulos a amar a sus enemigos y a hacer el bien, Jesús dijo de Dios: «porque él es benigno para con los ingratos y malos» (Lc 6.35). Jesús dijo: «Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Jn 13.15). Pedro testificó de Jesús, diciendo: «anduvo haciendo bienes» (Hch 10.38). El mismo apóstol dijo que Jesús dejó «ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1ª P 2.21). La vida de Jesús, con toda su flexibilidad, es el estándar para los creyentes, para que puedan saber qué quiere decir estar en Él. El conocimiento de Dios y el amor de Dios quieren decir que **El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo**. Los verbos «permanece» y «andar» están en tiempo presente. Nunca llega el momento para el cristiano en el que pueda decir: «¡Listo! Lo hice. He obedecido los mandamientos de Dios». Conocerle y amarle son procesos, una forma de vida que mantiene los ojos del cristiano en la persona de Jesús.

UN MANDAMIENTO ANTIGUO Y UNO NUEVO (2.7–11)

Cuando Juan apuntó a la persona de Jesús y afirmó que Su porte, Su comportamiento y Su vida son la estrella del norte de la moral cristiana, el apóstol allanó el camino para una transición hacia los principios morales que habían de guiar a los creyentes. ¿Es posible extraer de la vida de Jesús principios que servirán para guiar a Sus seguidores? ¿Iba a dejar Juan el ejemplo de Jesús en el ámbito de abstracciones cómodas? Los Evangelios registran muchas cosas sobre Jesús que, en el mejor de los casos, son guías morales tangenciales.

Cruzó el mar de Galilea, por ejemplo. Jesús tuvo una casa en Capernaum. Muchas de estas cosas ofrecen poca orientación moral.

El apóstol había terminado su llamado a amar a Dios llamando a sus lectores a la obediencia. Con un enfático «él mismo» (αὐτός, *autos*), Juan había dirigido a sus lectores al ejemplo moral de Jesús. En la forma en que tratamos a los demás, Jesús es el guía. ¿Qué había en la manera de andar de Jesús que proporciona una guía ética? Juan se dirigió a este tipo de interrogantes en los siguientes versículos.

⁷Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. ⁸Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra. ⁹El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. ¹⁰El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. ¹¹Pero, el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.

Versículo 7. Habiendo introducido la palabra «amor» en 2.5, Juan la adoptó como una designación general para sus primeros lectores. Eran sus **Hermanos** «amados» (NASB). El apóstol usaría la misma palabra para introducir un llamado o un recordatorio cinco veces más en esta carta (3.2, 21; 4.1, 7, 11) y cuatro veces en la tercera carta (3ª Jn 1, 2, 5, 11). De poder alguien escuchar la inflexión de la voz de Juan cuando dijo «amados», oiría su urgencia. Había una sensación de desesperación suplicante en la palabra. Parece haber dicho: «Porque los amo, présteme mucha atención aquí». No era una mera formalidad cuando el apóstol precedió a las amonestaciones con «amados». Juan no fue el único que se dirigió a los lectores como «amados». La palabra aparece sesenta y nueve veces en el Nuevo Testamento. Juan lo usó cinco veces porque no quería ningún malentendido sobre su afecto por sus lectores.

En 2.3, 4, Juan había vinculado «conocerle» con «guardar sus mandamientos». A la cabeza de la ley de Moisés había diez palabras, los Diez Mandamientos, dados a Moisés y a los israelitas desde el Sinaí (Ex 20.1–17). Maimónides, el gran

erudito judío medieval en Egipto, identificó y contó 613 leyes separadas dadas por Moisés. Jesús había adoptado un enfoque diferente. Había mirado todos los mandamientos que Dios había dado por medio de Moisés y los vio surgir de dos amonestaciones básicas: 1) Los creyentes han de amar al Señor con todo su ser (Dt 6.5). 2) El amor por Dios ha de expresarse en la forma en que tratamos al prójimo (Lv 19.18). Seguir a Cristo es amar como Jesús enseñó a amar a Sus discípulos.

El apóstol tuvo cuidado de retener los hilos que unían las enseñanzas de Jesús a la revelación de Dios a Israel. Yo **no os escribo mandamiento nuevo**, escribió. Era un **mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio**. Durante algunos versículos todavía, Juan mantendría oculto el mandamiento que estaba ordenando. Por ahora ha bastado decir que **este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio**. Para conocerlo, para estar «en Él», es necesario guardar los mandamientos. Jesús y Sus discípulos insistieron en que los creyentes han de seguir los mandamientos de Dios, sin embargo, también dijeron que no es suficiente enumerar las leyes y marcarlas como obedecidas. Dios siempre ha deseado un pueblo que le obedezca porque le ama.

Los mandamientos de Dios, dijo Juan, han de pasar por el filtro de un mandamiento antiguo. Los lectores de Juan habían escuchado el mandamiento desde los primeros días de su conocimiento del evangelio. Aún así, su antigüedad no se debía solo al tiempo que lo habían conocido. Era tan antiguo como Dios mismo. Era tan antiguo como la revelación a Abraham y Moisés. El punto de partida de la obediencia y el conocimiento cristianos pasaba por un mandamiento que habían aprendido al comienzo de sus viajes cristianos. Era un mandamiento tan antiguo como su fe, tan antiguo como Israel, tan antiguo como el hablar de Dios.

Versículo 8. Juan aún no había dicho qué mandamiento estaba presentando como central para la ética y la moral cristianas. Solo había dicho que era un mandamiento antiguo. Entonces, el apóstol hizo una pausa, retrocedió y miró desde un punto de vista diferente a la ley que sus lectores habían escuchado desde el principio. Ese mandamiento en su mente ahora era nuevo, al menos en cierto sentido. ¿En qué consistía su novedad para los cristianos? Su antigüedad surgía de su origen en tiempos primordiales, sin embargo, ¿qué hay de su novedad?

La novedad del amor, de *agapē*, surgía de la

encarnación y de la obra propiciatoria de Jesucristo. Gracias a Él, escribió Juan, **las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra**. Él lo había hecho todo nuevo. La novedad del amor de Dios por nosotros, la novedad del amor del cristiano por Él, la novedad del amor que ha de mostrarse a los demás, se resume en la frase «las tinieblas van pasando y la luz verdadera ya alumbra». El antiguo mandamiento era completamente nuevo porque el Cristo había venido. La Luz estaba brillando en las tinieblas; la Luz estaba haciendo retroceder las tinieblas. El mandamiento que definía la vida cristiana era antiguo, sin embargo, también nuevo.

Juan explicó que el mensaje del amor de Dios surgió y se expandió a partir de las enseñanzas del Antiguo Testamento. Jesús de Nazaret no hizo que el amor surgiera de la nada al escenario mundial, sin embargo, Cristo le dio un sabor radical al amor que era desconocido antes de Su llegada. Elogió a quienes dejaron de lado deberes «religiosos» para ayudarle a un hombre golpeado, que yacía en su propia sangre (Lc 10.30–37). Jesús deseaba que Sus discípulos amaran incluso a sus enemigos (Mt 5.44). La profundidad del amor de Dios había sido probada por medio de la entrega de Su Hijo para que «todo el que crea en él no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn 3.16). El mandamiento era antiguo, sin embargo, se había realizado en nuevas dimensiones tanto en la persona de Cristo como en su aplicación por parte de Sus seguidores. El amor, como Cristo lo enseñó y ejemplificó, y como lo vivieron Sus discípulos, dijo Juan, **es verdadero en él y en vosotros**.

Mediante Su poder soberano, Dios ya ha comenzado la marcha hacia el fin de la era. Ya «las tinieblas van pasando». Aún así, se acerca una consumación. Los fieles todavía tienen que «[comparecer] ante el tribunal de Cristo» (2ª Co 5.10), sin embargo, el resultado de la historia está avanzando hacia el final. Ya las tinieblas están desvaneciéndose; ya alumbra la Luz verdadera. El mundo ya está «pasando» (1ª Jn 2.17). La presencia de los anticristos testificó que ya «es el último tiempo» (2.18). El mundo mismo fue transformado porque Cristo había venido.

Algunos años antes de Juan, Pablo escribió que este siglo y sus príncipes «perecen» (1ª Co 2.6). Más adelante en la misma carta, Pablo repitió, «la apariencia de este mundo se pasa» (7.31). A eso agregó, «las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2ª Co 5.17). Estar en Cristo quiere decir que se ha abandonado una

antigua forma de vida. El viejo hombre ha muerto. Al mismo tiempo, vivir en este siglo quiere decir que el cristiano experimenta un mundo que está en proceso de desaparecer. En el mundo donde él vive «la luz verdadera ya alumbró», sin embargo, espera un siglo venidero en el que vivirá para siempre (1ª Jn 2.17).

Versículo 9. Antes de afirmar de manera positiva cuál era este antiguo mandamiento, este antiguo mandamiento que era al mismo tiempo nuevo, el apóstol estableció su opuesto. El aborrecimiento a un **hermano** es incompatible con estar en Cristo. Aborrecer a un hermano es estar **todavía en tinieblas**. Cómo se vive, cómo se trate a las personas que nos rodean, importa. Aquellos que afirmaban vivir libres de pecado, que apelaban a una conciencia interna de Cristo en ellos y toleraban el aborrecimiento a un hermano, una hermana y toda la humanidad, no sabían nada de la forma en que el Señor deseaba que viviera Su pueblo. El autor definiría aún más los aspectos prácticos del amor a medida que se desarrollaba su carta; sin embargo, por ahora, era suficiente decir que la vida en Cristo comienza con un corazón transformado. Amar a un hermano y despreciarlo al mismo tiempo son simplemente incompatibles. Ningún intento por parte de los anticristos de separar el comportamiento en la carne de un hipotético estado espiritual interior funcionaría. No se puede andar en **luz** mientras se alberga odio.

Los anticristos podrían haber afirmado que eran partícipes de las cosas profundas de Cristo que se encuentran en el Evangelio de Juan. Jesús había dicho: «Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas» (Jn 12.46). Los anticristos no solo afirmaban usar la luz y las tinieblas como Jesús las había usado; sin embargo, probablemente tomaron Sus siguientes palabras para apoyar su afirmación de que vivir piadosamente era un estado de ánimo espiritual e interior. Jesús prosiguió: «Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo» (Jn 12.47). La intención de Juan era liberar a los anticristos de cualquier noción de que habían entendido correctamente a Jesús cuando afirmaban que la conducta carnal no se relacionaba con los seres espirituales superiores en los que se habían convertido.

Versículo 10. Habiendo mantenido en suspenso el contenido del antiguo mandamiento que era un mandamiento nuevo (2.7, 8), habiendo dicho de

modo negativo que era incompatible con aborrecer a un hermano, Juan quitó el velo. **El que ama a su hermano, permanece en la luz**, dijo. Permanecer en luz es incompatible con aborrecer a un hermano. (Vea 1ª Jn 2.24 para un análisis sobre «permanecer».) «Luz» y «tinieblas» son motivos subyacentes en Juan. Los términos resaltan el contraste entre lo bueno y lo malo, lo santo y lo corrupto, la verdad y el engaño, el amor y el aborrecimiento. El apóstol sabía que el amor y el aborrecimiento son abstracciones, sin embargo, estaba decidido a revestirlos de carne y sangre. Jesús es completamente bueno y verdadero. Juan había comenzado Su Evangelio diciendo: «Aquella luz verdadera, que alumbró a todo hombre, venía a este mundo» (Jn 1.9). Sus discípulos han de ser como Él.

Las palabras «amor» y «aborrecimiento» trascienden meras abstracciones cuando una persona tiene «bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón» (1ª Jn 3.17). Permanecer en luz quiere decir amar a un hermano, lo que a su vez quiere decir servir a los desamparados y necesitados. No existe un llamado cristiano elevado e interno separado de la forma en que se vive. Los anticristos estaban en tinieblas; su mensaje conducía a las tinieblas.

Juan usó una palabra colorida en 2.10, la palabra *σκάνδαλον* (*skandalon*, «piedra de tropiezo»). La Reina-Valera la traduce como **tropiezo**. La palabra se usa seis veces en los Evangelios (Mt 13.41; 16.23; 18.7 [tres veces]; Lc 17.1). En todos los casos, *skandalon* vino de la boca de Jesús y se traduce como «tropiezo» en la Reina-Valera.

Pablo usó *skandalon* seis veces (Ro 9.33; 11.9; 14.13; 16.17; 1ª Co 1.23; Ga 5.11). En todos los casos, la NASB la traduce como «tropiezo» o «piedra de tropiezo», excepto Romanos 16.17, donde los traductores la consignan como «obstáculos». Pedro usó la palabra una vez (1ª P 2.8), citando Isaías 8.14, similar al uso que Pablo hace de la palabra en Romanos 9.33. La única otra ocasión en los escritos de Juan donde aparece la palabra es en Apocalipsis 2.14, donde es «tropiezo». La palabra se usa quince veces en catorce versículos del Nuevo Testamento. El matiz que toma la palabra requiere que se examine su contexto.

El significado básico del sustantivo *skandalon* indica «el medio por el cual se cierra algo», como, por ejemplo, el palo en una trampa. El significado es ilustrado por un autor antiguo: «Después de haber asegurado un trozo de carne en el palo». La frase «trozo de carne» es literalmente «carne

de trampa».⁸ Cuando Jesús usó el sustantivo, un *skandalon* parece ser una cosa ofensiva que alejaba a las personas de la fe en Jesús. Si bien «tropiezo» parece ser una interpretación justa de la palabra en nuestro idioma, su uso por Jesús podría retener algo de su antiguo sentido de señuelo o un medio para hacer caer en el pecado.

Pablo usó la palabra dos veces (Ro 9.33; 11.9) y Pedro una vez (1ª P 2.8) en citas del Antiguo Testamento. En los tres casos, Jesús mismo fue el *skandalon*. La idea de que el Cristo de Dios debía estar en la persona de un aldeano galileo crucificado era una «piedra de tropiezo». Dando la debida consideración a lo anterior, una buena paráfrasis de la última parte de 1ª Juan 2.10 podría ser «en el comportamiento de alguien que permanece en la Luz al amar a su hermano, no hay incitación al pecado».

La paráfrasis anterior toma el antecedente del pronombre final en el versículo, ἐν αὐτῷ (*en autō*), para ser neutro, «en ello», y no masculino, **en él** como lo tiene la Reina-Valera. Si el pronombre es neutro, se refiere al acto de permanecer en luz y no a la persona que permanece en luz. En ese caso, Juan estaba aseverando que no hay motivo para tropezar cuando se anda en la luz de Cristo. La traducción, entonces, sería «no hay tropiezo en ello». Entender el pronombre como neutro sigue al neutro *en toutō* de 2.4, 5. Stephen S. Smalley defendió esta interpretación del versículo porque, entre otras razones, la otra implica «perfección sin pecado».⁹ Juan ya había rechazado tal idea en 1.8, 10. Jesús expresó una verdad análoga en Juan 11.9, diciendo: «El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo».

Versículo 11. Juan intercaló la centralidad del amor por un hermano para los seguidores de Cristo entre dos negativos. Ya en 2.9, había dicho que **el que aborrece a su hermano está en tinieblas**. El apóstol repitió su pensamiento y le añadió diciendo que tal aborrecedor no solo está en tinieblas, sino que también **anda en tinieblas**. Como resultado, **no sabe a dónde va**. Hasta este punto, el apóstol parecía estar refutando las creencias fundamentales de

sus adversarios. Los anticristos habían sustituido la fe por el conocimiento. Probablemente tomaron las palabras de Jesús del Evangelio de Juan, las combinaron con puntos de vista filosóficos que habían adoptado previamente y concluyeron que la plenitud de las bendiciones de Cristo ya era de ellos. El conocimiento, razonaban, les permitía vivir en la carne al tiempo que eran libres de las responsabilidades de la carne.

Las palabras «escatología realizada» con frecuencia entran en el debate cuando los estudiantes de las cartas de Juan intentan reconstruir las posturas doctrinales de aquellos que habían rechazado la enseñanza apostólica. La «escatología realizada» se refiere a un grupo de creencias que se enfocan en la afirmación de que las plenas bendiciones de Cristo son alcanzadas por los conocedores. Como Himeneo y Fileto, algunos parecen haber asumido que la resurrección era únicamente algo espiritual y figurado (2ª Ti 2.17, 18). Se imaginaban que, cuando salieron de las aguas del bautismo, habían resucitado para una nueva vida. Todas las bendiciones de la salvación eran suyas. Sostenían que su conocimiento les permitía comprender el reino de Dios a un nivel que carecían los menos informados.

De hecho, después de que Jesús murió en la cruz y la iglesia nació en Pentecostés, muchas de las bendiciones de la vida en Cristo fueron obtenidas. Ya, en este mundo, los que son obedientes a Cristo han sido perdonados. Ya son elegidos y redimidos. Ya ha comenzado la vida eterna, sin embargo, Cristo ha prometido a los salvos algo más que esta vida. Algunos de los resultados de la obra de Cristo ya les pertenecen a los creyentes obedientes, sin embargo, no todos. Todavía se espera un tiempo para la máxima consumación. Cristo todavía ha de venir. Todavía tiene que juzgar a la humanidad e inaugurar un reino eterno.

Los pasajes que apuntan a una consumación futura cuando el Señor regrese son tantos que difícilmente se hace necesario citarlos. Los cristianos ya gozan de las bendiciones en Su reino, sin embargo, aún no han recibido un galardón eterno. Los anticristos no esperaban nada. Al parecer, creían que ni el aborrecimiento ni el amor por un hermano influían en el goce de las bendiciones de Cristo. Juan dijo que cuando una persona vivía con tal punto de vista, **las tinieblas [habían] cegado [sus] ojos**. A menos que la moralidad estuviera guiada por el amor a los hermanos y hermanas, se vivía en tinieblas.

⁸ Gustav Stählin, «σκάνδαλον, σκανδαλίζω», en *Theological Dictionary of the New Testament (Diccionario teológico del Nuevo Testamento)*, ed. Gerhard Friedrich, trad. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1971), 7:339.

⁹ Stephen S. Smalley, *1, 2, 3 John (1ª, 2ª, 3ª Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 51 (Waco, Tex.: Word Books, 1984), 62.

SEGURIDAD PARA LOS FIELES

(2.12–14)

Hasta este punto, Juan se había dirigido a los fieles, los que no habían salido de ellos (2.19). «Hijitos míos», escribió en 2.1. No se había dirigido directamente a los anticristos, sin embargo, éstos seguían evidentes en el trasfondo. La carta va y viene entre exhortar y alentar a los fieles y advertirles sobre los anticristos (2.18). Los anticristos habían estado en primer plano cuando Juan describió a los que aborrecían (2.9, 11). Aparecerían a intervalos aleatorios a lo largo de la carta, sin embargo, a diferencia de 2ª Pedro 2 o Judas o incluso Gálatas 5, Juan mantuvo a distancia a los falsos profetas. A pesar de todos los intentos del autor por corregir a los falsos maestros, tuvo cuidado de alentar y fortalecer a sus lectores.

El autor no se andaba con rodeos al contrastar el amor y el aborrecimiento, las tinieblas y la luz; sin embargo, no tenía ningún deseo de acusar a todos sus lectores. Como había hecho en 2.1, el autor explicó y reforzó su propósito en escribir. Tenía confianza en que los cristianos a los que se dirigía conocían a Dios y estaban viviendo por fe.

¹²Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. ¹³Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. ¹⁴Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.

Versículos 12–14. Juan había elegido sus palabras para que alentaran a los fieles entre sus lectores y acusaran a los anticristos que habían salido de entre ellos. Había sido fuerte y al grano. Los anticristos eran mentirosos. En 2.12–14, el apóstol se desvió. Deseaba asegurarles a sus lectores que su lugar entre el pueblo de Dios era seguro. Antes había dicho que la sangre de Jesús, el Hijo de Dios, los limpiaba del pecado (1.7). Ahora añadió: **vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre.** El lugar de los que fueron fieles a Cristo descansaba sobre el fundamento del mensaje que habían recibido «desde el principio» (2.7). Aquellos que fueron partícipes de la comunión con los

apóstoles (1.3) habían rechazado el razonamiento y los llamados de los anticristos. No solo se habían aferrado al mensaje apostólico, también lo habían obedecido. Al escuchar las palabras de Juan, habían andado en la confesión y en el estilo de vida exigido por el evangelio.

El autor de 1ª Juan se dirigió a sus lectores con una palabra entrañable, un diminutivo consignado en la NIV como «hijos queridos», pero como **hijitos** (*teknia*) en la Reina-Valera. Un diminutivo sugiere pequeñez, sin embargo, también comunica calidez y afecto. Es la misma palabra que había usado en 2.1. Por medio de escribir su carta, Juan había asumido una postura autoritaria. Le eran queridos; eran hijitos. Él, en contraste, era el portavoz del Señor.

En la reconfirmación de 2.12–14, no está claro si el apóstol tenía dos grupos de personas en mente o tres. La forma en que Juan expresó su aliento plantea preguntas. Se espera, por ejemplo, que el autor se dirija a los lectores de manera cronológica: primero a hijitos, luego a jóvenes y finalmente a padres. De hecho, primero reconfirmó a los hijitos, luego a los padres y luego a los jóvenes. ¿Ofrece el orden una pista para la interpretación? Quizás sí. Juan ya se había dirigido a sus lectores usando «hijitos» como término general en 2.1. Quizás pretendía que el término en 2.12 abarcara a todos sus lectores, tanto los más maduros como los menos maduros. En ese caso, dividió a sus lectores en dos grupos. Todos eran hijitos, sin embargo, algunos eran más maduros que otros.

La interrogante en cuanto a si Juan pensaba en sus lectores en términos de dos grupos o tres no se resuelve fácilmente. Si los dividió en dos partes, los «padres» probablemente eran cristianos mayores. Es posible que los «jóvenes» fueran tanto cronológica como espiritualmente menos maduros. Cara a cara con el apóstol mismo, todos caían bajo el título de «hijitos». Si tenía tres grupos en mente, los dividió en conversos recientes a Cristo («hijitos»), los jóvenes en la fe que habían emergido fuertes después de las persecuciones y los cristianos que eran maduros tanto cronológica como espiritualmente. Dos consideraciones favorecen la opinión de que usó «hijitos» como un término general: 1) Cuando Juan dijo que se dirigía a los «hijitos» entre ellos «porque vuestros pecados os han sido perdonados» (2.12), la descripción habría aplicado igualmente a todos los fieles entre los lectores de Juan, no solo a conversos recientes. Los que habían recibido el perdón de los pecados parecen equivaler a los que

habían sido limpios por la sangre de Jesús (1.7). 2) El orden de los nombres —«hijitos», «padres», «jóvenes»— no se ajusta a un patrón cronológico. Se esperaría «hijitos», «jóvenes», «padres». No existe la necesidad del orden progresivo si se usa «hijitos» como término general.

La diferencia entre las traducciones de la NIV, «queridos hijos», y la de la Reina-Valera, «hijitos», en 2.12 parece ser trivial; sin embargo, subyacente hay dos formas en que los traductores han entendido *teknia*. Las dos traducciones están de acuerdo en que el término podría indicar el afecto que Juan tenía por sus lectores. Sin embargo, de los dos términos, «hijitos» es más ambiguo. «Hijitos» en la Reina-Valera, en lugar de sugerir cariño, podría apuntar a la edad o el tamaño de sus destinatarios. Si el autor tenía en mente dos grupos de lectores, el último subsumido bajo el primero, el término *teknia* es más claramente un término de cariño. Por esa razón, parece que «queridos hijos» es una mejor traducción de *teknia* que «hijitos».

Los anticristos no estaban en la misma categoría que los lectores fieles de Juan. No les preocupaba la relación entre la confesión cristiana de la fe y el tipo de vida que los creyentes habían de llevar. Para ellos, no importaba ni la autoridad de Juan ni su propia falta de madurez. Habían recibido conocimiento, según sostenían, directamente de Dios. Para los cristianos, una postura tan arrogante es intolerable. Todos los creyentes son iguales ante Dios. El Señor no favorece a ningún grupo especial de espirituales o conocedores con revelación especial. Juan deseaba que sus «hijitos» anduvieran en luz amando a sus hermanos y hermanas. Quería que supieran que los apóstoles tenían la autoridad de Cristo para proclamar la verdad.

Juan usó una palabra griega diferente, que se traduce otra vez como «hijitos» en la Reina-Valera, en la última parte de 2.13. No es la misma palabra que se traduce como «hijitos» en 2.12. Ya hemos sugerido que el uso que Juan hace de *teknia*, «hijitos», en 2.12, era un término general para todos sus lectores. La palabra, sin embargo, que la Reina-Valera vuelve a traducir como «hijitos» en 2.13 es *παῖδια* (*paidia*). Es una palabra diferente; sin embargo, como *teknia* en 2.12, es un diminutivo. Si las dos palabras son sinónimos, Juan usó ambas para el sentido cálido y afectuoso que transmite la forma diminuta de cada palabra. La NIV hace bien en consignar ambas como «queridos hijos». Por otro lado, si Juan eligió deliberadamente palabras con diferentes matices, ¿cuál es la diferencia entre

las dos? Si la primera sugiere la cálida relación espiritual entre Juan y sus lectores, la segunda podría sugerir subordinación. En ese caso, «queridos hijos» sería la mejor manera de traducir *teknia* en 2.12 mientras que «hijitos» sería la mejor manera de traducir *paidia* en 2.13. Es probable que Juan haya usado dos palabras diferentes para «hijitos» en 2.12 y otra vez «hijitos» en 2.13 porque quería enfatizar la ternura con la primera y la subordinación con la segunda.¹⁰

En 2.12–14, dos temas sobre el uso de los tiempos griegos por parte del autor merecen atención. Primero, en su repetición de amonestaciones para «hijitos», «padres» y «jóvenes», cuando el autor dijo «Os escribo», cambió del tiempo presente en los primeros cuatro casos a «Os he escrito», el tiempo aoristo griego, en los segundos dos casos. En segundo lugar, cuando el apóstol animó a sus lectores, usó una serie de verbos en tiempo perfecto a lo largo de los versículos: Los pecados de los hijos pequeños «han sido perdonados». Los **padres** han conocido **al que es desde el principio**. Y de los **jóvenes** dijo, **habéis vencido al maligno**. La acción perfecta, sea en griego o en nuestro idioma, indica un estado en el que uno se encuentra. «He estado en Francia» indica que ahora estoy en el estado de haber visitado Francia, sin embargo, nuestro idioma más que el griego sugiere que quien hace tal declaración ya no está allí. De manera similar, «Le he conocido» en nuestro idioma podría sugerir que el hablante ya no le conoce.

Por esa razón, cuando los traductores intentan traducir el tiempo perfecto griego consistentemente con un perfecto en nuestro idioma, podrían dejar a los lectores con una idea equivocada. El perfecto griego, más que en nuestro idioma, incorpora el recuerdo del acto pasado. A los «hijitos», Juan les estaba diciendo que sus pecados fueron perdonados en el pasado y que continuaban en el estado de ser perdonados. Los «padres» habían llegado a conocerle en el pasado, y continuaban conociéndole. Los «jóvenes» habían vencido al maligno cuando obedecieron a Cristo, y continuaban venciendo al maligno.

¹⁰ Brooke Foss Westcott, *The Epistles of St. John: The Greek Text with Notes and Essays (Las epístolas de San Juan: el texto griego con notas y ensayos)*, 3ª ed. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1892), 60–61, sostuvo que *paidia* aplica a todo el cuerpo cristiano y enfatiza la subordinación de los lectores a Juan. *Teknia*, sugirió, enfatiza el parentesco espiritual. (Ibid., 58.) Sostuvo que ambos términos se refieren a la totalidad del cuerpo cristiano.

Por necesidad, los traductores deben interpretar el griego que traducen. Es un proceso complicado. Un verbo, por ejemplo, podría tener un sentido perfectivo inherente mientras que otro podría no tenerlo. Con buena razón, la NASB consigna el perfecto griego del verbo «conocer» en 2.13 con un tiempo presente en inglés. Si los traductores lo tradujeran «los padres le han conocido», la sugerencia sería que los padres le conocieron en algún momento del pasado; sin embargo, en el presente, se encuentran en un estado de no conocerle. «Conocer» en nuestro idioma es estar en el estado de conocer, por lo tanto, tanto los «padres» como los **hijitos** (*paidia*) «conocen al Padre» (La Reina-Valera aquí tiene **habéis conocido al Padre**). Por otro lado, un perfecto en nuestro idioma funciona bien para lo que el autor quería decir sobre los «jóvenes». De estos dijo Juan «habéis vencido al maligno». El tiempo presente en nuestro idioma en el caso del verbo «conocer» y el tiempo perfecto en el segundo caso, «han vencido», indica el estado en el que se encontraban los lectores de Juan.

La traducción de los tiempos griegos es importante para la forma en que los cristianos hoy entienden su relación con Cristo. Aquellos que están perdidos en el pecado escuchan el mensaje de la cruz y tienen que tomar una decisión. Inherente al evangelio está la exigencia de Dios de creer y obedecer. La vida en Cristo mira atrás al evento inicial de fe y obediencia. Los eventos han resultado en un estado de salvación y esperanza de reposo eterno. La obediencia constituye más que un evento pasado en sí mismo. Un cristiano sigue creyendo, sigue tratando bien al prójimo, sigue teniendo compasión por los pobres, sigue participando y edificando el cuerpo de los creyentes. «Conocer», «creer» y «vencer» indican el estado en el que vive el cristiano. En ese estado, los pecados son limpiados y avanzamos hacia un galardón eterno. El tiempo perfecto griego le añadía una agudeza al pensamiento que Juan deseaba transmitir.

Además del uso del tiempo perfecto para transmitir matices importantes de la vida cristiana, hay otro asunto gramatical que merece atención. Cuando el apóstol repitió las amonestaciones para «hijitos», «padres» y «jóvenes», cambió los tiempos. Cuatro veces usó un tiempo presente, «Os escribo»; sin embargo, luego repitió las amonestaciones a las mismas personas usando un aoristo. Normalmente, el indicativo aoristo griego se traduce con un pasado en nuestro idioma, «Os

escribí». Muchas traducciones al inglés tienen la segunda advertencia para los hijitos usando el aoristo al final de 2.13.¹¹

La NASB ha traducido los tiempos aoristo en griego con perfectos en inglés, «les he escrito a ustedes» (la Reina-Valera tiene **Os escribo a vosotros**) «hijitos», «padres» y «jóvenes». La pregunta es «¿Tiene algún significado el cambio del presente al aoristo en griego?». El hecho de que los traductores de la NASB pensaron que sí lo tiene se desprende del hecho de que consignaron «les estoy escribiendo» en los primeros tres casos y «les he escrito» en los segundos tres. No todo el mundo está de acuerdo. Algunas traducciones consideran que el cambio de tiempos es una variación estilística que no requiere ninguna diferencia en la forma en que se traducen los tiempos. La NIV1984 lo traduce como «les escribo» en 2.12–14. La NRSV adopta un enfoque diferente tanto de la NASB como de la NIV1984. Consigna los verbos en 2.12, 13 «Les estoy escribiendo», y en 2.14, consigna «Les escribo». Lo que ha hecho cada una de las traducciones es defendible. La interpretación de la NRSV tiene la ventaja de enfatizar la naturaleza continua del tiempo presente en «Les estoy escribiendo» y la simple fuerza asertiva del aoristo, «les escribo».

Independientemente de cómo se traduzcan las palabras, es evidente que hay muy pocos cambios en lo que se dice de cada grupo. Juan eligió una palabra diferente para «hijitos»; sin embargo, en ambos casos usó una forma diminuta: «hijitos». A los **padres**, dijo, **habéis conocido al que es desde el principio**. Para los **jóvenes**, añadió, **porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno** en 2.14. No parece haber nada sustancialmente diferente en lo que se dice en las tres primeras explicaciones y en las tres segundas.

Es interesante observar que después de este punto, cada vez que Juan se refirió a su escritura, usó el aoristo, por ejemplo en 2.26. Antes de este punto, usó consistentemente el presente, por ejemplo en 2.7. Por qué el autor pasó del presente al aoristo desafía toda explicación. Se espera que

¹¹ Tanto el texto griego de las Sociedades Bíblicas Unidas como el texto griego de Nestlé Aland tienen 2.12–14 en forma de versículo, lo que aparentemente indica que los editores creían que las palabras se habían usado en la asamblea de adoración de las iglesias. Ambos textos comienzan 2.14 con ἔγραψα ὑμῖν, παιδία (*egrapsa humin, paidia*, «Os he escrito a vosotros, hijos» o «Os escribí a ustedes, hijos»). Parece que las traducciones al inglés harían mejor en comenzar 2.14 con la frase.

el cambio de tiempos tenga algún significado, sin embargo, no está claro cuál es el significado. El hecho de que los escritores griegos emplearan a veces lo que los gramáticos llaman un «aoristo epistolar» proporciona sólo una pequeña medida de comprensión. Los autores griegos antiguos a veces se colocaban en el lugar de sus lectores y luego se referían a que habían escrito como un evento pasado. Por ejemplo, en 1ª Corintios 9.15, Pablo usó el negativo con el tiempo aoristo donde la NASB consigna: «No estoy escribiendo estas cosas». Quizás la mejor manera de manejar el cambio en los tiempos verbales de un presente γράφω (*graphō*, «os escribo») a un aoristo ἔγραψα (*egrapsa*, «os he escrito») en 1ª Juan 2.12–14 es con un presente progresivo en la primera instancia y presente simple en la segunda.

«EL MUNDO PASA» (2.15–17)

En varios versículos, Juan se expresó predominantemente con el modo indicativo¹² y el tiempo perfecto: parafraseando, «Le hemos conocido» (2.3); «Le he conocido» (2.4); «El amor de Dios se ha perfeccionado» (2.5); «Los pecados han sido perdonados» (2.12); «Los jóvenes han vencido al maligno» (2.13); «Hijos y padres le han conocido» (2.14). Si bien el contexto es crucial para los traductores, ya que descubren los matices del indicativo perfecto, el tiempo perfecto apunta a un evento en el pasado cuyas consecuencias continúan en el presente. Con audacia ahora, Juan pasó del indicativo perfecto al imperativo presente. Como consecuencia de todo lo que Cristo significa para quienes le reciben, Juan escribió, en esencia, «No hagas práctica tuya amar al mundo» (μὴ ἀγαπᾶτε τὸν κόσμον, *mē agapate ton kosmon*).

Vale la pena considerar el uso que hace el autor de la palabra «mundo». A lo largo de la Biblia, las cosas materiales no son malas en sí mismas. Los adversarios de Juan, los anticristos, parecen haber sostenido que Jesús no pudo haber sido un hombre de carne y sangre porque las cosas materiales eran malas (4.2; 2ª Jn 7). Cuando Dios creó el universo, miró a Su alrededor y dijo que todo era «muy bueno» (Ge 1.31). ¿Por qué Juan les diría a los creyentes que se rehúsen a amar lo que Dios proclamó que es «muy bueno»? ¿Por qué dijo, «No améis al mundo»?

En su prohibición, Juan no dijo: «No améis la tierra material [γῆ, *gē*] bajo vuestros pies». Usó la

palabra *kosmos* e incluía toda la creación. Lo hizo precisamente porque lo incluía todo. Por lo tanto, cualquier bien que pueda abarcar el *kosmos*, abarca el mal. Si no es su dominio exclusivo, el *kosmos* incluye la gloria y la grandeza del mundo, su sensualidad, su arrogancia obstinada, su sed de poder. El contexto en el que Juan usó la palabra redujo su definición. J. W. Roberts lo dijo de esta manera: «Quiere decir la esfera espiritual que está en poder del maligno. Es el mundo o la era de las tinieblas cuyo fin último es pasar (1ª Jn 2.8; 1ª Co 7.31)».¹³

¹⁵No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. ¹⁶Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. ¹⁷Y el mundo pasa, y sus deseos; pero, el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Versículo 15. El cristiano, dijo Juan, **No ha de amar al mundo, ni las cosas que están en el mundo** (*kosmos*). Como 2.3 había introducido la importante palabra «conocer» en 1ª Juan, un tema que no desaparecerá, 2.2 había introducido la palabra *kosmos*. En 2.15, la palabra *kosmos* se vuelve central. Aparecerá veinticuatro veces en esta carta y una vez más en 2ª Juan. A primera vista, el uso que hace Juan de la palabra en su primera carta no parece ser coherente con la forma en que aparece en el Evangelio de Juan. ¿Qué vamos a hacer con 1ª Juan 2.15, que compara el amor a Dios con el amor al mundo? Jesús había dicho en Juan 3.16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito». En la primera carta, el apóstol ha dicho que Jesús es la propiciación por los pecados del mundo entero (2.2).

Si Dios ha amado al mundo hasta este punto, ¿por qué no debería hacerlo el creyente? ¿Por qué escribió Juan: «No améis al mundo»? La respuesta parece ser que «el mundo» ha cambiado de significado cuando el lector se ha movido de Juan 3.16 o 1ª Juan 2.2 a 1ª Juan 2.15. Los pasajes anteriores afirman que Dios amaba a todas las personas del mundo. El significado de «el mundo» en el último pasaje es el mal que hacen las personas

¹³ J. W. Roberts, *The Letters of John (Las cartas de Juan)*, *The Living Word Commentary* (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1968), 56.

¹² El modo indicativo es de afirmación.

en el mundo. En 2.15, «el mundo» se refiere a los valores y prácticas que caracterizan a las personas del mundo que no conocen a Dios (2.16).

El griego clásico hizo una distinción entre dos tipos de prohibiciones. La partícula μή (*mē*, «no») usada con el imperativo presente quería decir detener lo que se estaba en proceso de hacer, mientras que *mē* con el aoristo de subjuntivo era una expresión más fuerte. Quería decir «¡Ni siquiera considere comenzar tal cosa!». Si bien la distinción no siempre se sostiene en el griego del Nuevo Testamento, tampoco ha desaparecido por completo. Juan usó la primera construcción. Usó el negativo con un tiempo presente y el modo imperativo: «No ames al mundo ni las cosas del mundo». El siguiente versículo deja claro que el apóstol quería que sus lectores dejaran de amar al mundo. Sus lectores parecían haber estado practicando cosas que abrían brechas entre ellos y el Padre.

Juan sostuvo que las lealtades divididas eran imposibles para los cristianos. Amar al mundo era carecer de amor al Padre. Las palabras del apóstol fueron más que un comentario leve y pasajero. Los anticristos habían insistido en una separación radical entre las cosas espirituales y las materiales. La distinción les había hecho posible complacer las inclinaciones carnales mientras profesaban lealtad a Cristo. En vista de que su conocimiento, sostenían, los había colocado entre «lo espiritual», solo sus cuerpos carnales y mundanos estaban involucrados en la indulgencia sensual. Las cosas materiales, incluidos sus cuerpos, ya eran malas. Las cosas externas no importaban. Interiormente, amaban a Dios. Juan se negó a permitir tal separación. El apóstol dejó claro que el amor al mundo no deja lugar al amor del Padre: **Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.** El amor por el mundo y la imitación del comportamiento del mundo eran inseparables.

Versículo 16. Para Juan, el «amor al mundo» abarcaba los impulsos impíos de los seres humanos. Los resumió todos en tres títulos. Al primero lo llamó **los deseos de la carne**. Con esta frase, parece haber querido referirse a los deseos que surgen de los apetitos naturales: el deseo de alimentos, por ejemplo, o de sexo, o de comodidades. El apóstol no ofreció una condena general contra tales deseos. Dios ha hecho provisión para que las personas los tengan. Difícilmente es un impulso maligno desear una comida al final del día o reposar cuando se está cansado. Sin embargo, esos deseos elevados a un nivel desmesurado pueden convertirse en las

principales prioridades de la vida. Juan advirtió contra la gratificación del deseo carnal cuando resulta en daño propio o de otras personas.

La Reina-Valera ha traducido la palabra ἐπιθυμία (*epithumia*) como «deseos»: la palabra griega en sí misma carece de las connotaciones negativas de la lujuria. Tanto el sustantivo (*epithumia*, «deseo») como el verbo (ἐπιθυμέω, *epithumeō*, «desear»), como la palabra en nuestro idioma «deseo», pueden referirse a cosas que son inocentes o incluso encomiables. Pablo dijo que su «deseo [*epithumia*]» era «partir y estar con Cristo» (Fil 1.23). En otro lugar dijo: «Si alguno anhela obispado, buena obra desea [*epithumeō*]» (1ª Ti 3.1). El contexto en 1ª Juan 2.16 sugiere que se están considerando los malos deseos. Siendo eso cierto, la NASB se justifica al consignarla como «lujuria», una palabra que quiere decir deseo ilícito.

Juan no estaba diciendo que todo deseo de la carne fuera malo. Los apetitos naturales, sin embargo, pueden elevarse al nivel de deseos ilícitos. El deseo natural de comida o de comodidades puede llevar al robo, la mentira o la violencia. El deseo natural de expresión sexual puede convertirse en lujuria por alguien comprometido con otro hombre o mujer. Tal deseo es común en la gran familia humana, en el mundo. No tiene parte en el reino de Dios. El pecado a menudo daña de manera sutil. No hay delitos sin víctimas.

Existe una gran superposición entre los «deseos de la carne» y **los deseos de los ojos**. Es dudoso que Juan tuviera la intención de hacer una distinción tajante entre los dos. Los deseos ilícitos de la carne a menudo surgen de deseos ilícitos excitados por los ojos. Dado que tales deseos ilícitos eran comunes **en el mundo**, los anticristos aparentemente los habían aceptado como «naturales». Juan dijo que sobrepasaban los límites del comportamiento cristiano. El apóstol se esforzaba constantemente por equilibrar las confesiones doctrinales de la fe cristiana con la bondad moral que exigía Jesús.

Durante siglos, las tres categorías de pecado de Juan, «los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida», han sido asociadas a las tentaciones en el huerto del Edén (Ge 3.6) o con las tres tentaciones de Jesús en el desierto (Mt 4.1–11). Es más probable que los paralelos sean más forzados que reales. Si Juan hubiera querido trazar paralelismos entre sus categorizaciones del pecado con el Edén o con las tentaciones de Jesús, podría haberlo hecho. Las preocupaciones de Juan no eran teóricas. Estaba lidiando con la influencia

inmediata que los anticristos estaban teniendo en los creyentes. Habían querido separar las acciones realizadas en el cuerpo de algún estado espiritual interno de pureza profesada. Juan no lo permitiría.

Como se sugirió anteriormente, «los deseos de la carne, los deseos de los ojos», si no son exactamente lo mismo, son al menos categorías superpuestas. Sin embargo, el tercer elemento, **la vanagloria de la vida** (ἡ ἀλαζονεία τοῦ βίου, *hē alazoneia tou biou*), está en una clasificación por sí sola. La palabra ἀλαζονεία (*alazoneia*, «vanagloria» en la Reina-Valera) aparece solo dos veces en el Nuevo Testamento (Stg 4.16; 1ª Jn 2.16), aunque Pablo usó una forma de ella en Romanos 1.30 y 2ª Timoteo 3.2. En los dos últimos pasajes, la Reina-Valera la traduce como «altivos» y «vanagloriosos» respectivamente. Aquí, Juan agregó la significativa frase «de la vida». ¿Qué pensamiento adicional añadió Juan cuando escribió sobre «la vanagloria de la vida [τοῦ βίου, *tou biou*, “de la vida”]»?

Una cualidad verbal es inherente a la «vanagloria». La Reina-Valera traduce el único uso de la palabra por parte de Santiago como «soberbias»: «os jactáis en vuestras soberbias» (Stg 4.16). La arrogancia podría surgir del orgullo por la raza, las posesiones o la posición social propias. Juan indicó el tipo de jactancia o soberbia que tenía en mente cuando la modificó con βίος (*bios*, «vida»). Es el tipo de jactancia que surge de un interés excesivo y un enfoque en las cosas externas que las personas usan para compararse con los demás. *Bios* es vida en su exterior: propiedad, dinero, comodidades, lujo. Smalley dijo lo siguiente acerca de la palabra: «Juan está condenando la vana jactancia que puede resultar de una estimación falsa de las posesiones y actitudes mundanas».¹⁴

Bios es bastante rara en el Nuevo Testamento. Aparece cinco veces en el Evangelio de Lucas (8.14, 43 [algunos textos]; 15.12, 30; 21.4), y solo cinco veces en el resto del Nuevo Testamento (Mr 12.44; 1ª Ti 2.2; 2ª Ti 2.4; 1ª Jn 2.16; 3.17). La Reina-Valera traduce su segunda aparición en 1ª Juan con «bienes de este mundo» en la frase «Pero el que tiene bienes de este mundo» (3.17). En contraste, ζωή (*zōē*, «vida») aparece muchas veces, sobre todo en el Evangelio de Juan y en su primera carta. A veces, *zōē* se refiere a una cualidad espiritual interior abstracta que se obtiene en Cristo, y a veces se refiere a la vida literal en sus aspectos materiales. A diferencia de *bios*, rara vez se refiere a las cosas

materiales de la vida.

«La vanagloria de la vida», como el deseo excitado por los apetitos carnales o por lo que uno ve, es parte de la experiencia humana que **no proviene del Padre, sino del mundo**. Las cosas que Juan mencionó son partícipes del mensaje de los anticristos. «Las cosas materiales son inherentemente malas», afirmaban. «Lo que hace el cuerpo es de poca importancia. El espíritu es una fuerza incorruptible dentro de las personas, que no se ve afectada por lo que hace la carne». La ironía para los cristianos hoy no puede obviarse. La mente de los anticristos contemporáneos de Juan tiene una gran influencia no solo en el mundo antiguo sino también en el moderno. Los cristianos a veces ignoran la interdependencia de los cuerpos físicos y sus espíritus internos. Juan insistió en que la forma en que se comportan las personas es lo que son. Lo que se hace en la carne es una medida de la moralidad propia.

Versículo 17. Juan deseaba convencer a sus lectores de que la razón por la que no debían servir a los apetitos mundanos era que esa vida está condenada a la derrota. Servir a la carne es destructivo para uno mismo y para los demás, y la carne es temporal. **Y el mundo pasa**, escribió, **y sus deseos**. Los deseos humanos arraigados en los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida son temporales. Juan ya había dicho que las tinieblas «van pasando» (2.8). Es insensato buscar cosas temporales olvidando que **el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre**. El tiempo presente y la voz media¹⁵ (παράγεται, *paragetai*, «está pasando») ya se habían usado en 2.8. Quizás el uso de la voz media sugiere que los deseos del mundo, junto con las tinieblas, se consumen a sí mismos. El tiempo entre la primera aparición de Jesús y Su segunda ya ha comenzado el proceso por el que la era actual va pasando. Los cristianos anhelan la consumación cuando el Señor regrese, sin embargo, incluso ahora ha comenzado el proceso de triunfo.

¹⁵ La voz media en griego indica que el sujeto del verbo actúa de alguna manera que se afecta a sí mismo. A veces, un pronombre reflexivo funciona para traducirlo, como, por ejemplo, «se lavó a sí mismo». Los traductores utilizan una variedad de recursos para intentar capturar la voz media griega, sin embargo, en algunos casos es difícil hacerlo. A veces, los finales medios griegos son indistinguibles en su significado de las voces activas o pasivas. Se le tiene que dar mucha importancia al contexto.

¹⁴ Smalley, 85.

(Viene de la página 2)

mucho. Sin embargo, fue un gran hombre. Quizás fue un profeta; ciertamente fue un gran maestro, sin embargo, no era el Hijo de Dios.

Aproximadamente en el momento en que Juan estaba escribiendo, hubo un hereje temprano llamado Cerinto que era gnóstico. Trató de explicar la naturaleza de Jesús de una manera completamente diferente. Creía que Jesús fue «adoptado» por Dios. Los gnósticos no creían que pudiera haber una comunión directa entre Dios y el hombre. Trató de explicar la relación entre Dios y Cristo simplemente diciendo que Dios lo adoptó. Esto llegó a conocerse como la teoría «adopcionista». Muchas personas a lo largo de los siglos han creído en esta teoría en diferentes formas. Todas dicen que Jesús no es el Hijo de Dios; no es divino, sino simplemente un ser humano.

No puedo aceptar ninguno de estos puntos de vista como explicación de quién fue Jesús de Nazaret. Creo que Jesús fue co-eterno con Dios. En palabras de Juan, «era en el principio con Dios». De hecho, Juan es aún más explícito cuando continúa: «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Jn 1.3). Jesús no solo fue co-eterno con Dios; también fue co-Creador. Jesús mismo da Su propio testimonio de esta verdad. Cuando estaba haciendo esa magnífica oración de intercesión, recordó: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese» (Jn 17.5). Si Jesús no fue co-eterno con Dios, es el impostor más grande del mundo.

El apóstol Pablo agregó su testimonio al caso de Jesús. Respecto a Jesús, escribió:

... el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres (Fil 2.6, 7).

A los santos y fieles hermanos en Cristo en Colosas, escribió:

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten (Col 1.15-17).

Pablo no solo declaró que Jesús existió con Dios

al principio, sino que también testificó que Jesús estuvo involucrado en la creación de todas las cosas y que todas las cosas fueron creadas «para Él». Todo lo que vemos y experimentamos de la tremenda creación de Dios fue creado para Cristo, el Verbo eterno.

EL VERBO SE HIZO CARNE

Juan lo dejó claro tanto en esta epístola como en su relato de la vida de Jesús. Él dijo: «porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó» (1ª Jn 1.2). La vida apareció; lo hemos visto; se nos ha aparecido. ¿Qué podría ser más explícito que estas palabras? De nuevo, escribió: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Jn 1.14). Tenga en cuenta que «el Verbo se hizo carne». Habían visto la gloria del «unigénito del Padre». «Unigénito», según Arndt y Gingrich, se usa en Juan solo de Jesús. Se refiere a un tipo de relación única o singular. De ninguna manera esta traducción niega la concepción divina de nuestro Señor; más bien, lo apoya porque es un tipo único de relación Padre-Hijo. Aprendemos de Juan que este Verbo literalmente se hizo carne y habitó entre los hombres.

Esta premisa básica de nuestra creencia con respecto a Jesús no está exenta de críticas. Recuerdo que un profesor de seminario afirmó claramente que no creía en la encarnación literal de Dios en Cristo, sino que creía en lo que simboliza la encarnación. Este erudito del Nuevo Testamento no creía que Dios literalmente vino en carne humana en la forma de Jesús. Creía que la encarnación era solo simbólica. Esta opinión me resulta totalmente inaceptable. El nacimiento de Jesucristo fue el acto en el que alguien vino de lejos (de los reinos celestiales) para vivir entre los hombres y sufrir y morir como los hombres. Juan dijo que oyó, contempló y palpó el Verbo eterno. ¿Vamos a decirle a Juan: «¿No te equivocas? ¿No era solo un hombre?»?. Juan respondería con un clamor rotundo: «¡El Verbo se hizo carne!».

La encarnación es una de las verdades cardinales de las Escrituras. Sin ella, la salvación no sería nuestra. La humanidad se había vuelto terriblemente pecaminosa. Había decepcionado al Dios del cielo que la creó. Había que hacer algo. Leemos que «Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no

se hace remisión» (He 9.22). Era necesario ofrecer un sacrificio, y Jesús vino a ofrecer ese sacrificio. Cristo se ofreció a Sí mismo: «... sin embargo, ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (He 9.26). Era necesario que Jesús muriera. La salvación no podría ser nuestra a menos que Él muriera.

JESÚS ESTÁ CON NOSOTROS AHORA

Cuando estaba a punto de ascender les prometió a Sus discípulos: «yo estoy con vosotros todos los días» (Mt 28.20). En otra ocasión, dijo: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18.20). ¡Jesús vive y está con nosotros!

Podemos estar agradecidos de que Cristo nos haya traído la mejor forma de vida que se podría concebir. El cristianismo es único entre todas las religiones del mundo. Una de las formas en que el camino de nuestro Señor se diferencia de todos los demás es el hecho de que tenemos un líder vivo. Ninguna otra religión mundial puede hacer esa afirmación. Por ejemplo, Moisés fue el líder del judaísmo. Ha estado muerto durante muchos siglos; Buda fue el líder del budismo, sin embargo, Buda también ha estado muerto durante muchos siglos. Mahoma fue el líder de la religión musulmana, sin embargo, también está muerto. Sin embargo, la religión de Cristo ni siquiera comenzó hasta después de que su líder murió y resucitó. La resurrección es el hecho central del cristianismo. Pablo escribió que si no hay resurrección, entonces nuestra fe es vana y aún estamos en nuestros pecados (vea 1ª Co 15.12–28). Pablo argumentó extensamente sobre la centralidad de la resurrección. Concluimos que si Jesús no está vivo y con nosotros ahora, toda la estructura y la fe de la religión cristiana se derrumbará.

Entonces, preguntamos: «¿Por qué es tan importante la presencia continua de Jesús con nosotros?». Juan dijo que dado que nuestra comunión es con todos los demás cristianos, entonces nuestra comunión es también con el Padre y con Su Hijo (1ª Jn 1.3). Cuando mantengo la comunión con mis hermanos y hermanas en Cristo, también

estoy en comunión con el Creador del universo y con Su Hijo, Jesucristo.

Otra razón por la que es importante que Jesús permanezca continuamente es lo declarado por Pablo: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Ro 8.33, 34). Cristo permanece con nosotros e intercede por nosotros.

LA PALABRA PERMANECE PARA SIEMPRE

Estamos hablando del Verbo eterno. Pedro escribió que renacemos de lo incorruptible, «por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (1ª P 1.23). La expresión «palabra de Dios» no debe limitarse a la palabra escrita, o lo que llamamos la Biblia. La Palabra viva es Jesucristo, y Él envió al Espíritu para revelarnos la Palabra (vea Jn 14.26). Esta Palabra es la Palabra viva de Dios, el Hijo de Dios, y Su revelación de salvación que nos ha sido enviada.

Cristo es verdaderamente eterno. Murió en la cruz para no volver a morir jamás. Jesús allanó el camino para todos aquellos que creen en Él y le obedecen para nunca morir. La muerte para el cristiano se convierte en nada más que un cambio de este mundo a otro mundo. Experimentamos la muerte física, sin embargo, en realidad, ya tenemos la vida eterna que permanece en nosotros, porque Jesús «permanece para siempre» y vive para interceder por nosotros ante el Padre (vea He 7.24, 25).

CONCLUSIÓN

Nuestro futuro está asegurado; nuestra esperanza es eterna. Creemos en el Hijo de Dios que vive para siempre: el Verbo eterno de Dios. Él es «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (He 13.8). ¿Es de extrañar que Juan culminara los primeros cuatro versículos de esta epístola diciendo: «Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido»? (Vea 1ª Jn 1.4.) El gozo que es nuestro porque somos cristianos es inexpresable. Somos hijos del Eterno Dios. Creemos en el Verbo eterno.

Morris Womack

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).